
ARIADNA
BAKER
Siempre seré para ti

Siempre seré para ti

ARIADNA BAKER

Primera edición.
Siempre seré para ti
©Ariadna Baker.
©marzo, 2026
©imágenes por Freepik
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo
RRSS

A mis chicas de la Tribu, a quienes me seguís en Instagram y a todas aquellas personas que me acompañáis en esta aventura de las letras.

Gracias por formar parte de mi vida.

El mundo se vuelve más bonito cuando tienes con quién compartir lo que más te apasiona.

Capítulo 1



La señal del GPS debía de estar riéndose de nosotras porque, cuando nos dirigíamos hacia la dirección que nos señalaba, la flecha se giraba de repente y nos mandaba por otro camino.

Me estaba desesperando…

—Todo por no haber cogido un taxi que nos hubiera dejado en la misma puerta.

Le iba recriminando mientras tiraba de mi maleta, la mochila y un bolso grande en el que llevaba infinidad de cosas.

La paciencia ya no estaba siendo mi mayor virtud.

—¿Un taxi? ¿Estás loca?

—Hubiese sido lo normal.

Suspiré.

—El bus nos ha traído por seis euros y el taxi nos cobraba sesenta. Ni borracha pago eso.

Seguía intentando dar con la ubicación en el móvil.

—Una cosa es mirar por el dinero, y otra por nuestra salud mental. Venimos cargadas, cansadas y lo normal hubiera sido que hubiésemos ido a lo práctico.

—¿Puedes dejar de quejarte? —seguía mirando su móvil—. Ahora sí, es esta calle de aquí.

Se giró tomando la de la izquierda.

Y por fin llegamos a la puerta de la casa que habíamos alquilado. Nos habían dejado las llaves en un buzón con clave.

—Hogar, dulce hogar —dijo Alexandra al abrir la puerta.

Justo al entrar en la casa me vino un agradable olor a melón que me recordó a unos chicles que me encantaban.

El aroma era tan dulce que por un instante me hizo olvidar el cansancio del viaje y la caminata interminable arrastrando las maletas.

A simple vista, estaba todo muy limpio y como salía en las fotos.

Algo que agradecí profundamente, porque después de todo el trayecto, lo único que necesitaba era sentir que al menos habíamos acertado con aquel lugar.

—Cambia la cara, Julieta, que parece que has venido obligada.

—Obligada, no, pero hubiera llegado hasta aquí de otra manera más cómoda.

—Elige la habitación que quieras y te vas acomodando. Yo voy a ir al súper que está aquí al lado y me hago con algo para la cena y el desayuno. Ya mañana iremos tranquilas a hacer una compra más decente.

—No te compliques mucho. Unos sándwiches rápidos, un par de latas de refresco y algo para el desayuno. No te olvides del café.

—Y tú, alegra esa cara, que ya estamos aquí.

No le respondí porque estaba muy quemada.

Alexandra a veces tenía cosas de bombero retirado.

Me daba mucha rabia porque me ofrecí a pagar el taxi, pero ella no aceptó, así que terminamos viniendo desde el aeropuerto en bus y cargadas como mulas.

Lo peor de todo es que ella no era tacaña, porque bien que quemaba tarjeta cuando entraba en un Sephora y se volvía loca comprando maquillajes y tratamientos faciales que eran virales.

Todo lo hacía para tocarme las narices.

Por cierto, Alexandra era mi hermana melliza y ambas teníamos veintisiete años. Éramos el día y la noche: ella morena con los ojos marrones oscuros, mientras yo era rubia con los ojos color miel. Ambas muy finitas y medíamos un metro sesenta y cinco.

La casa contaba con dos dormitorios y un baño que era compartido. Pequeñita, pero muy coqueta. Estaba recién reformada.

Se encontraba a pie de una calle que era muy bonita y llena de tiendas.

La cocina era una cucada, tipo americana, ya que estaba abierta al salón, al que no le faltaba detalle.

No era para mucho tiempo, pero el necesario para habernos decantado por algo en lo que nos sintiésemos cómodas.

Nos habíamos pasado muchos días como locas buscando una vivienda que mereciera la pena por la ubicación y el estado de esta. Cuando vimos recién publicado el anuncio, nos tiramos de cabeza para conseguirla.

Alexandra se encargó de todo con la agencia inmobiliaria que la gestionaba y que le mandó los contratos de manera *online* para que los firmásemos digitalmente. Todo se hizo a distancia y de forma muy ágil.

Me acomodé en una de las habitaciones y comencé a colocar mi ropa en los cajones y armarios. Lo hice rápido porque traía todo muy organizado.

Aproveché para darme una ducha que me relajase…

Al salir del baño me encontré a mi hermana dejando las bolsas en la cocina.

—Menos mal que solo ibas a coger lo imprescindible para esta noche y para la mañana. —Volteé los ojos—. Ve a guardar tus cosas y date una ducha mientras yo organizo la compra. ¿Has podido tú sola con todo esto?

Me extrañaba, ya que eran demasiadas bolsas.

—No, me acompañó hasta la puerta un chico que hay en el súper para los recados —me comentaba mientras cogía sus cosas para meterlas en la habitación—, que por cierto, es majísimo.

—¿Ya tienes una víctima?

Rebufé a la vez que ponía los ojos en blanco.

—Es un crío, apenas tendrá veinte años.

Se metió en su habitación.

Como si eso para ella fuese un problema cuando había estado el verano pasado con uno de diecinueve años.

Me reía sola de pensarlo y notaba cómo ya se me iba pasando el malhumor. Porque eso es lo que me pasaba con ella, que a veces me daban ganas de arrancarle la cabeza y otras me daba por reírme con resignación.

Iba sacando los productos de las bolsas y no sabía si seguir riendo o volverme a enfadar directamente.

¿Qué clase de compra era esta?

Si es que no sé cómo la dejé ir sola.

Organicé y coloqué todo dejando fuera las salchichas, el pan de los perritos calientes, una bolsa de patatas chips, el kétchup y la mayonesa.

Menos mal que le dije unos sándwiches… aunque, viniendo de ella, no podía esperar otra cosa porque siempre me iba a llevar la contraria.

Me dio tiempo a pasar las salchichas por la sartén y dejar los perritos montados porque a tranquila no le ganaba nadie.

Cuando salió de la ducha, se encontró la mesa puesta.

—Así me gusta, hermana, que me cuides.

—No veas la comprita de tonterías que has hecho.

—Pues haber ido tú, ¿serás desagradecida?

Rebufó.

—Te ofreciste tú, pero bueno, la próxima vez está claro que iré yo.

Sonreí con ironía.

—De todas maneras, no sé de qué te quejas cuando luego eres la primera en meter mano y comerte todo.

Ladeó la cabeza.

—Eso de comerte todo sobra. No me como todo, simplemente cojo un poco cuando me apetece. Si está, se consume.

Se pensaría que era tonta, vamos.

—Pues no te quejes, que eres muy quisquillosa.

Me hizo una burla.

—Será eso.

Suspiré.

Preferí cortar la conversación porque ya la conocía lo suficientemente bien como para entender que hacerla entrar en razón era algo imposible.

Resignación y paciencia, la madre de todas las ciencias…

Quería a mi hermana muchísimo, incluso mucho más de lo que ella se podía imaginar, pero lo ponía todo tan difícil que me tenía en un continuo agotamiento.

A veces pensaba que su vida me pesaba más que la mía propia.

Alexandra era una persona que siempre andaba retando y que vivía en una realidad paralela.

—Pues sí que está bueno. Esto es una salchicha y no las que comprábamos en España. Me voy a aficionar a los perritos calientes austriacos.

Gimió exageradamente.

—Son de origen alemán.

—Se me olvidaba que tú te lees hasta el prospecto de los medicamentos.

Volteó los ojos.

—Me ha llamado la atención.

Volví a sonreír con ironía.

—¿Quieres cambiar la cara? Me está afectando a mi estado de ánimo.

—Se me olvidaba tu sensibilidad, perdón.

Intentaba no darle mucha bola, pero es que me sacaba de quicio.

—Perdonada, pero sonríe, que parece que estás con la metralleta cargada.

—Estoy cansada, solo es eso. Te lo pedí antes de venirnos a Austria; quiero que pongamos de nuestra parte para que todo esté bien.

—Pero debes reconocer que has empezado atacando por la compra.

—Has comprado nueve paquetes de diferentes tipos de frutos secos y seis de chuches.

—Y varias bolsas de patatas chips.

Soltó la descarada con una sonrisa.

—Entre otras cosas.

Se me escapó una risilla.

—También palomitas para que veamos una serie juntas.

Seguía pinchándome.

—También, también.

Afirmé dejándola ya por imposible.

¿Y qué hacían dos mellizas del sur de España en un pueblo de Austria a pie de las montañas?

Todo tiene un principio…

Nos remontamos diez años, cuando Fernando, nuestro abuelo materno, se enamoró de una austriaca y se vino a vivir aquí.

Al poco tiempo compró un terreno en el centro de la ciudad donde había tres casas que habían derribado y construyó su hotel con encanto y una casita para ellos al lado.

Con Klara, que así se llamaba, nunca se casó ni puso nada a su nombre.

Todo era cien por cien privativo de él.

En nuestro caso, nuestra mamá falleció cuando teníamos diez años y mi padre se hizo cargo de nosotras, pero mi abuelo siempre estuvo ahí, el primero, y lo ayudó con todo lo referente a nosotras.

Había perdido a su hija, pero no estaba dispuesto a perderse ni un minuto de sus nietas.

Un año después de venirse a Austria, y una vez que cumplimos la mayoría de edad, el abuelo comenzó a enviarnos mensualmente mil doscientos euros a cada una. Hasta hace un mes, que falleció.

Vinimos a su entierro y estuvimos hablando con los gestores que llevaban todo el tema y nos aclararon las condiciones para adjudicarnos la herencia; entre ellas, que nosotras debíamos seguir explotando el hotel por lo menos cinco años y mantener a los empleados.

Después de hablarlo mucho, mi hermana y yo decidimos que había que venirse aquí para continuar con una fuente de ingresos que sería buena, dado que el hotel facturaba muchísimo y casi siempre estaba lleno. Además, de esa forma no perderíamos la mitad de la herencia, que sería donada si no cumplíamos su voluntad.

El caso es que decidimos aceptar todo y lo firmamos antes de regresar a España para que, cuando volviésemos, fuese todo más rápido.

Tuvimos que venir antes de la adjudicación, ya que debíamos realizar algunos trámites que nos indicaron; de ahí que alquiláramos una casa por un mes, hasta que pudiésemos hacer uso y disfrute de la del abuelo.

Yo había tenido que dejar mi empleo en una agencia de viajes y mi hermana prácticamente no trabajaba porque decía que, con el dinero que le daba mi abuelo, le llegaba para vivir su vida.

Y tanto que le llegaba, porque vivíamos con mi padre y no tenía el más mínimo gasto.

Era tan diferente a mí…

Ella hizo un curso de peluquería y otro de maquillaje, pero decía que se negaba a trabajar para nadie.

No miraba por su futuro y decía que este dependía de su abuelo.

Y ahora que él ya no estaba, el futuro de las dos dependía de algo mucho más incierto.

Capítulo 2



Me desperté escuchando a mi hermana cantar desde la cocina. Su voz se colaba por el pasillo como si estuviera dando un pequeño concierto privado solo para ella.

Si hubiera sido yo la que estuviera así y ella durmiendo, seguro que ya la hubiera liado parda.

—Buenos días, bella durmiente.

Sonrió ampliamente.

—Buenos días, cantante de orquesta.

Le devolví la sonrisa, pero en plan irónico.

—¿De orquesta?

Me miró de lado con la boca abierta.

—Has cantado todo un repertorio de artistas.

—¿Así que me has escuchado y no te has levantado? Estás llevando tu flojera a un nivel dios que va a ser difícil de superarte.

—Necesito un café.

Rebufé.

Me acercaba a la cafetera intentando ignorar su comentario porque, de lo contrario, terminaríamos en un cruce de ataques de los que yo siempre intentaba evitar.

Me pasaba la vida tragando saliva y contando hasta diez.

Preparé los cafés mientras ella terminaba de tostar las rebanadas de pan de molde y, a su vez, ponía la mesa.

Llamaron a la puerta y era Klara, la que había sido pareja de mi abuelo durante estos últimos diez años.

Venía con una pequeña cacerola en sus manos y esa sonrisa tan adorable que siempre tenía en su rostro. Parecía que cada vez que aparecía traía consigo algo caliente y casero.

Sonreía y transmitía dulzura.

Le preparé un café y no quiso desayunar porque ya lo había hecho bien temprano.

Nos había traído una comida muy popular de Austria, aunque el origen de esta receta era húngaro, por lo que nos comentó. Pasaba lo mismo que con las salchichas, algo indispensable en el país, como sucedía en la vecina Alemania.

Se llamaba *goulash* lo que nos había preparado para que lo probásemos al mediodía. Un guiso de ternera con pimentón, cebolla y tomate, que además llevaba unas albóndigas. Era la versión vienesa. Y solo con olerlo ya se notaba que tenía que estar delicioso.

Estuvo un ratito con nosotras mientras terminábamos de desayunar y se marchó para su casa.

Klara se había mudado al piso que ella tenía antes de conocer a mi abuelo y que dejó cerrado cuando se fue a vivir con él a la casa nueva.

Su visita había sido un soplo de aire fresco.

Cuando Klara se marchó, cada una se fue a su habitación para vestirse. No pude evitar sonreír al recordar cómo el abuelo nos había obligado durante tres años a ir a una academia de alemán en España, algo por lo que ahora debía darle las gracias.

Mi abuelo parecía que lo tenía todo pensado para que el día que falleciese no tuviéramos problemas en adaptarnos con los idiomas para llevar el hotel. Desde pequeñas ya nos tuvo en academias de inglés hasta que llegamos a bachillerato y contábamos con todos los títulos oficiales de la escuela de idiomas.

En Austria principalmente se hablaba el alemán en la mayoría del país, así que nos vino genial tener una buena base.

Nos terminamos de arreglar para ir a hacer la compra y organizarnos con el tema de las comidas. La del almuerzo ya estaba resuelta por el estofado que nos había traído Klara, que tenía una pinta de lo más apetitosa.

En esta ocasión nos dirigimos al supermercado de las afueras del pueblo, el más grande de la zona y situado en un polígono.

Tomamos un autobús que nos dejó en la misma puerta.

—Para mañana podríamos hacer una tortilla de patatas y unos filetes empanados —sugirió.

—Sí, a mí también me apetece.

—Y para pasado mañana, algo de pasta.

—Eso no puede fallar.

Observaba la nevera de *pizzas* para coger un par de ellas para alguna cena.

Llenamos el carro, ya que cogimos los productos de limpieza y de uso personal, además de toda la comida y bebida.

Pedimos un taxi; íbamos demasiado cargadas como para montarnos en el bus y que no nos dejase en la misma puerta.

Me quedé organizando todo mientras mi hermana se fue al obrador que había cerca de la casa para hacerse con un pan recién hecho. Era un lugar de mucha fama y Klara nos lo recomendó, ya que era allí donde ella lo compraba.

Me abrí una lata de refresco fresquita a la vez que le hacía una videollamada a mi padre mientras seguía colocando todo.

—Hola, cariño mío.

Sonrió feliz.

—Hola, señor don Jaime.

Lo llamaba así muchas veces en broma.

—¿Qué tal os fue la compra?

Carraspeé.

—Bien, ya sabes, mientras yo cogía las cosas conscientemente, mi hermana echaba de todo de manera inconsciente. —Volteé los ojos—. Pero bueno, por lo demás, bien. Estuvo Klara esta mañana y nos trajo este estofado.

Abrí la olla y puse la cámara apuntando hacia la comida.

—Esa mujer cocina muy bien.

Sonrió.

Mi padre había estado muchas veces aquí con nosotras cuando veníamos dos semanas en verano a ver al abuelo. Luego, en Navidades, era él quien venía unos días a España con Klara para pasarlas con nosotros.

Estuve como media hora hablando con él mientras mi hermana no aparecía, cosa que no me ponía nerviosa, porque la conocía bien y seguro que se había metido en alguna tienda que le hubiese llamado la atención.

Estaba calentando la comida cuando apareció con el pan y una bolsa de papel de un establecimiento que yo no conocía.

—¿Qué te has comprado?

—Espera, que te hago un *haul* de mis compras.

Aplaudió feliz después de dejarla sobre la encimera.

Quería imitar a las chicas de las redes sociales que enseñaban sus adquisiciones.

—Venga.

Sonreí.

—Es una tienda aromática del hogar. He comprado esta preciosa vela con olor a palo santo, como a ti te gusta, y esta otra con aroma de vainilla, que sabes que es mi preferido.

—Son muy bonitas y decorativas.

Las miraba impresionada.

—Y mira estos dos mikados de los mismos olores que las velas.

Sonreía.

—Preciosos.

—Si ves la tienda, te quedarías prendada.

—Lo que me gustaría comprar son algunas flores, pero tendría que hacerme con un jarrón.

—Eso vamos mañana y nos hacemos con uno.

Me encantaban las flores en el hogar; me llenaban de vida.

Mi padre siempre tenía un jarrón al que no le faltaba su ramo y disfrutaba mucho cuando iba con él a elegirlas. Las cambiaba cada quince días y siempre diferentes.

Preparamos la mesa y disfrutamos mucho del estofado, para el que freímos unas patatas para acompañarlo.

Después de comer nos fuimos a una reunión que teníamos con los gestores, ya que el hotel seguía funcionando con normalidad, cogiendo reservas, de las que se encargaba Christian, el director y persona que fue mano derecha de mi abuelo.

Obviamente, íbamos a respetar su puesto y el del resto de empleados, tal y como había dejado dispuesto el veterano.

El hotel tenía cuarenta habitaciones repartidas en cuatro plantas y, en la última, una *suite* con una gran terraza a la que no le faltaba de nada.

Contábamos con un pequeño restaurante en el que se servían desayunos, comidas y cenas para los que estaban alojados, además de para cualquier persona que quisiera disfrutar de su interior o terraza a pie de calle.

Lukas era el dueño de la gestoría y la persona con la que estábamos en continuo contacto.

Nos recibió tan agradable como siempre.

Nos comentó que en dos días tendríamos que ir a firmar otros documentos, que serían la parte final del cambio de licencia del hotel, que nos darían cuando nos llegase la adjudicación y aportásemos esos últimos documentos.

Todo iba bien y, según él, más rápido de lo esperado y quizás tendríamos todo arreglado una semana antes de lo previsto, aunque para eso aún faltaba.

A la salida de la gestoría pasamos por el hotel a saludar.

En la recepción estaba Vera, una joven de treinta años que ya llevaba cuatro trabajando aquí. Le había tocado el turno de tarde.

Se alegró mucho de vernos.

Christian no estaba, ya que siempre iba de mañana; eso sí, estaba con el teléfono todo el día encendido por si había una urgencia.

Mi abuelo siempre se vanaglorió de que tenía un equipo de lo más competente y que por cada uno de ellos apostaba lo que fuese.

Vera llevaba dos años casada con Jonas, un joven de su misma edad que era bombero en el pueblo y con el que tenía un hijo de uno, Matteo.

Estuvimos un rato charlando con ella y nos comentó que todos los trabajadores echaban muchísimo de menos al abuelo, pero que tenían muchas ganas de vernos coger el mando y que estuviésemos presentes.

Nos sentamos en la terraza del restaurante del hotel a tomar un refresco y nos atendió Noel, uno de los camareros, que nos recibió con un cariño infinito y que nos conocía también de venir otros años a ver al abuelo.

Nos sorprendió un poco después con unas hamburguesas que eran plato estrella de la casa y que debo reconocer que estaban deliciosas.

Obviamente, se negaron a cobrarnos porque decían que no estaba bonito cogerles dinero a las inminentes jefas.

Echamos más de una hora muy tranquilas viendo el ir y venir de la gente porque era uno de los pueblos más animados de Austria y encima estábamos en un mes como era junio, época perfecta para disfrutar de todo.

Entre conversación y conversación, Noel pasó varias veces por la terraza para atender a otras mesas y siempre tenía algún comentario amable o una sonrisa para nosotras.

Cuando nos levantamos para marcharnos, él mismo se acercó a despedirse con la misma simpatía con la que nos había atendido durante toda la tarde.

—A mí Noel me pone mucho —me dijo Alexandra.

Nos dirigíamos hacia la casa.

—Ya tenemos una víctima. Solo te pido que no la líes con los empleados del negocio.

—Me tienes puesto el San Benito de que soy una destructora de hombres cuando no es así. Simplemente que tienen un periodo de prueba y, si no lo pasan, no es mi problema. ¡Que espabilen!

Capítulo 3



Llevábamos diez días en el pueblo y ya casi teníamos nuestras rutinas.

Mi hermana se había adaptado muy bien y, pese a sus tonterías y arranques, no me lo estaba poniendo difícil.

Eso sí, cada día tenía que aguantar que Alexandra me peinase y maquillase para hacer pruebas conmigo de técnicas nuevas que aprendía por las redes. Yo me dejaba hacer mientras ella se concentraba como si estuviera trabajando con una clienta importante.

Y precisamente por eso, esa mañana íbamos de camino a la ciudad más cercana del pueblo. Había prometido acompañarla a comprar algunas cosillas en Sephora y, cuando se le metía algo así en la cabeza, lo mejor era no discutir con ella.

El trayecto en autobús duró unos cuarenta y cinco minutos, pero fue un recorrido de pura belleza natural. Durante todo el camino fuimos disfrutando de paisajes asombrosos que parecían sacados de una postal.

Entre montañas, prados verdes y pequeñas casas desperdigadas aquí y allá, el viaje se nos pasó volando. Fue todo un remanso de paz y un auténtico deleite para la vista.

Al llegar a la ciudad, nos bajamos en la parada más cercana a la tienda, que nos quedaba a seis minutos andando según el GPS.

Esta vez no nos la jugó y nos llevó directas a la misma puerta, donde mi hermana esbozó una sonrisa de pura felicidad.

La dejé a su aire, ya que yo también quería comprar algunas cosillas que me hacían falta. En ese sentido éramos completamente diferentes. Yo compraba mis cuatro básicos de siempre, normalmente cuando veía que los que tenía ya se estaban terminando.

Mi hermana, en cambio, tenía una barbaridad de cosas, más de las que había podido traer incluso. Aun así, cuando nos mudásemos definitivamente a la casa del abuelo, mi padre nos enviaría el resto de nuestras pertenencias, que ya habíamos dejado embaladas.

Pero, como decía, Alexandra era incapaz de resistirse a cualquier novedad que le apareciera en las redes. Compraba y compraba todo lo que le llamaba la atención.

Como dato curioso, Alexandra y yo no usábamos absolutamente nada de la otra: ni ropa, ni maquillaje, ni complementos, ni zapatos… nada de nada.

Eso no quería decir que no nos lo prestáramos si alguna vez lo pedíamos. Estaba claro que, si yo le pedía echarme alguna de sus cremas o usar algo de su maquillaje, no tendría ningún problema en dejármelo, igual que haría yo. Pero la realidad era que nunca nos pedíamos nada.

Y todo eso tenía una explicación.

Un día se nos fue todo de las manos cuando me destrozó mi vestido favorito, que había cogido sin permiso, como siempre. Se lo reproché y terminamos tirándonos de los pelos.

Aquel día nos juramos que ninguna volvería a tocar nada de la otra.

Mi hermana era un desastre que no cuidaba nada y mucho menos le daba valor, todo lo contrario a mí.

Mi padre estalló contra nosotras cuando se enteró, porque jamás pensó que llegaríamos a las manos. Nos dejó castigadas un mes sin salir ni un rato los fines de semana.

Con el tiempo había cambiado algo y cuidaba mucho más sus cosas, pero, como dije, desde aquel día respetamos el no coger nada de la otra. Aunque seguía siendo un desastre en otros ámbitos.

Aparté ese recuerdo de mi cabeza y seguí mirando los estantes. Encontré mi rubor favorito, que era mi infalible, al igual que la máscara de pestañas. Ya solo me quedaba por coger un pintauñas rosa vivo que me gustaba usar para el verano.

Me topé con Alexandra, que ya llevaba la cesta llena de productos y sonreía feliz de la vida.

—¿Todo esto has cogido y en tan poco tiempo?

—Debería de coger otra cestita porque me estoy quedando coja.

—Eres un peligro en esta tienda. ¿No te da pena tirar el dinero así?

—Pena es la novia del pene, y yo estoy soltera, por lo cual no tengo que darle explicaciones a nadie.

Me dio un besito en la mejilla y se fue a coger la otra cesta.

Me sentí gilipollas viendo mi triste máscara y rubor en la cesta. Nunca había tirado la casa por la ventana, pero ¿y si era hoy el día de darme unos caprichos?

De nuevo miré mi cesta y me eché a reír.

—¿Vas a quedarte ahí parada con la de fantasías para la mujer que hay en este lugar? —me preguntó mi hermana animándome al verme que me había quedado detenida.

Ya venía con su otra cestita.

—¿Qué paleta de iluminadores me recomendarías?

—Si quieres ir a lo seguro, la de Dior. Es toda una fantasía y es la que más uso.

—Ya me podrías haber dicho una de una firma más económica. —Me reí.

—Hay dos cosas en mi set que no me pueden faltar; una es ese iluminador y la otra la paleta de sombras de By Mario.

—Y las dos cositas suman la friolera de…

—Ciento veinte euros más o menos, pero te llevas dos productos de calidad que son duraderos en el rostro. Tienen una pigmentación perfecta y la paleta de sombras para los ahumados es una locura.

—Mejor me los compro de la marca Sephora, que imagino que ya son una garantía.

—Hazme caso y te darás cuenta de lo que hablo. ¿Te vas a arruinar por darte un capricho en tu vida? ¿Quieres ser la más rica del cementerio? Y dime una cosa, si te mueres mañana, ¿te vas a poder llevar el dinero?

—Me los compro, ¿en qué parte están?

—Ven, que te llevo.

Terminó metiéndome en la cesta los dos productos y, no contenta con eso, me cambió mi máscara y rubor por otros de marca de lujo.

Alexandra me convenció para llevarme una crema para antes de maquillarme que decía que era la mejor, una base de maquillaje iluminadora de otra supermarca y un contorno de Dior. A todo esto, sin contar con un juego de brochas del tal By Mario, que debía ser el maquillador de los maquilladores por cómo mi hermana hablaba de él.

Cuando la cajera me dijo que eran cuatrocientos cuarenta euros, sonreí, pero terminé echando una carcajada nerviosa.

No sabía si sacar la tarjeta o salir corriendo.

Mi hermana lloraba de la risa al ver mi cara mientras metía el código PIN en el datáfono.

Salimos de la tienda con las bolsas en la mano y yo todavía intentaba asimilar lo que acababa de pasar. Tenía la sensación de que el dolor de barriga que llevaba encima me iba a durar tres meses.

Me sentía llena de remordimientos, aunque al mismo tiempo intentaba convencerme a mí misma de que un capricho al año tampoco hacía daño.

—Ni se te ocurra —le advertí a mi hermana.

Pero no me dio tiempo a frenarla. Cuando quise darme cuenta, ya estaba dentro de Zara, otra de sus debilidades. Y, para qué engañarnos, era todo un peligro cuando entraba en ese tipo de tiendas.

Y, cómo no, terminé haciéndome con un par de camisetas muy monas y una falda vaquera a mitad del muslo.

Aquí el susto no pasó de cuarenta euros, pero a mi hermana le salió un poco más caro porque adquirió unas cuantas prendas, entre ellas tres vestidos. Se le iba la cabeza muchísimo.

Se nos echó encima la hora de comer y, como siempre, no nos poníamos de acuerdo sobre dónde hacerlo. Tras darle unas cuantas vueltas, al final nos decidimos por un restaurante de comida a la brasa, donde pedimos un costillar a la barbacoa con patatas fritas para compartir, ya que la bandeja era bastante grande.

—Luego haré un *haul* de las dos tiendas y lo subiré a mis plataformas —me comentaba emocionada.

Le encantaba todo lo relacionado con las redes y hacía sus pinitos subiendo sus propios vídeos. No era ninguna *influencer*, pero ganas no le faltaban, porque el tema del maquillaje y la moda le apasionaba.

Pasamos la tarde paseando por la ciudad y entrando en alguna que otra tienda más, donde terminamos comprando alguna cosa adicional.

Tenía claro que no volvería a la ciudad por lo menos hasta septiembre, porque aquello había sido un auténtico festival de consumismo. Aunque, he de reconocerlo, iba bastante contenta con mis compritas.

Llegamos al pueblo a las nueve de la noche y, nada más entrar en casa, coloqué todo encima de mi cómoda.

Realmente, los empaquetados y la presentación del maquillaje eran de otro nivel.

Coloqué mis compritas de Zara junto a un *short* que me cogí en otra tienda en la que habíamos entrado después de comer.

Para la cena nos hicimos unos sándwiches fríos de chorizo, ya que no teníamos ganas de calentarnos demasiado la cabeza. Además, habíamos merendado unos gofres con Nutella que compramos por la tarde y aún seguíamos bastante llenas.

Mi hermana estaba deseando que llegase la mañana siguiente para grabar sus vídeos. Había dejado todo dentro de las bolsas para ir sacándolo poco a poco mientras hacía el *haul* de sus compras.

El día me había salido por unos seiscientos euros. Creo que había sido el día de mi vida en el que más había gastado en caprichos. Bueno, no lo creo… estaba segura.

Tenía muchas ganas de comenzar mi nueva vida trabajando en el hotel y viviendo en la casa que había sido del abuelo. Quería seguir acomodándome al pueblo y adaptándome poco a poco a esta nueva etapa.

Aún no sabíamos exactamente el papel que íbamos a desempeñar, aunque estaba claro que llevaríamos la gerencia con la ayuda de Christian, el director.

El caso es que allí íbamos a empezar nuestras vidas, y yo solo esperaba que todo aquello también le trajese a mi hermana la calma y la madurez que todavía le faltaban. Porque ahora estaba muy tranquila, sí… pero con Alexandra nunca se sabía cuándo podía saltar todo por los aires.

Capítulo 4



Estaba muy emocionada porque, tal y como dijo el asesor, una semana antes ya teníamos las adjudicaciones y la disponibilidad completa de la herencia.

Ya llevábamos tres semanas aquí y tenía muchas ganas de tomar las riendas de todo.

Hasta ese momento habíamos estado más bien observando, aprendiendo y organizando papeles, pero por fin empezaba la parte de verdad.

Estábamos esperando a ser atendidas en el banco en el que mi abuelo tenía su cuenta personal y la del hotel.

El joven director salió a recibirnos y presentarse. Se llamaba Paul y se le veía muy simpático. Pasamos con él a su despacho. Tendría poco más de treinta años y transmitía esa cercanía que hace que una reunión en el banco no resulte tan fría.

Nos dejó un momentito en el despacho y fue a darle algo a una de sus compañeras.

—Este va a ser mi próxima víctima.

—No, por Dios, Alexandra, ni se te ocurra.

—¿Que no, dices? Pobre ilusa…

Mi hermana tenía la risilla suelta.

Paul entró en ese momento y no pude contestarle nada, pero conociendo a mi hermana debía de pensar en un minuto de silencio por este pobre hombre que estaba a punto de ser el objetivo de ella.

—Así que sois las nietas del señor Fernando. Muy buen hombre y una persona muy querida en el pueblo. Se hizo con el cariño de todos los que tuvimos la suerte de conocerlo.

—Dame dos días y me terminarás queriendo a mí más —le soltó la descarada de mi hermana.

—No lo dudo.

Le contestó Paul con una risilla suelta de no haberse esperado esa contestación.

Ese hombre no sabía lo que decía ni había entendido a mi hermana. No tenía ni idea de la habilidad que tenía para salirse con la suya y conseguir con sus artimañas todo lo que quería.

En la cuenta del hotel yo era la única administradora por deseos de mi abuelo, que no era tonto y sabía que mi hermana podía liarla muy a lo grande porque tenía un boquete en las manos.

Dejamos todo listo con nuestras nuevas cuentas personales abiertas, en las que entrarían todos los meses nuestras nóminas.

—Bueno, entonces nos vemos pronto. Pero si te aburres o algo, ya sabes, tienes mi teléfono —le dijo mi hermana.

Volteé los ojos, causando una risa a Paul.

—Sois muy simpáticas y me alegro de teneros como clientas en el banco.

Extendió su mano.

—Y más que te vas a alegrar, te lo digo yo.

Me reí empujándola hacia la puerta.

Solo le faltó hacerle un guiño y un gesto sensual. Mi hermana tenía una facilidad asombrosa para soltar ese tipo de comentarios sin el más mínimo pudor. Era de esas personas que, cuando algo le llamaba la atención, no paraba hasta conseguirlo.

—Deberíamos ir a la ciudad a celebrarlo con unas compritas en Sephora.

—Tira para adelante, que aún me duele lo que nos gastamos el otro día.

—¿Y lo mona que quedó tu cómoda con esas bellezas de maquillaje y no las vulgaridades que usabas antes?

—Lo que para ti es vulgar, para otros no lo es. El gusto es algo propio y lo que a ti te parece elegante, para mí puede ser de un gusto patético.

—¿Qué dices? Si la paleta de sombras y los iluminadores los estás usando y no paras de decir que fue todo un acierto. ¿Qué me estás contando ahora?

—Que no necesito nada más. —Rebufé y hasta me reí con las cosas que tenía—. Vamos, anda, que me muero por desayunar.

Llegamos al restaurante del hotel y nos sentamos en la terraza, donde estaba atendiendo Noel. Solía trabajar en el turno de mañana, salvo cuando hacía algún cambio con alguno de sus compañeros.

A esas horas de la mañana, la terraza empezaba a llenarse poco a poco de huéspedes que bajaban a desayunar.

—Buenos días a las jefas más guapas del mundo. ¿Qué apetece por aquí?

—Apetecer me apetecen unas rodajas de tu cuerpo con pan tostado y un café para acompañar —le soltó mi hermana.

—No le hagas caso. —Me reía, al igual que él—. Dos cafés cortos de leche y unas tostadas con mantequilla y mermelada.

—Ahora mismo os lo traigo.

Le hizo un guiño a mi hermana.

—¡Toma ya! La primera víctima está a mis pies.

—Alexandra, por favor.

—Sephora, Sephora —dijo para buscarme la lengua.

No le hice ni caso, porque seguirle el juego sería buscarme más y no tenía ganas de escucharla.

La situación era que, a partir de estos momentos, debíamos centrarnos en la gestión del hotel, cosa para la que ya nos habíamos estado preparando estas tres semanas gracias a toda la información que nos iba pasando Christian y las reuniones que habíamos tenido con él.

—Mis niñas, ¿qué tal estáis?

—Hola, Isaura —le contestamos a unísono—. ¿Quieres un café?

—Sí, así me fumo el cigarrito con vosotras.

Se acomodó en la mesa.

Isaura era una de las limpiadoras del hotel. Una joven de veinticinco años que era una monada y de lo más simpática y divertida. Llevaba tres años trabajando aquí y decía que estaba de lo más cómoda y feliz.

—Madre mía, no os imagináis cómo es el chico que ha alquilado la *suite* todo el verano. Está para chuparse los dedos.

—Lo tengo que conocer. Necesito a mi tercera víctima del pueblo —respondió mi hermana con esa risa que le salía cuando se refería a los hombres.

—Alexandra…

Solté el aire y volteé los ojos.

Ambas se rieron.

—Aquí hay que catar al pueblo y comparar con el producto español.

—El huésped es alemán.

—Más cachonda me pone.

—¡Alexandra! Tienes que dar ejemplo. No puedes hablar así de ningún cliente.

—Déjala, estamos en confianza.

—No, Isaura, no está bien, podría escucharla cualquiera.

—Mi hermana iba para monja de clausura y terminó encomendada a Dios, en la calle, pero encomendada.

—Deja de decir estupideces.

Tragué saliva.

—Se me acaban de mojar las bragas —dijo Alexandra en voz bajita al ver a un joven que salía del hotel y se acomodaba en la mesa de al lado.

—Es él.

Le contestó Isaura.

—Como digas una sola palabra más, me voy a enfadar mucho.

Le advertí a mi hermana en un tono ya más serio.

El joven nos miró sonriendo y nos dio los buenos días, a lo que le contestamos de igual manera, menos mi hermana, que puso su sonrisa abierta de lo más falsa y movía su manita como queriendo llamar la atención.

Si no fuera mi hermana, ya la hubiera abandonado en cualquier esquina.

Me sacaba totalmente de quicio.

Mechones naturales rubios y castaños, con el pelo peinado en cuadrado, raya al lado y un poco de volumen arriba. Ojos claros pero intensos y una mandíbula muy definida, como su cuerpo. Estaba claro que el tío tenía un potencial brutal y que llamaba la atención de cualquiera.

—Lo amo.

Murmuró mi hermana flojito, refiriéndose al alemán.

La miré seria.

—Déjala, es muy graciosa.

La defendió Isaura.

—Espero que te haga gracia para siempre y luego no vengas quejándote.

Le advertí.

—No soy un monstruo. Sabes que me vendes bien…

Me respondió en tono de enfado.

—Te conozco, Alexandra, y lo hemos hablado. No vamos a montar ningún numerito aquí y vamos a respetar el espacio que creó el abuelo y por el que todos lo admiraban.

—Tú estás aquí por el dinero, no por el abuelo.

—Alexandra, para.

—Venga, chicas, que si no os lo tiráis vosotras, lo haré yo.

Bromeó Isaura sin hacerme ni la más mínima gracia.

—Si es que eres muy graciosa —le contestó mi hermana.

—No os quiero ver enfadadas, solo eso.

Desayunábamos y noté que me estaba mirando. Levanté la vista y le sonreí. Él hizo lo mismo.

¿Qué le llevaría a alquilar una *suite* en un pueblo de Austria durante todo el verano?

Debía de estar bien económicamente cuando la noche de su estancia costaba seiscientos euros. No había elegido una de las habitaciones que salían por cien euros la noche o las de ciento ochenta; no, él había optado por la *suite*, la más cara de todas.

—Estoy haciendo los cálculos y a ese chico le sale el mes aquí por unos doce mil euros. ¿Sabéis la de cosas que me puedo comprar en Sephora por ese dinero?

Soltó, mi hermana.

El huésped se marchó tras tomar su café, no sin antes despedirse de nosotras con un movimiento de cabeza.

—Ese dinero no es tuyo, es de la empresa y nosotras tenemos un sueldo.

Le recordé.

—Bueno, mis niñas, ya me tomé el cafelito y me voy a seguir con mis obligaciones, que solo bajé a fumar un cigarrillo. No os enfadéis, que no hay cosa más bonita que tener una hermana.

Se dio un beso en la palma de su mano y nos lo lanzó al aire.

Isaura, creo que salió huyendo para no sentirse incómoda con el cruce de palabras que teníamos Alexandra y yo.

Capítulo 5



Era principio de julio, una época en la que cada vez llegaba más turismo al pueblo y las calles estaban preciosas, llenas de vida.

Ya estábamos instaladas en casa del abuelo, que estaba pegada al hotel, puerta con puerta.

La casa era preciosa y tenía dos plantas más la terraza. Todo estaba prácticamente nuevo; al fin y al cabo, apenas tenía ocho años y la habían cuidado muchísimo.

En la planta baja había una cocina espaciosa y de revista, un salón amplio, un baño, una salita y una cochera en paralelo. En la planta de arriba se encontraban cuatro dormitorios con sus respectivos baños: dos de ellos con vestidores y los otros dos con armarios empotrados. La última planta era una preciosa terraza, con una parte techada en aluminio y cristal para resguardarse los días feos. Contaba con una gran mesa y varios sofás exteriores alrededor. Era una auténtica cucada.

Estaba claro que la casa parecía más bien de una pareja joven que de alguien de la edad de mi abuelo, pero él siempre fue muy moderno y, además, contó con la ayuda de unos interioristas que amueblaron cada espacio con mucho gusto, predominando en todo momento el blanco.

—Hermana, me voy al gimnasio.

—Perfecto, luego nos vemos.

Me dirigí a la terraza del restaurante del hotel y me acomodé en una mesa para desayunar.

Me encantaba este rincón aprovechando el buen tiempo de un verano que estaba siendo muy diferente.

Alexandra se había apuntado al gimnasio y se daba su vueltecita por allí para grabarse un par de vídeos y subirlos a las redes. Vamos, que sudar no sudaba; todo era por hacer ese papel con el que buscaba ser una *influence*r y mostrar un tipo de vida que realmente no tenía.

—Buenos días.

La voz del joven alemán me sacó de mis pensamientos.

—Hola, buenos días. ¿Todo bien en la *suite*?

Le pregunté amablemente.

Se frenó ante mí.

—Todo perfecto. Te he visto salir y entrar de la casa de al lado, ¿vives ahí? Por cierto, me llamo Mark.

—Sí, me instalé hace unos días. Nos hemos mudado a vivir a la casa de mi abuelo. Yo soy Julieta.

—Por lo que veo eres española. ¿Qué te ha traído a venirte a vivir a un pueblo de las montañas de Austria?

—Siéntate, por favor.

Le ofrecí, al ver que la conversación parecía ir para largo.

—Gracias.

El camarero se acercó y Mark aprovechó para pedir un desayuno completo.

—Mi abuelo era el dueño de la casa y del hotel. Falleció hace dos meses y ahora todo ha pasado a mis manos y a las de mi hermana.

—Debe de ser la morenita que casi siempre va contigo.

—Sí, ella es —sonreí—. ¿Y cómo es que tienes la *suite* alquilada todo el verano?

—Digamos que me he venido de retiro espiritual.

Sonrió mientras volteaba los ojos con gesto de resignación.

—¿Y no hubiera sido mejor irte al Caribe, Tailandia o algún lugar paradisíaco?

—No. —Esbozó una preciosa sonrisa—. Prefiero mantener rutinas e impregnarme de este lugar que tanto me gusta. Mi madre era de aquí y veníamos desde Alemania todos los veranos y en las fiestas navideñas. Mi padre es alemán y, desde que se conocieron, se fueron a vivir a Berlín, el lugar donde nací y crecí. Pero este pueblo me da toda la paz que allí no soy capaz de encontrar.

—¿Y tus padres ya no vienen?

—Mi madre falleció hace unos años y, según mi padre, ya no tenía motivo para seguir viniendo aquí, por lo que terminó vendiendo la casa que tenían. De todas maneras, antes de que falleciera mi madre, ya hacía años que no venía con ellos todo el verano porque yo estaba independizado y tenía otros intereses.

—Entiendo, pero imagino que tendrás un trabajo que puedes hacer a distancia y que te permite alquilar una suite que no es precisamente barata.

—Tengo empresas de inversiones que puedo gestionar sin ningún problema desde cualquier parte del mundo. Cuento con una oficina en Berlín y otra aquí en Austria, precisamente en la ciudad de Viena.

—Y te vienes al pueblo.

Se me escapó una risilla.

—Hombre, hermana, qué bien acompañada te veo. Soy Alexandra —le dio la mano—. Vengo agotada del gimnasio.

Se tiró a plomo en la silla la muy descarada cuando no se le había movido ni una línea del maquillaje.

—Encantado, soy Mark. Ya me contó tu hermana que sois las dueñas del hotel.

—Y de tu vida como te despistes un poco.

Mark se rio a la vez que negaba.

—Alexandra, por favor.

—Hermana, tienes que asimilar que yo soy graciosa.

—Bueno…

Suspiré.

—El caso es que, por lo que veo, sois muy diferentes y no solo en el color de pelo y ojos.

Esbozó una sonrisa sin dejar de quitarme la vista de encima.

—Sí, yo soy la más divertida y vividora.

—En lo de vividora lo has bordado.

Nos reímos los tres.

—Lo que pasa es que tú no sabes vivir la vida, hermana —me dijo con esa sonrisilla traviesa que le salía.

—Será eso.

Volteé los ojos y sonreí para no aparentar enfado.

—Diferentes como la noche y el día… —murmuró Mark.

—No lo sabes tú bien —le contestó mi hermana.

Mark empezó a hablarnos de algunas zonas de los alrededores del pueblo que eran auténticos parajes naturales, perfectos para desconectar con un picnic o simplemente dar un paseo.

—Para hacer fotos y vídeos para mis redes estaría genial —comentó mi hermana mientras terminaba su tostada y se levantaba para irse a ducharse.

Se despidió dejándonos a nosotros seguir disfrutando del desayuno, cosa que agradecí, porque no había dicho dos frases seguidas con sentido.

—Imagino que habéis salido de marcha por el pueblo.

—No, aún no. Hemos ido a cenar o a tomar algo, pero todavía no nos hemos dado ninguna fiesta —sonreí—. Mi hermana tiene poco aguante pese al torbellino que es. Prefiere grabar vídeos y aprovechar el día para sus cosas.

—El bar de madera de la plaza se pone muy ambientado por las noches.

—Sí, estuvimos tomando una copa la semana pasada, pero, como te digo, a las once ya estábamos de vuelta.

—Cuando empieza lo mejor.

—Veo que eres fiestero.

—Nada que ver con la realidad —sonrió—. Es el tipo de lugar que invita a tomar algo y disfrutar del ambiente, mucho más sano que en las grandes ciudades. De todas maneras, en los días que llevo aquí solo salí una noche, y me recogí a las tres de la mañana.

—¿Solo?

—Si hubiese estado acompañado, habría terminado viendo el amanecer mientras me pegaba un buen desayuno antes de irme a dormir.

—Está claro que solo no es lo mismo, porque llega un punto en el que te preguntas: «¿Qué hago aquí?».

—Si te apetece, podemos salir mañana. Hay fiesta en la plaza.

—Ah, pues me parece genial —dije, quedándome un tanto impresionada porque no esperaba que fuera a ofrecerme esa posibilidad.

Después de charlar un rato más, quedamos en vernos a las siete de la tarde del día siguiente para salir a cenar y tomar algo.

Tenía un plan con Mark y me temblaban hasta las piernas. No me lo podía creer.

Entré en el hotel para hablar con Mara, que estaba de turno en la recepción, y ver cómo estaba la cosa.

—Hombre, mi jefa —dijo Christian, que se encontraba con ella—. ¿Un cafelito?

—Vengo de desayunar, pero vamos. Ahora regreso y me pones al día, Mara.

—Ya te pongo yo —me dijo Christian echándome la mano por encima del hombro.

—¿Y todo bien?

—Genial. Tenemos el hotel al 100%. Solo nos queda una habitación, que ya sabes que debemos mantener de emergencia.

—Perfecto. He conocido a Mark, el chico de la *suite*.

—Sí, un tipo genial que no da problemas y todo le parece bien. Ayer tomé una cerveza con él aquí.

Nos sentamos en una mesa y el camarero me sonrió al verme de nuevo.

—Imagino que, con el pastón que se está dejando en el alojamiento, tendrá algún privilegio.

—No le falta en la *suite* ni la cesta de frutas, ni bombones cada día, ni las galletas para acompañar a los cafés que tiene a su disposición en la habitación.

—Perfecto.

—Si algo nos enseñó tu abuelo es a saber tratar con cariño y mimo a todos los huéspedes. ¿Cómo no nos vamos a desvivir con el que más paga? —Me hizo un guiño—. Y no solo paga su estancia, sino que consume en nuestro restaurante tanto de manera presencial como en pedidos a la *suite*.

—Mañana hemos quedado en cenar juntos.

—¿En serio?

—Sí, hemos estado charlando mientras desayunábamos y comentando sobre las noches del pueblo. Fue cuando surgió la idea de salir.

—Mañana son las fiestas en la plaza.

—Eso me dijo.

—Se pone muy animado y con un buen ambiente. Yo también estaré por allí.

—¿Con tu mujer?

—No, ya hace unos meses que nos separamos.

—No lo sabía. ¿Y estás bien?

—Genial. Al principio me costó porque, quieras o no, la echaba de menos, pero con el tiempo se fue pasando. Lo dejamos de mutuo acuerdo y sin ningún mal rollo, todo lo contrario. Ella regresó a Viena y yo me quedé con el piso, que ya era mío de soltero.

Capítulo 6



—Hermana, vas a flipar.

Apareció desde su cuarto mientras yo tomaba el primer café del día.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté, volteando los ojos.

—Mira, mira. —Me enseñaba un vídeo suyo en su móvil—. Se hizo esta madrugada viral y me han seguido en doce horas más de trescientas mil personas.

—¿¡Qué dices!?

No podía creérmelo. Esa cantidad de seguidores sonaba seria. En cuestión de horas, su vida parecía haber dado un giro inesperado.

—¡¡¡Soy influencer!!!

Daba saltitos mientras me agarraba del cuello.

—Bueno, ahora tienen que comenzar las marcas a confiar en ti.

—Cuestión de horas y ya tengo a algunas encima, ¿no es fuerte?

—Muchísimo.

—Pues échame un café y nos sentamos a tomarlo.

—Eso es lo que estaba intentando hacer cuando has aparecido. —Carraspeé.

—¿Qué mejor compañía que la de una *superinfluencer*?

—Madre mía, lo que se ha venido arriba.

Reía mientras negaba porque ya me la conocía.

—Por cierto, esta noche te vas con el guapetón del hotel.

—Sí, ya es hora de que salga una noche como Dios manda.

—Yo lo mismo le escribo a Christian. Ahora que sé que se ha divorciado, lo he apuntado en mi lista de víctimas.

—¡Alexandra!

—Ni te quejes, que aún no me he tirado a Noel ni a Paul, el del banco.

—Conociéndote, ya le queda poco a Noel para caer, porque no veas si sois descarados los dos con las miraditas.

—¿A que se nota que le pongo?

—Alexandra, madura, por favor.

—Madurar es entender que el sexo es parte de la vida.

—Toma el café y relájate un poquito, que te has levantado como una moto y me estás poniendo nerviosa, señorita *influencer*.

—Celosilla.

Me dio un beso en la mejilla. Siempre había sido así, impulsiva y exagerada, pero también imposible de no querer.

Mandaba narices llamarme a mí celosa, yo, que era la persona que más se alegra del bien de los demás y, sobre todo, de ella. Pero bueno, la niña era así y ya no podía descambiarla.

No dejaba de leerme los comentarios que le habían puesto y estaba con las emociones a flor de piel, cosa que entendía.

Lo que tenía claro es que, antes de prepararme el desayuno con el segundo café, me iba a tener que tomar un ibuprofeno para el dolor de cabeza que me estaba entrando de escucharla.

Ella estaba feliz aquí.

El abuelo solo puso como cláusula la explotación del negocio un mínimo de cinco años, con el personal incluido, y que viviésemos aquí ese tiempo. Y la verdad es que estaba todo tan organizado que ambas teníamos poco que hacer más que revisar los números semanales y comprobar que todo concordaba.

A él siempre le había preocupado que el hotel siguiera funcionando como siempre lo había hecho.

Nos habíamos asignado unos sueldos bastante buenos que los gestores nos enviarían cada mes a nuestras cuentas personales. Todo parecía demasiado fácil y bonito, pero, sobre todo, era gracias a un abuelo que nos había dejado las cosas muy bien atadas.

Por mi cabeza rondaba la idea de encontrar algo que realmente me llenara, porque disponía de demasiado tiempo libre y no estaba acostumbrada a tener tantas horas sin un propósito claro.

Terminamos de desayunar y mi hermana se fue al gimnasio a hacerse algunas fotos y vídeos, porque, en realidad, a otra cosa no iba.

Yo me dirigí al hotel, donde Vera estaba de turno en recepción. Nada más verme, me enseñó una foto de su hijo Matteo de la tarde anterior, en la que aparecía merendando con toda la boca llena y riéndose feliz de la vida.

—¿Un café?

Escuché la voz de Christian y, al girarme, estaba llegando a nosotras.

—Claro.

Nos acomodamos en una de las mesas y, por su sonrisa, sabía que me quería decir algo.

—Suelta.

—Te pongo en contexto.

—Vale.

—El local ese…

Señaló el que estaba contiguo al restaurante, al lado contrario de mi casa y que, en la parte superior, formaba parte de nuestro hotel.

—¿Qué le pasa al local?

—El dueño me comentó hace unos días que ya se va a jubilar y que lo pone en venta.

—¿Y eso nos debe preocupar? Es un local; da igual lo que abran.

—No es eso. Estuve haciendo cálculos y es una buena inversión para añadirlo al hotel como parte de este. Tu abuelo siempre decía que se arrepintió de venderlo cuando hizo la obra y de no habérselo quedado.

—¿Y qué ponemos ahí?

—Podemos poner un puticlub, pero eso nos traería mucho lío.

Su broma ocasionó que me entrase una carcajada tan fuerte que los de las mesas de alrededor me miraron riéndose.

—Va, en serio, ¿qué has pensado?

—No lo sé, estoy barajando varias opciones que pueden ser muy rentables. El caso es que ese local forma parte del edificio y creo que sería buena idea comprarlo.

—¿Cuánto piden?

—Doscientos cincuenta mil euros, pero creo que puedo conseguir que rebajen el precio.

—¿Y crees que el banco lo hipotecaría?

—Claro. Quedan muchos beneficios mensuales del hotel después de pagar todos los gastos. Podéis asumir perfectamente una hipoteca de cinco mil euros al mes y, en unos cuatro años, la tendríais pagada. Además, intentaré que el precio baje bastante, como te he dicho.

—Hombre, sería otra propiedad más que tendríamos pagada dentro de cuatro o cinco años. Háblalo con el hombre y lo vamos viendo, no lo veo mal.

—¡Ya está aquí la más bonita del pueblo!

—Pues mira, guapa, escucha lo que tiene que decir Christian.

—Cuenta, cuenta.

Tomó asiento.

El camarero se acercó con nuestros cafés y Alexandra le pidió otro.

—Pues le he comentado a tu hermana… —le explicó lo mismo que a mí.

—Hermana, nos metemos de cabeza. En la cuenta hay mucho dinero que no podemos tocar hasta dentro de cinco años, al igual que tampoco podemos vender nada, pero sí hacernos con alguna propiedad aquí. Yo opto por comprarlo porque se va a pagar solo y, además, ya tengo la idea de lo que montar —dijo captando nuestra atención.

—Creo que sé lo que vas a decir…

Negué riendo, como si no la conociera.

—Un salón de belleza: peluquería, uñas y maquillaje. No hay ninguno por aquí cerca. Yo puedo ser la encargada y contratamos a dos personas para llevarlo mientras yo superviso y también hago trabajos. Con mis conocimientos puede ser la bomba.

—Yo también pensé en un salón de belleza entre las posibilidades —dijo Christian.

—Yo lo veo. Si va mal, se puede cerrar y a otra cosa; lo que no me fío es de que te aburras en dos días —le dije a Alexandra.

—Si se aburre, contamos con las que empleemos. No veo problema.

—¡Me lo como!

Se inclinó un poco desde la silla y, de manera descarada, le dio un beso en la mejilla.

—Yo me dejo.

La respuesta de Christian también era de dos pares de narices.

—¿Y por qué no me invitas a cenar esta noche, como el alemán invitó a mi hermana?

—Madre mía, qué descarada eres.

Negué con resignación, porque no se lo pensaba dos veces y soltaba todo de una manera tan natural que me parecía alarmante.

—Eso está hecho.

Christian sonreía feliz ante la propuesta.

No, Christian era un pilar fuerte del hotel como para convertirse en víctima de mi hermana. No quería ni pensar en lo que pasaría dentro de tres días, cuando Alexandra lo tachase de su lista de deseos y lo mandase a los no gratos.

Estábamos charlando cuando Mark salió del hotel y, al verme, me hizo un guiño con una sonrisa antes de seguir caminando hacia el otro lado de la calle. Solo ese gesto bastó para que volviera a sentir ese pequeño cosquilleo en el estómago.

Guapo era a rabiar, pero si hablábamos de su estilo, eso ya era de otro nivel. ¿Cómo se podía tener tanta clase? Madre mía, qué ganas tenía de que pasaran las horas e irme con él a vivir la noche. Tenía esa mezcla de elegancia y naturalidad que hacía difícil apartar la mirada.

—Se te cae la baba, hermana.

—Sí, pero no soy la única.

Le hice un guiño.

—Me encanta la sutileza con la que os atacáis.

—No creo que te gustase tanto si nos vieses en nuestro apogeo —le respondió Alexandra con una carcajada.

—¿Tan mal os lleváis? Aunque recuerdo hace dos años, cuando vinisteis a ver al abuelo, que una le lanzó al pasillo a la otra la maleta y casi os lleváis a las manos.

—Fui yo la que se la saqué.

Alexandra confesó, causándome una risa al recordar ese momento.

—No es así como suelen ser nuestros enfados —le dije—. Ese día fue porque terminamos en riña y ella me dijo que no se movía de esa habitación, así que me lanzó la maleta al pasillo.

»Nuestras peleas son porque mi hermana es como una bombilla a punto de fundirse. Tiene muy pocas luces para muchas cosas.

—Es que tú te crees mi madre. Te recuerdo que nacimos con pocos minutos de diferencia.

—Sí, y mamá debió cerrar las piernas cuando salí la primera.

Les provoqué una risa a los dos.

—Si yo no hubiera salido, me habría convertido en su pequeña del alma.

—Sí, con tu piel de canela.

Así lo decía una canción. Volteé los ojos.

Christian tenía la risa suelta en todo momento y mi hermana una sonrisa de oreja a oreja, sabiendo que ya tenía cita con su víctima.

Estuvimos hablando un poco de las cosas rutinarias del hotel y, como siempre, todo estaba bien organizado e iba viento en popa.

Christian y los empleados lo llevaban todo a rajatabla.

Capítulo 7



Estaba lista para mi cita con Mark y realmente me encontraba pletórica porque me apetecía mucho conocerlo más, ya que me parecía un chico muy interesante.

Mi hermana estaba en la ducha y le di dos golpes a la puerta para despedirme de ella.

Mark estaba sentado en la terraza del restaurante del hotel tomando un vino y sonrió al verme. A mí se me subieron directamente todos los colores.

Noté cómo el corazón me daba un pequeño vuelco en el pecho al verlo levantarse para saludarme.

—Hola, Mark.

Sonreí cuando se levantó y me dio un beso en la mejilla.

—Hola, Julieta, estás guapísima.

—Gracias. Tú también lo estás.

—¿Guapa?

—No, guapo.

Se me escapó una risilla. No sabía muy bien por qué, pero con él todo parecía sacarme esa sonrisa nerviosa que no podía controlar.

Oliver, uno de los camareros que solían estar de tarde, vino a atenderme y le pedí una copa de vino como la que se estaba tomando Mark.

—¿Preparada para la noche austriaca?

—Bueno, más bien para la noche. Me da igual que sea sueca, española o alemana.

Esbocé una risilla nerviosa.

—La mezcla la tenemos, la compañía también.

—Y las ganas de salir.

—Efectivamente. —Su sonrisa era toda una tentación—. El pueblo se va a poner muy animado esta noche.

—Lo que no entiendo es cómo le decimos todos pueblo refiriéndonos a este lugar, cuando leí que en Austria es considerada ciudad con unos diez mil habitantes.

—Antiguamente fue un pueblo y todos los que tuvimos familiares aquí nos referíamos a esto así, pero realmente es una pequeña ciudad.

—Tiene mucho encanto y a mí me da mucha paz.

Sobre todo al caer la tarde, cuando las montañas se oscurecen poco a poco y todo el pueblo parece bajar el ritmo.

Le di las gracias al camarero cuando me sirvió el vino y le rellenó la copa a Mark.

—Por esta velada.

Estiró su mano para brindar conmigo.

—Por esta velada —repetí sonriente.

Mark me comentaba que estaba muy cómodo en el hotel y que el trato era espectacular. En pocas palabras, se sentía como en casa, y yo me alegraba.

—Ya me voy a ver a mi primera víctima de la noche.

Escuché a mi hermana acercándose. Cogió mi copa para darle un trago.

Negué con la cabeza al verla, aunque en el fondo ya estaba acostumbrada a sus maneras.

—Pobre hombre —le contestó bromeando Mark.

—Reza para que no te apunte en mi lista. Me voy, que ya viene por allí.

—Mejor —respondí con una risilla.

—Es muy diferente a ti, lo reitero.

—Muchísimo, un mundo. Esta mañana me ha dado una…

Volteé los ojos y me reí negando al recordarlo.

—Con ella tienes la diversión asegurada.

—La diversión y el acabar en un psiquiátrico con camisa de fuerza por su culpa.

—No creo que sea tan así.

—No voy muy desencaminada.

Suspiré.

—Me encantas cuando haces esos gestos.

Mark tenía la risilla suelta y eso era algo que me relajaba. Era de esas personas que transmitían cercanía incluso cuando apenas acababas de conocerlas.

—¿Y cuándo no los hago?

—También, también —sonreía—. Y cuando te pones tímida.

—¿Me estás analizando?

—¿Nerviosa?

—Vamos, para la plaza.

Me eché a reír dejando la copa sobre la mesa.

—Vamos, vamos.

Me miró de lado con una sonrisa que era todo un caramelo.

Mark tenía su peligro y se notaba a la legua, aunque he de decir que no era de esos tipos babosos, todo lo contrario. Era un provocador elegante, que hasta para eso había que tener clase, cosa que a él le sobraba.

Llegamos a la plaza y estaba abarrotada de gente alrededor de las mesas altas de madera tomando cervezas, que era lo que más se veía.

La música sonaba desde un pequeño escenario al fondo y el aire olía a comida recién hecha y cerveza.

La atravesamos para ir a la zona de terrazas de comidas, en la que, por suerte, cogimos una mesa. Y digo «por suerte» porque no había ni una libre por ningún lado.

Pedimos unos filetes con salsa de trufa y patatas fritas por recomendación del camarero, que nos dijo que era el plato estrella. De entrante, unas delicias de carne con queso que eran tipo croquetas.

—Mañana me voy a tener que ir al gym con mi hermana.

Observé todo lo que nos habían traído.

—¿Para tirarte fotos? —me preguntó, causándome una carcajada.

Me gustaba su humor.

—Seguramente, porque yo soy más de andar que de gimnasio. A mí eso de las máquinas me da mucha pereza.

—Te llevaré uno de estos días a caminar por un sendero que te va a gustar mucho. Bueno, eso si quieres.

—Claro, todo sea por conocer la zona.

Le di un bocado a la delicia y me miró sonriendo, como que no se había creído mucho mi respuesta.

—Gracias —contestó con ironía.

Sostenía en todo momento su sonrisilla.

—No hay de qué.

Volví a mordisquear la delicia que, por cierto, estaba para tocarle las palmas.

Mark apoyó los codos sobre la mesa, mirándome con esa expresión divertida que parecía no abandonarle nunca. Estaba muy gracioso y tenía unos golpes que no me esperaba. Era una persona muy irónica y que pillaba todo al vuelo.

—Esta cerveza está riquísima. Verás mi cabeza entre el vino de antes y esto ahora.

—La noche acaba de empezar.

—Tranquilo, si yo durar, duro; lo que no sé es en qué estado.

—Velaré por tu seguridad.

—Más te vale si no quieres tener que rendir cuentas con mi hermana, que esa me la tiene sentenciada, pero si me pasa algo…

—Normal, le dolería no tener a quién pinchar.

—Algo me quiere también.

Ladeé mi cabeza mientras él no perdía su sonrisa.

—Tú no te preocupes, que estás en buenas manos.

—Eso suena con dobleces. Mira que aún estoy a tiempo de dejarte aquí e irme por donde he venido.

—Te aburrirías esta noche y te perderías la gran fiesta del pueblo.

—Para ser alemán, eres muy gracioso.

—¿Y quién te dijo que los alemanes no lo somos?

—Siempre escuché que sois fríos y secos.

—Muy bonito el concepto que tienes de nosotros.

Se le escapó otra risilla.

—Yo no, mucha gente. Seguro que os lo habéis ganado a pulso.

—¿Entonces soy la excepción?

—Puede ser.

—El único alemán simpático fue a parar a tu vida, ¿no crees que eres muy afortunada?

—Un montón, tanto que la emoción me está corriendo ahora mismo por las venas. Y deja de mirarme así, que me estás poniendo nerviosa.

—Al final lo has reconocido y me estás dando de algún modo la razón.

—Es que parece que lo haces a posta. Y lo peor de todo es que te sale hasta bien.

No podía frenar mi sonrisa nerviosa y eso me inquietaba mucho más.

—Pero ¿por qué no puedes sostenerme la mirada?

—Estoy pensando seriamente que me estás analizando de verdad.

—¿Y qué tiene de malo? Te estoy conociendo.

—Madre mía, que más que peligro eres una bomba atómica.

—No, para nada. —Se reía—. Estoy encantado de ir conociéndote.

—Eso es fácil, en una hora te puedo resumir mi vida. Soy una chica normal en un pueblo perdido bajo las montañas de Austria.

—Algo más habrá en tu vida.

—Mi hermana, mi padre y amigas que dejé en España.

—¿Alguna relación seria?

—Dos, y en ambas relaciones me pusieron los cuernos.

Me eché a reír y él esbozó una risilla al ver que me lo tomaba así.

—Y no los perdonaste…

—Ni que fuese Dios para perdonar. ¿Tú lo hubieras perdonado?

—Depende de lo que amase a esa persona y de la parte de culpa que yo hubiese podido tener para llevarla a hacer eso.

—¿¡En serio!? ¿¡Culpa de que otros te pongan los cuernos!? Para eso no hay culpa. Hay personas sin coherencia y sin madurez que no tienen las santas narices de ir a su pareja y decirle que la dejan antes de irse con otras. Si tú conmigo ya no eres igual y quiero estar con otro, lo normal es que te deje, no que excuse mi mal hacer en tu cambio, por ejemplo.

—Pero no te pongas así.

No perdía la sonrisa en todo momento.

—Es que has dicho una barbaridad. Que te pongan los cuernos… veremos si te lo tomarías así.

—No, no. Viendo que estás a punto de pegarme, ya te digo que si me los ponen, le tiro la ropa por la ventana.

—¿Estás casado?

—Digo en el supuesto de tener pareja y estar viviendo con ella. —Soltó una risilla más fuerte—. Creo que me lo voy a pasar muy bien esta noche.

—Pues a mí me han entrado hasta calores con tu percepción de que haya una posibilidad de que, si te ponen los cuernos, sea por culpa del cornudo. Eso es de mentes retrógradas.

—Te pongo en contexto…

—Me da a mí que me vas a poner como a mi hermana, con más mala leche en el cuerpo. Pero dime.

—Imagina que tú y yo estamos casados.

—No sé yo si podré imaginar eso después de la barbaridad que has dicho. Pero sigue.

—Y tenemos un hijo.

—¿No puede ser niña? A ver si ahora también vas a ser exquisito.

—Vale, tenemos una niña y un niño.

—Sí, claro, dos. Anda que no te has venido arriba.

Si él quería buscarme con sus ironías, pues me iba a encontrar, porque yo ya tenía un máster en aguantar a mi hermana y tener que ponerme muchas veces a su altura.

—Empiezo… imagina que estamos casados, pero no tenemos hijos.

—Ya te has cargado a los dos de golpe.

Solté el aire metiéndome en mi papel.

—Imagínate que te pido el divorcio, porque con tu carácter aquí no da tiempo ni a ser infiel.

Las carcajadas se le tornaron más fuertes.

—¿Has visto cómo es la solución? Si algo no te cuadra, pues ni tiempo a ser infiel. Puerta y todos felices como Maluma.

—Está claro, porque ya veo que tú lo de imaginar, muy mal.

—Efectivamente, pero si quieres lo vuelves a intentar, prometo escucharte.

—Veremos si es cierto. Imagina que estamos casados…

—No, no, tú has dicho que nos divorciamos. A mí no me vuelvas loca.

—Pago y nos vamos hacia las mesas altas a tomar algo en medio del ambiente.

Aguantó la risa mirándome de lado.

—Pago yo.

—Eso otro día, cuando seas tú la que me digas de salir.

—Pues nada, mañana te invito a comer.

—Acepto.

Reía mirando al camarero que le estaba cobrando.

Nos fuimos a buscar sitio a la zona más animada de la plaza. La música sonaba cada vez más fuerte y la plaza parecía vibrar con el bullicio de la gente.

Capítulo 8



—¿Y quién es el bonito que coge una mesa?

Estaba mirando hacia todos los lados en busca de una libre, aunque me daba que la cosa iba a estar complicada.

—Solo hay que estar alerta para cuando suelten una.

—Como toda la vida de Dios.

Solté una carcajada.

Justo cuando me giré vi que dejaban una y fui directa hacia ella. Mark me siguió.

La cogí antes de que nadie más pudiera hacerlo, porque ya venía más gente hacia allí con la misma intención.

—Valdrías para policía. Eres buena para oler el objetivo.

—No, no valdría para policía.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque soy tan gilipollas que seguro que pongo una multa y se la termino pagando yo.

—En la policía se hacen muchas más cosas que multar. Los hay contra delitos de todo tipo.

—Pues métete tú en ella.

—No, a mí me va muy bien con mis negocios.

—Y a mí con los de mi abuelo.

Esbocé una sonrisa de oreja a oreja.

—Me encantas.

Se le escapó una risilla antes de mirar al camarero, que vino con una bandeja de cervezas, y cogimos dos.

Era impresionante ver cómo funcionaba todo. Las bandejas iban pasando entre la gente y cada uno cogía la cerveza que quería, dejaba el dinero sobre la bandeja y, si hacía falta, tomaba también su cambio. Lo mismo pasaba con los perritos calientes que iban sacando. Y, si preferías otra cosa, siempre quedaba la opción de acercarte a la barra y pedir lo que quisieras.

—Entonces, que me quede claro… si tú y yo nos casamos…

—Recuerda que allí —señalé en la dirección en la que habíamos cenado— me pediste el divorcio.

Me encogí de hombros.

—¿Y si te digo que prefiero que lo intentásemos…?

Me lo dijo al oído y se me erizó la piel.

—Cuando me devuelvas los cuerpos de los niños.

Arqueé ligeramente la ceja con gesto gracioso.

—Me acabas de matar.

Se reía, provocando que a mí también se me escapara la risilla.

Música, jaleo, todo el mundo charlando y moviendo el cuerpo alrededor de las mesas, pero yo escuché mi nombre, y bien alto. Además, la voz era totalmente reconocible.

Mark, al ver a mi hermana y a Christian venir hacia nosotros, se echó a reír.

—¿A que no sabéis dónde me ha llevado a cenar?

Reía mientras Mark la miraba esperando su respuesta.

—Sorpréndenos.

Mark la buscaba instantáneamente a la vez que apretaba el hombro de Christian a modo de saludo.

—En el restaurante del hotel. Vamos, que le ha salido cero euros. ¿Qué hago con él?

Volteaba los ojos, negaba y reía a la vez.

—Felicítalo por mirar por su economía, por ejemplo.

Sonreí de manera irónica.

—Me caes mal, hermana.

Cogió dos cervezas de la bandeja del camarero y Christian puso el dinero sobre ella.

—Mira, te acaba de invitar.

—Estaría bueno que fuese yo la que lo pagase, encima de que comió por toda la cara en nuestra propiedad.

—Tu abuelo me tenía bufé libre a mi disposición.

—Verás como me dé por cambiar las normas.

Nos reímos con ese comentario de Alexandra.

—No puedes, eres persona non grata en el hotel.

—¡Que soy la dueña de la mitad, tonto!

—Ahora mismo solo eres de una cuarta parte hasta que no pasen cinco años.

Le recordó Christian que, si no lo explotábamos durante el plazo que había dejado estipulado mi abuelo, perderíamos la mitad de la herencia total.

—Listo.

—Y durante ese tiempo no podéis despedir a los empleados.

Echó aire sobre sus dedos y se lo frotó en el hombro.

—Tranquilo, que ese hotel nos va a durar toda la vida. ¿Tú sabes lo que es tener un buen sueldo para vivir? No, ni lo sabrás, pero vamos, que te tengo puesto en mi lista como el primero en abandonar el hotel, como si esto fuera un *Gran Hermano*.

—¿Qué le he hecho yo a esta mujer?

—No me has hecho aún, pero me lo harás como hombre que eres, así que yo primero sentencio y luego acarreo.

—Si solo te he invitado a cenar.

—Pues espero que el postre esté a la altura, porque la comida poco te costó.

Le tiró un besito al aire, cerrando los ojos.

Mark tenía la sonrisa suelta escuchándolos y lo mejor de todo es que Christian era otro que, con su ironía y descaro, resolvía todo.

Era muy bonito ver a los empleados con sus vestidos típicos austriacos, al igual que a muchos lugareños que también se habían animado a ponérselos en este día que para el pueblo tenía historia.

Mi hermana estaba sembrada y no dejaba de mirar de lado a Christian, retándolo en todo momento, pero lo gracioso era que Mark no se quedaba atrás y la picaba aún más.

—¿Y tú, no dices nada?

—¿¡Yo!? Dios me libre. Escucharos a los tres ya es suficiente para darse cuenta de que el mundo va de mal en peor.

Suspiré.

—Habló Sor Julieta, la que no hace nada… pero todos tiemblan.

—¿Tú no eras de las que pasaban de la noche y solo iban a cenar?

—Pues ya me animé. ¿Tú no sabes lo gustoso que es llevar de guardaespaldas a un empleado?

—Espero que me pagues por esos servicios extra —le dijo Christian.

—Tú reza para que mañana no estés escayolado.

—Me espera una gran noche —le dijo Christian a Mark.

—Ya lo veo. Cualquier cosa, ya sabes.

Se llevó la mano a modo de teléfono al oído.

—¿Qué pasa, que te quieres unir a la fiesta? —le preguntó Alexandra.

—No, mujer, pero lo mismo el chaval necesita ayuda para ir al hospital.

—Tú cuidadito, que las más calladitas son las peores.

Ya me había atacado…

—A mí no me metas, que lo que no soy es tonta, pero tampoco soy como tú.

—Claro, mi amor, yo soy *influencer*.

—Pues ya veo lo que te conocen en el pueblo.

—Eso ha sido todo un ataque. —La picó Christian.

—Yo estoy por beberme la última e irme.

Christian paró al chico de la bandeja, cogió cuatro y las pagó.

—La anterior vez no os di una porque la teníais entera —se excusó.

—No hace falta que lo digas, hermano —le contestó Mark.

—Pues la próxima vez te toca pagar a ti —le soltó Alexandra, riendo.

—Pago la próxima y todas las que queráis. Todo el problema fuera ese.

—Mira qué bien queda…

Negaba con la risa tan peculiar de ella.

Nos estábamos riendo; la verdad es que mi hermana estaba graciosa.

Cuando había que temerla era en esas ocasiones en las que se ponía cabezona o no entraba en razón, pero ahora mismo estaba en su auge y, como decíamos en mi tierra, sembrada.

Y conociéndola… en un rato diría que su almohada la había llamado.

Las miradas que me echaba Mark eran de esas que iban llenas de mensajes, con una seducción provocadora. Vamos, que no me chupaba el dedo y, encima, el jodido me causaba un cosquilleo por todo el estómago.

Y qué cosquilleo…

No me equivoqué cuando mi hermana empezó a dar bocanadas de sueño y Christian la miraba con la sonrisilla suelta de saber que, en nada, tendría que dejarla en mi casa, aunque a saber si esta terminaba en la suya.

—Hermana, cualquier cosa me llamas. Me piro ya, no puedo más con mi alma. Por cierto, no te asustes si no me ves en casa.

Miraba a Christian, que sonreía feliz. No me equivoqué al pensarlo.

Hizo con la mano como si fuera una pistola y le dio un tiro a Mark. Este se llevó las manos al pecho como si lo hubiera recibido.

—Estáis a cada cual peor —dije cuando nos quedamos a solas.

—Me da un tiro y tú no haces nada.

—Para que veas mi espíritu de poli.

—Ninguno. No te corre la sangre por las venas.

—Tendré horchata.

—Es una de mis bebidas preferidas.

Cogió la cerveza y me sonrió con esa picardía antes de dar un trago.

—Te gusta vacilar, ¿verdad?

Le gustaba, lo tenía claro.

—¿Y por qué no podría serlo?

—Seguro que si te hubiera dicho que tengo batido de fresa, también hubieras dicho que es tu preferido.

—En absoluto, prefiero el de vainilla.

Me hizo un guiño sosteniendo su risilla.

—Sí, ya… —Volteé los ojos.

—¿Por qué será que en nada me tomas en serio?

—Precisamente por eso, porque no lo eres.

—¿No me ves un hombre serio y formal?

—Esa es la impresión que das a primera vista, pero en las distancias cortas no sé yo quién es peor, si mi hermana o tú…

—Yo, yo.

Se reía señalándose a sí mismo.

—El karma me persigue. —Volteé los ojos y di un trago a la cerveza —. Y encima sin vergüenza, que no es lo mismo que sinvergüenza —le aclaré.

—La vergüenza separa mundos.

—Te están sentando bien las cervecitas, primo.

—¿Primo? ¿Cómo que primo?

—Nada, déjalo, jerga de mi zona.

Me salió una risa mientras negaba.

—¿Llamáis primos a los chicos que os atraen?

—¿Y quién te ha dicho que tú me atraigas?

—Si no fuese así, no creo que estuvieras aquí conmigo.

—Me caíste bien, ¿qué pasa, que solo puedo salir con los guapos y seductores?

—¿Me estás diciendo que yo no lo soy?

—Nada, si ahora se hará el ofendido.

Me santigüé.

—Y tú la ilusa.

Me echó la mano por el hombro y me besó la sien.

Solté una risa a la vez que sentí, con ese simple gesto, algo muy especial. Era como si una conexión hubiera estado presente en esos tres segundos en los que me abrazaba de lado y besaba mi sien.

Hacía mucho tiempo que alguien no despertaba en mí tanto interés y curiosidad.

Mark tenía eso que a muchos hombres les faltaba: tablas. Sabía aprovechar su físico y combinarlo con unos gestos capaces de hacer temblar al mismísimo diablo.

—¿Quieres dejar de mirarme con esa provocación?

—Claro que no. ¿Por qué debería hacerlo? Dame una sola razón con lógica y lo dejo de hacer, pero como me des una sin lógica, lo voy a hacer peor.

Sostenía la sonrisilla pícara. Parecía disfrutar provocándome y lo peor era que lo sabía.

—Porque es incómoda. Y no me digas que no me la compras.

—No es incómoda. Error. Te pone nerviosamente acelerada.

—Mark, ya no bebes más.

Aparté su vaso, al que le quedaba solo un culillo.

—La penúltima.

Cogió dos al camarero que pasaba en ese preciso instante.

—¿Me vas a estar retando en todo momento?

Me miraba con esa calma peligrosa que parecía disfrutar cada segundo del juego.

—Hasta que confieses lo que no quieres reconocer.

—Hombre, ahora no vayas a querer escuchar que estoy enamorada de ti.

Aunque con él nunca sabía si aquello era una broma o una provocación más.

—Ahora no, pero como mucho en una semana estoy seguro de que sí.

—¿Tú te estás escuchando, Mark?

—Perfectamente. ¿Acaso hay algo mejor que escucharse a uno mismo?

—¿Qué le habré hecho a la vida para que el karma me castigue con una Alexandra en versión hombre?

Mark soltó una carcajada corta mientras negaba con la cabeza.

—No lo sé, pero te dio de lleno.

Me hizo un guiño y luego esbozó una risilla.

—Yo creo que a la que debiste invitar a cenar es a mi hermana. Tal para cual.

—No sería igual. Recuerda que son los polos opuestos los que se atraen.

—Pero nunca se van a entender.

—La atracción es más fuerte que el entendimiento.

—Madre mía. —Me froté la mano por la cara—. No salgo de una y me meto en otra. Menos mal que a ti es fácil descambiarte.

—Sabes que no lo harías.

—¿Qué no?

—Ya es demasiado tarde.

Se reía echando de nuevo su mano por mi hombro y dejando otro beso en mi sien.

Era un descarado, pero de esos que seducían hasta dejarte sin fuerzas.

Capítulo 9



No sé cuántas cervezas llevábamos ni me importaba. Me lo estaba pasando en grande con Mark y estábamos bailando en el centro de la plaza, que parecía una fiesta tipo guateque, con música sonando por todos lados y la gente moviéndose sin parar.

Me dejaba llevar por todas las canciones que ponían, de esas que te hacían botar o cantar a todo pulmón porque eran mundialmente conocidas. Había para todo: temas para saltar, otros para balancearse y algunos que todo el mundo coreaba con las manos en alto.

Mark era un auténtico terremoto.

Lo que me estaba dejando alucinada es que siempre escuché decir eso de «te mueves peor que un alemán».

En este caso, ni era seco, ni era frío y tenía un ritmo en el cuerpo que ni Maluma.

Y se movía a sus anchas; conmigo hacía lo que quería y yo me dejaba llevar, girando entre sus brazos o siguiendo el compás que él marcaba como si lleváramos bailando juntos toda la vida.

Con la de cervezas que llevaba en el cuerpo, había pasado de que sus guiños me pusieran nerviosa a hacerme gracia. Me sentía la reina de la noche, ligera, despreocupada y con esa sensación de libertad que aparece cuando dejas de pensar en todo lo demás.

Los austriacos tenían una marcha increíble y la animación era total en una noche en la que todo el pueblo lo estaba pasando en grande. Había risas, brindis, música y conversaciones cruzándose por todas partes.

Y yo estaba exactamente donde quería estar, disfrutando como hacía mucho que no lo hacía y sintiéndome tan a gusto que parecía que el tiempo se hubiera detenido solo para nosotros.

Mark estaba de lo más seductor y buscón; sí, porque su provocación no tenía límites, pero la mía tampoco.

En sus manos me sentía sexi, admirada, como si fuera el foco de su atención y no hubiese nadie más que yo en la plaza visible para su vista.

Me gustaba mucho, tanto que en esos momentos me daba igual liarme la manta a la cabeza y dejarme llevar por esos brazos al todo o nada.

—Dos meneos más así y me mandas a mi casa volando.

—¿Nunca has dormido en la *suite*?

Su pregunta parecía una señal de toda una propuesta indirecta.

—He estado, pero dormir, no…

—Eso lo vamos a tener que solucionar.

—Claro, en cuanto abandones la estancia, me meto ahí alguna noche que esté libre.

Obviamente, con mis palabras quería provocarlo.

—No me has entendido.

Se quedó mirando mis labios.

—Ni tú tampoco.

Le hice un guiño de esos que quedaban triunfales.

Me eché a reír sobre su pecho mientras él seguía moviendo su cuerpo.

—¿No dormirías conmigo?

—Para dormir tengo mi cama.

De nuevo me salió otro guiño.

No dudó en lanzarse a mis labios y hacerse con ellos.

La plaza, la noche y las intenciones eran nuestras. Y no había nada más que hablar.

Me sentía como si, de repente, tuviera todo aquello que llevaba tiempo necesitando. Durante meses me había centrado solo en mi hermana, en mantener todo en pie, en que las cosas funcionaran. Desde que estábamos allí todo iba relativamente bien, sí, pero antes… antes habían pasado cosas que aún llevaba guardadas en el corazón y que todavía dolían.

Pero hoy no era el día para pensar en eso.

Hoy estaba disfrutando por y para mí.

Dicen que las personas que se gustan establecen una conexión que te lleva a la complicidad o simplemente a la atracción; en nuestro caso, parecíamos dinamita a punto de explotar. Cada roce, cada mirada y cada beso tenía algo de desafío y de promesa al mismo tiempo.

Eran las tres de la mañana cuando aún seguíamos viviendo la noche austriaca en aquel pueblo que parecía rebosar vida.

La plaza estaba de lo más repleta de gente dispuesta a disfrutar durante toda la noche, al igual que nosotros, que nos bebíamos el uno al otro sorbo a sorbo. Y no solo con las copas, sino también con nuestros besos, esos que cada vez se volvían más atrevidos, más provocadores y difíciles de detener.

Y pensaba que la noche podría durar una eternidad, porque cuando estás viviendo algo que te hace bien y lo disfrutas… ¡Qué poco dura todo lo bueno!

Simplemente necesitaba vivir algo así, algo que me removiera el alma y me hiciera sentir de nuevo una joven llena de vida. Dios sabía todo lo que llevaba guardado dentro de mí, todo ese peso que arrastraba como si fuera una mochila demasiado cargada y que no conseguía vaciar para sentirme más ligera.

Sonreí mirándolo.

Bailar sin pensar, entre sus brazos, dejándome llevar por una noche que parecía hecha solo para mí… ¿Acaso no me lo merecía?

Cada vez me abrazaba con más complicidad, como si supiese manejar cada una de las sensaciones que me estaba transmitiendo.

Me sentía segura entre sus brazos.

—¿En qué piensas?

Propinó tres besos seguidos en mis labios.

—Ni lo quieras saber.

—¿Tan malos son esos pensamientos?

—No son acerca de ti —le confesé.

—¿Secretos?

—Tampoco, pero son cosas que no voy contando al primero que conozco.

—Te lo has acabado de buscar.

Me pegó a él y comenzó a darme varios picos seguidos sin dejar que me separara.

—Para, loco.

—No me ves como a cualquiera que acabas de conocer.

Sentenció de manera que dejaba claro que él sí se sentía de alguna manera especial.

—Te da un plus el hecho de que estás alojado en la *suite* de mi hotel.

—Bueno, al menos tengo privilegios.

Apretaba mi nalga de manera repetida.

—Demasiados para ser alemán.

Reí abrazándole fuerte.

Seguíamos disfrutando de la noche y de unas cervezas que parecían tener magia, porque entraban solas, una detrás de otra, como si el tiempo no existiera y la madrugada se hubiera quedado suspendida solo para nosotros.

Había perdido por completo el cálculo de cuántas llevábamos.

A las seis de la mañana nos acomodamos de nuevo en las terrazas del fondo, que fue donde cenamos horas antes, cuando la noche apenas empezaba y todavía quedaba todo por vivir.

Pedimos churros y porras; era curioso que incluso allí los hubiese. El olor a masa recién frita se mezclaba con el aire fresco de la madrugada y con el murmullo de la gente que aún seguía de fiesta por la plaza.

Nos lo trajeron con un vasito de chocolate para mojar, además del par de cafés que habíamos pedido, que a esas horas sabían casi a gloria.

—Voy a coger la cama con unas ganas…

Mojé la porra en el chocolate mientras ponía cara de agotamiento.

—Ya te digo, y verás cuando pruebes la cama. No te vas a querer levantar hasta la semana que viene.

La indirecta que me había echado era clara y directa.

—¿Y qué te hace pensar que me voy a ir contigo a la *suite*?

—Porque sabes que te arrepentirías si no lo hicieras.

Cogió su vaso de café y se echó un poco hacia atrás, acomodándose en su silla.

Un cosquilleo recorrió mi estómago.

No contesté, simplemente sonreí feliz disfrutando del desayuno.

Una vez pagó, nos levantamos para cruzar hacia el otro lado de la plaza y coger la calle que nos llevaba al hotel y a la casa.

Justo en el momento en que íbamos a cruzar la carretera, un perro me ladró sin esperarlo y…

Tropecé con un badén y terminé corriendo doblada, intentando no caer, pero el aterrizaje fue irremediable.

—¡Julieta!

La voz de Mark fue lo único que escuché.

—Hostia, casi me mato.

Intentaba incorporarme a la vez que él me ayudaba.

—¿Estás bien?

—Siento que me voy a caer en redondo.

Noté lo más parecido a una bajada de tensión.

Un matrimonio me hablaba mientras Mark y el señor me llevaban a un banco de metal.

Me tumbaron y levantaron las piernas.

Escuché decir a la mujer que iba a por una Coca-Cola, que era lo mejor que podía tomar en esos momentos.

Mark me hablaba y le contestaba con la voz muy débil.

—Incorporadla un poco para que beba.

Miré casi sin fuerzas.

La mujer sostenía la lata y Mark me fue incorporando.

—Gracias.

Un hilo de voz salió de mi boca.

Bebí de la lata poco a poco y fui notando que me iba recuperando.

—Aquí tenéis para desinfectarla.

Era uno de los trabajadores de los bares que vio todo y vino con un bote de agua oxigenada y otro que debía ser tipo mercromina.

—Gracias —le contestó Mark.

Miré mi rodilla cuando empecé a encontrarme mejor…

Bueno, no. Estaba hecha un cristo. Tenía heridas en las rodillas y en las palmas de las manos.

Escuché la sirena de algún servicio de emergencia, momento en el que una ambulancia se detuvo delante de nosotros, ya que alguien debió de haber llamado.

Mark les explicó todo mientras seguía desinfectándome.

La médica miraba mis pupilas con una linterna y un auxiliar me tomaba la tensión.

Luego me revisaron las manos y las rodillas. Terminaron de desinfectarme con otro bote de la ambulancia y después me hicieron unas curas con más calma.

Tres veces me tomaron la tensión hasta que vieron que ya estaba correcta.

Capítulo 10



La ambulancia se había ofrecido a dejarnos en la puerta del hotel, que les pillaba de camino.

Estaba de turno de mañana Mara, que al vernos salir de la ambulancia vino corriendo hacia nosotros.

Le dimos las gracias al equipo sanitario.

—¿Qué ha pasado?

Su cara era el reflejo de la preocupación.

—Todo bien, solo que tropecé en la carretera y aparqué en doble fila.

Los tres nos reímos a carcajadas.

—Pero ¿estás bien?

—Sí, de verdad. Solo con un poco de dolor.

Noel se acercó y se preocupó también.

Nos sentamos en la terraza y pedimos un café. En esos momentos me apetecía un montón, a pesar de que me había bebido media lata de refresco.

Mark me acariciaba el brazo mirándome de medio lado con esa sonrisita de complicidad.

—Gracias por haber estado.

—No hubiera sido bonito que te dejase en doble fila.

Aguantó su sonrisilla y me hizo un guiño.

—Jo, qué vergüenza. Espero que nadie me haya grabado.

—Lo mismo te haces viral como tu hermana.

Solo de pensarlo me eché a reír y notaba que se me subía la sangre a la cabeza. Nada que ver una cosa con la otra.

Y hablando de mi hermana…

—¿Qué ha pasado?

Miró mis rodillas y se llevó la mano a la boca.

—He aterrizado en doble fila.

—¿Ibas borracha?

—No precisamente, solo fue que tropecé. ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Christian tenía que llevar a su madre a la ciudad para ir a comer a casa de su hermana. Quiso que los acompañase, pero me negué. Y en su casa no me iba a quedar.

Me cogió las manos y miró mis palmas.

—Estoy hecha un cristo.

—¿No te habrá empujado este? Que le tiró la ropa de la suite por la ventana.

—No me pongas la cabeza como un bombo, no es momento. Aún no ha nacido el tío capaz de hacerme eso y que me quede quieta.

Alexandra pidió un café.

Hizo dos intentos de contar su noche, pero la frené ambas veces en seco porque sabía que era capaz de contar todo tipo de detalles.

Nos levantamos los tres.

—Entonces, ¿no vienes para casa?

—No, me voy un rato a la *suite* con él. Y no vayas a soltar nada de las tuyas. Voy a ir a coger un pijama.

Le tenía que advertir a cada momento.

—Hostias, hermana, pareces las muñecas de Famosa que se dirigen al portal.

Decía viendo que iba andando casi como un Playmobil.

Ignoré por completo su comentario.

Mark me esperó fuera, apoyado cerca de la entrada, fumando un cigarrillo con esa tranquilidad suya que parecía no alterarse por nada. No tardé mucho en volver.

Mara nos sonrió cuando pasamos por recepción, con esa expresión curiosa de quien observa más de lo que dice.

Nos dirigimos al ascensor mientras no podía evitar pensar que debía de estar extrañadísima de verme entrar con él en el hotel y, además, a esas horas. Y más aún sabiendo que íbamos hacia su *suite*, porque a otro lado no tenía demasiado sentido.

Apreté el botón del ascensor intentando disimular, aunque en el fondo me hacía hasta gracia imaginar lo que podría estar pensando.

—¿Te ayudo a ducharte?

—Ni de broma.

Se me escapó una risilla de lo más nerviosa mientras las puertas del ascensor se cerraban.

Me di una ducha en la que lo pasé mal porque las palmas de mis manos y las rodillas estaban de lo más heridas. El agua caliente me alivió un poco el cuerpo, pero cada roce me recordaba el aterrizaje que había hecho en la carretera.

Luego se duchó Mark, mientras yo me quedé tirada en la cama mirando el móvil, intentando no moverme demasiado y notando cómo el cansancio de toda la noche empezaba a caerme encima.

—¿Estás cómoda?

Bajó las persianas para que pudiésemos dormir sin luz.

—Sí, tranquilo. No me puedo mover mucho, pero bien.

—Tranquila, lo haré yo todo.

Solté una carcajada nerviosa mientras él entraba en la cama. Estaba claro que había bromeado, pero no me lo esperaba.

Se acomodó de lado y me echó la mano por la cintura.

—Te escuché y vi. Te preocupaste en todo momento por mí.

—¿Cómo no iba a hacerlo?

Me dio un beso en la nariz.

—Gracias, de verdad.

—Ya me la has dado tres veces.

—Y te las daré todas las que hagan falta.

—¿Sabes que te puedo hacer cosquillas?

Esta vez me dio el beso en los labios.

—Eso sería muy arriesgado. No estoy en condiciones.

—Te vas a librar por esta vez.

Seguía besándome con picos cortos.

Me fui quedando dormida sin poder remediarlo.

✣ ✣ ✣

Abrí los ojos lentamente después de darme cuenta de que me podía mover menos. El dolor estaba intenso en todos los golpes que había recibido.

—Necesito un ibuprofeno.

Le pedí a Mark, que me miraba mientras tenía su cabeza apoyada en su mano y estaba sonriente observándome.

—Ahora mismo. ¿Te duele mucho?

—Siento que soy un robot que no me puedo mover.

—Es normal. Sabía que en frío te iba a doler más.

Dejó un beso en mis labios y se levantó.

—Hice totalmente el ridículo.

—No pienses en eso. Además, viste cómo se preocuparon por ti.

Cogió la pastilla de un neceser y me la trajo con un bote de zumo de naranja de su mini nevera.

—Gracias.

—Voy a llamar al restaurante para que nos manden unos buenos desayunos.

—¿Qué hora es?

—La una.

—La hora en que todos están comiendo, pero está claro que nos lo preparan.

—No me cabe duda. Menos aun teniendo a la jefa en mi cama.

Me hizo un guiño levantando el teléfono.

Le respondí los mensajes a mi hermana para que no se preocupase. Me tomaba el zumo, que me estaba sentando genial, ya que notaba la boca como si tuviera pasta pasada. Esperaba que la pastilla me hiciera efecto.

Mark me ayudó a levantarme de la cama para ir al aseo, ya que necesitaba orinar y lavarme la cara.

¿Cómo me podía doler tanto el cuerpo? Parecía que me había pasado un tractor por encima.

Cuando salí, ya estaban poniendo el desayuno en la terraza.

—Hola, Noel —sonreí.

—Hola, Julieta. ¿Mejor?

—No, ¿para qué te voy a mentir?

Reí acomodándome en la silla con cuidado.

—Hasta dentro de dos días, por lo menos, no te comenzarás a sentir mejor.

—Sí, obviamente los golpes tienen que venirse abajo.

—Bueno, que disfrutéis del desayuno.

Esbozó una risilla y arqueó levemente la ceja por la hora que era.

Se marchó.

Recibí una llamada de Christian, que estaba al tanto por mi hermana. Le expliqué un poco mientras disfrutaba del café y Mark veía cosas en su móvil.

Colgué y cogí la tostada que Mark me había preparado.

—Gracias.

—¿Quieres dejar de darme las gracias?

—Bueno, eso sale solo.

Me comía la tostada con muchas ganas. Sentía un vacío en el estómago, y eso que esa mañana habíamos desayunado churros y porras.

Mark era paciente y atento, sin dejar de lado esa seducción que reflejaba en todos sus gestos. Me sentía cómoda con él.

Y atraída…

Siempre tenía una caricia que hacerme en el brazo o en la espalda, a la vez que observaba con una sonrisa cómo se me erizaba la piel.

Mi huésped favorito.

—¿Y qué plan tenemos hoy?

—Yo irme a correr una maratón.

—Pues vas a tener que pedir unas piernas prestadas.

Esbozó una preciosa risilla.

—¿Seguro que eres alemán? Ah, bueno, que tu madre era austriaca y de ahí ese humor.

—Tampoco es que aquí vayan sobrados de alegría. Son amables y prudentes. Y los alemanes usamos mucho el sarcasmo y la ironía. Te tienes que quitar la venda que tienes en ese concepto.

—Te consideras más alemán que austriaco.

—Nací allí.

—Lo sé, pero de este lugar también te corre la sangre por las venas.

—¿Sí?

—Te estás quedando conmigo.

Ese sí a modo de pregunta sonaba a la razón del loco.

Quería que me quedase con él, pero yo me encontraba tan dolorida que prefería estar en mi cama, porque estaba de lo más incómoda.

Obviamente quería seguir con él, pero no en esas circunstancias. Necesitaba un poco más de intimidad para recuperarme, porque casi no me podía mover.

Me acompañó hasta la puerta de mi casa, donde me dio un beso sin importarle quién pudiera estar mirando.

—Luego te escribo.

—Vale.

Lo vi marcharse mientras yo abría la puerta, todavía con el cuerpo dolorido, pero con una sonrisa que no podía evitar.

Capítulo 11



No me lo podía creer…

Eran las nueve de la mañana, llevaba durmiendo desde el día anterior. Miré el móvil y tenía algunos mensajes.

Mark: *¿Cómo sigue la Bella Durmiente?*

Mark: *Ya he hablado con tu hermana y me ha dicho que estás durmiendo a pierna estirada.*

Me hizo gracia ese comentario.

Mark: *Buenos días, ¿nos levantamos hoy o lo dejamos para mañana?*

Se me escapó una carcajada.

Me costó un mundo salir de la cama y llegar hasta el baño. Imaginé que mi hermana estaba en el gimnasio, ya que no había ni rastro de ella.

La cafetera aún estaba caliente, por lo que deduje que se había acabado de ir no hacía mucho. El aroma del café recién hecho todavía flotaba en la cocina, así que aproveché para preparar dos.

Me los llevé con cuidado hasta la mesita del sofá. Pasaba completamente de tener que volver a levantarme en un rato y era muy consciente de que con uno solo no iba a tener bastante para volver a la vida.

Mark: *¿Me has dejado en visto?*

Julieta: *Sí, estaba levantándome.*

Me reí a la vez que me acomodaba mejor por el dolor que sentía en la herida de mi pierna derecha.

Mark: *Tres puntos menos. ¿Qué tal estás?*

Julieta: *Con dos cafés, sentada en el sofá, intentando regresar a la vida.*

Mark: *¿Te parece si comemos en la terraza del restaurante del hotel? Así no tienes que andar mucho y te dará el solecito.*

Julieta: *Vale. ¿A la una?*

Mark: *A menos cinco estaré en tu puerta para llevarte en brazos.*

Julieta: *Ni de coña.*

Mark: *Ya lo veremos…*

A menos cuarto estaría yo en la terraza para que eso no sucediera.

El móvil sonó.

—Papá, hola.

—Hija, que me ha comentado tu hermana lo que te sucedió ayer.

—Estoy bien, bien jodida.

Esbocé una carcajada.

—Desinféctate bien las heridas, cariño.

—Tranquilo, en cuanto me tome los dos cafés que me he preparado, me haré las curas.

—¿Cómo sigue tu hermana?

—Con sus tonterías, pero bien. Ya sabes cómo es, va por épocas.

—Vivo con las carnes abiertas de pensar que le dé por hacer una de las suyas.

—Papá, tranquilo. No vayamos a adelantar acontecimientos. Ya sabes que sé manejarla.

Intenté tranquilizarlo, aunque yo también la temía.

—Bueno, ya sabes, cualquier cosa me llamas.

—Lo haré, no te preocupes más de la cuenta.

—Te amo, hija.

—Yo también, papá.

Mi hermana había dado tantos problemas y disgustos que vivíamos con las carnes abiertas de pensar: ¿cuándo será la próxima?

Si no fuese por el amor que le teníamos…

Suspiré al pensarlo.

Y hablando de ella, por la puerta entró cantando la famosa canción de *Flowers*, como si el mundo entero estuviera hecho para que ella lo viviera a su manera.

—Hombre, mi hermana favorita.

—Como si tuvieras otra.

Le sonreí.

—He traído pan recién horneado, ¿quieres que te prepare un piquito con algo?

—Sí, por favor, con mantequilla.

—Ayer te hice más vigilancia que si estuvieras presa. Me preocupé a cada momento de saber si respirabas.

—Gracias.

Volteé los ojos.

—¿A quién se le ocurre aterrizar de esa manera en una carretera?

—Pues parece que a mí.

Comenzó a comentarme que ya tenía colaboraciones cerradas con cuatro marcas: dos de maquillaje y dos de ropa.

Se le veía pletórica, con esa sonrisa de satisfacción que le aparecía cuando sentía que las cosas le estaban saliendo como quería.

En ese momento me llamó Christian para comentarme que había estado hablando con el señor del local y que le había conseguido bajar veinte mil euros. Nos mantenía la oferta durante unos días mientras tomábamos la decisión.

—Hermana, nos metemos de cabeza, quiero tener mi propio salón.

—Bueno, sería de las dos.

Ladeé la cabeza.

—Sí, pero yo sé que tú no lo vas a trabajar y que me encargaré yo de esa parte.

—Ojalá sea verdad y no te aburras.

—¿Lo hacemos?

—Hablaré mañana con el banco.

—Te amo, lucerito mío.

Odiaba cuando me llamaba así, hecho que solía suceder cuando se salía con la suya o estaba pletórica porque conseguía de mí lo que quería.

Me metí en la ducha a duras penas, pero conseguí hacerlo con toda la calma y paciencia del mundo. Era desesperante cómo dolían las heridas con cualquier movimiento.

Cuando salí, ya no estaba mi hermana.

Alexandra se pasaba el día entrando y saliendo. Iba a tiendas con las que había cogido amistad y aprovechaba para grabarse como si estuviera de compras.

La mañana se me echó encima enseguida.

A menos cuarto estaba dirigiéndome a la puerta para llegar al restaurante antes de que Mark llegase hasta aquí.

—¿Ibas a hacer trampa?

Me llevé un susto al encontrarlo esperando en la puerta.

—Ni se te ocurra tocarme.

Reí nerviosa.

No me dio tiempo casi ni a sacar la llave de la cerradura cuando ya estaba en sus brazos y caminaba conmigo hacia el restaurante.

Noel comenzó a aplaudir al vernos.

—Esta me la pagas.

Le advertí cuando me dejó a pie de la silla que Noel había apartado.

—Le gusta quejarse por todo.

—¿Qué dices, Mark?

Negué riendo a carcajadas.

—Que eres una gruñona —dijo Noel.

—Tener empleados para esto…

Volteé los ojos.

—Se levantó de mala pata —dijo Mark haciendo la gracia.

Reímos.

La terraza estaba llenísima de gente y, con unos clientes que llegaron detrás de nosotros, ya no quedaban mesas libres.

Me pedí un refresco y Mark se pidió un vino. De comer nos decantamos por una ensalada de la casa para compartir y dos raciones de lasaña.

—¡Hermana!

Parecía que me tenía un radar puesto.

—Hola, Alexandra —le dijo Mark.

—¿A que no sabéis qué me ha pasado?

Viniendo de ella, cualquier cosa.

—Sorpréndenos —la animó Mark.

—He pasado por una joyería y una fuerza sobrenatural me empujó hacia dentro y…

Abrió su bolso y sacó una bolsita de la joyería con una cajita.

—Vamos, que te has dado un capricho.

—Para nada, Mark. Se lo he dado a esa fuerza sobrenatural.

Rebufé por no entrar en conversación.

—Ya has cabreado a tu hermana.

—Pues no lo entiendo. He pagado esta preciosa pulsera con mi dinero y no con el suyo. Así que, si resopla y se enfada, tiene dos problemas.

—No te embales.

La miré fulminante.

—Siempre estás de mal humor. Más vale que te echen un buen polvo que te cambie esa cara.

—Vamos a comer.

—Vale, vale, que me estás echando.

Mark aguantaba su sonrisilla y yo negaba mientras Alexandra se marchaba moviendo su manita y mirando hacia nosotros con esa mezcla de descaro y orgullo que la caracterizaba.

No tenía pelos en la lengua y no se lo pensaba al decir las cosas. Su problema es que no sabía —o no quería— ponerse en el lugar del otro ni pensar en lo que podían provocar sus palabras.

—Alegra la cara. Ya la voy conociendo.

—Me enfurece que diga esas tontadas refiriéndose a mí y delante de otras personas.

—Ya casi soy de la familia.

—Sí, ya…

Me salió una carcajada.

—Estás preciosa, Julieta. —Agarró mi mano y la acarició—. Te has salvado por lo sucedido; de lo contrario aún te tendría atada en la cama.

Un cosquilleo recorrió mi estómago a la vez que me salía una risa nerviosa.

—¡¿Qué dices?!

En ese momento llegó Noel con la comanda. Sonreía al vernos reír, y eso que no sabía de qué.

Mark conseguía sacar esa parte de mí que me llevaba a desearlo. Lo deseaba, no lo niego, y me daba rabia lo que me pasó de regreso de la fiesta, cuando seguramente hubiera vivido algo increíble, pero el destino parece que no quiso.

El caso es que me gustaba demasiado.

—Había pensado en llevarte al sendero donde hay un arroyo en el que podemos meter los pies fresquitos. Es uno corto y te puedo llevar a hombros desde donde aparquemos el coche hasta ese punto.

No me lo quería ni imaginar.

—No lo veo.

Solté una carcajada grande.

—Pero si no debes de pesar más de sesenta kilos.

—Cincuenta y siete.

Apreté los dientes.

—Te llevo hasta con un brazo.

Me hizo un guiño que hizo que mi cuerpo ardiese por dentro. ¿Qué me estaba pasando hoy, que parecía que tenía unos deseos irrefrenables?

—Noel, la comida me la apuntas a mí y no a la *suite*.

—Así me gusta —dijo Mark, causándonos una risa a los dos.

—Te lo debía de las otras noches que lo pagaste tú todo.

—Y me lo sigues debiendo; aquí te salió gratis.

—No, no me salió gratis porque es producto consumido que no tendrá beneficios.

Le hice una burla mientras él me miraba con la sonrisa sostenida y con esa provocación que parecía que le salía sola.

Capítulo 12



Nos levantamos para ir a su *suite* y de nuevo me cogió en sus brazos sin previo aviso.

Iba muerta de la risa en los brazos de Mark cuando pasamos por recepción y saludé a Isaura.

—¿Os tengo que enviar el detalle de luna de miel a la *suite*?

Su pregunta fue acompañada por una risa que le salía de vernos en esa tesitura.

—Sí, envía un surtido de chuches de la tienda de enfrente y me lo cargas a mí —le contesté.

Mi risa era de lo más suelta.

—¿En serio?

—¡Sí!

Le grité casi llegando al ascensor.

—Eres una golosa.

—Y tú un sicario.

—No, chica. Luego dices que tu hermana.

Reía a carcajadas.

Llegamos a la *suite* y me dejó sobre el sofá antes de dirigirse a la barra de la minicocina para preparar un par de cafés.

Podía oler su perfume en cada rincón; era un aroma muy agradable, fresco, pero a su vez con un toque dulce y amaderado.

Miraba hacia la cama y recordé esas horas que dormí entre sus brazos el día anterior y que, aunque fue muy placentero, yo me encontraba muy mal en esos momentos.

Ahora me apetecía, a pesar de lo dolorida que me sentía cuando me movía.

—Aquí está el cafelito para la gran jefa del hotel de parte del cliente más rentable.

—Nunca mejor dicho. El verano que viene te esperamos de nuevo con los brazos abiertos.

Me eché a reír.

—No sé, queda mucho verano y quiero ver cómo me tratas.

Se acomodó a mi lado y me pellizcó la mejilla.

Nos reíamos recordando la noche en la plaza. La verdad es que, quitando el final que tuve con la caída, lo demás había sido una gran noche en la que bailamos y reímos a partes iguales, dejándonos llevar por la música, el ambiente y esa ligereza que aparece cuando todo fluye sin pensar demasiado.

Mark me decía cada cosa que me hacía desternillarme, como por ejemplo que en la próxima salida iba a ponerme unas rodilleras y coderas. Lo peor de todo es que yo lo visualizaba perfectamente, apareciendo en la plaza equipada como si fuera a competir en unos Juegos Olímpicos del desastre.

Era un hombre tan vibrante y carismático que me resultaba extraño que ninguna fémina lo tuviera atrapado. Aquello me hacía pensar que algún fallo debía de tener, porque alguien así no solía pasar desapercibido.

Pero es que se veía tan perfecto…

Llamaron a la puerta y era Mikel, uno de los empleados del restaurante al que Isaura había mandado a por las chuches. Traía una buena variedad de bolsitas que le dio a Mark, que fue el que abrió.

—Se me hace la boca agua.

—Ahí hay la cantidad de calorías suficiente como para coger unos dos kilos.

—Qué problema.

Volteé los ojos.

—Ninguno, hasta que lo sea.

—¿Me estás diciendo que voy a coger obesidad o algo por el estilo?

Puse mis manos a modo jarra.

—Para nada, pero luego sale barriguita y vienen las lamentaciones.

—Te la estás buscando, Mark.

—No creo que hoy estés tú en muy buenas condiciones de amenazar.

Acercó su cuerpo y me dio un beso en los labios. Luego subió mis piernas sobre las suyas para quedar más pegado a mí.

Las acariciaba por los lados donde no tenía las heridas y me miraba de lado, sonriendo, mientras yo disfrutaba de las chuches.

—Cómete una, que no vas a engordar.

—No es por no comerla, solo que antes de comerme eso tengo ahí otras opciones, como chocolate negro, que es una alternativa deliciosa y mucho más saludable.

—Tú eres de los que se mata a flexiones y abdominales.

Me reí negando.

—No, para nada, pero hago deporte e intento cuidarme.

Seguía acariciándome y mirándome de esa manera que me estaba encendiendo por completo. Lo peor de todo era que yo no estaba para un momento lujurioso ni mucho menos, pero, joder, el cuerpo no entendía de razones cuando la tentación estaba más presente que nunca.

Terminó colocándose más pegado a mí, aunque mis piernas seguían sobre las suyas.

—Voy a tener que contar hasta cien y darme un par de duchas.

Me hablaba casi sobre mis labios, de manera lenta y sin perder la sonrisilla.

Sentía escalofríos que me erizaban la piel cada vez que su mano acariciaba mi entrepierna, entre besos que se iban volviendo cada vez más intensos, siempre sin olvidarse de cómo me encontraba en esos momentos.

Podía escuchar su respiración entrecortada, cargada de esos deseos que empezaban a ser irrefrenables.

—¿Quién me mandó a invitarte a salir de fiesta?

Reía sin dejar de mordisquear mis labios.

—Creo que vamos a tener que tomar otro café.

—¿Otro café? Yo pienso que sería mejor algo muy frío y con mucho hielo.

—Tienes razón, algo que nos refresque.

Me reía nerviosa a la vez que quería más, pero sabía que, si aquello iba a otro nivel, parecería una lisiada incapaz de moverse.

Sentía que me estaba reprimiendo por mi situación, y eso me daba rabia.

—¿Te has entristecido?

—Para nada, pero me frustra sentirme tan inútil.

—Ya te dije que yo lo puedo hacer todo.

—¡Mark!

Su mano se adentraba cada vez más en el interior de mi entrepierna. Me reía nerviosa. Mark actuaba con total seguridad, dominando un momento tan sensual como desafiante.

Las ganas me podían.

Me levantó en brazos, con esa soltura con la que lo hacía todo, y me llevó hasta la cama, extendiéndome sobre ella.

—¿Ya vamos a dormir?

Apreté los dientes poniendo cara de terror.

—¿Miedo? Pensé que sentías deseos.

—Mark…

Se puso de lado dejando una mano sobre la cintura por debajo de mi camiseta. Sabía que iba a subir en dirección a mis pechos. Parecía como si pudiese interpretar cada movimiento o mirada.

En esos momentos comenzaron a aporrear la puerta a la vez que sonaba el teléfono del hotel.

—¡Mark, sé que estás ahí!

Una voz femenina lo llamaba con desespero.

Vi cómo la cara de él se transformaba en rabia y asombro. No me miró, se levantó.

Seguía chillando a la vez que el teléfono sonaba.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Mark abriendo la puerta.

—¡Sé que estás con otra!

Entró directa y me vio sentada en la cama.

—Sal de aquí, Anne.

—¿Sabes que este señor está prometido conmigo?

Al menos lo había llamado señor, porque yo después de ese dato lo llamaría hijo de puta como poco.

—No, no lo sabía.

Me fui levantando.

Mark intentaba tranquilizarla para que bajase la voz. Yo no era tonta y me estaba dando cuenta de que a él se le había escapado darme un gran dato.

—Yo me piro, que este entierro no es mío.

Lo más increíble fue que Mark no hizo nada por retenerme. Parecía incluso interesado en que no estuviera presente en esa guerra que acababa de estallar.

Al llegar a la recepción, que estaba a tope de trabajo, Isaura me dijo que nos había estado llamando para avisarnos de que una joven, muy fuera de sí, se dirigía hacia la *suite*.

Salí a la calle andando como un Playmobil y llegué a la casa. Mi hermana se me quedó mirando desde el sofá nada más verme entrar.

Me acomodé junto a ella y empecé a contarle todo lo que había pasado. Se quedó flipada, sin entender de dónde había salido esa chica ni por qué él no había dicho ni una palabra sobre ella.

Rompí a llorar porque me sentía triste por lo que acababa de vivir, por no decir sucia, gilipollas y llena de impotencia.

Alexandra intentaba calmarme mientras me acariciaba la espalda. Eso sí, ella era como era, pero cuando me veía pasarlo mal, siempre estaba ahí, intentando consolarme.

Lo que más coraje me daba era pensar que, si esa mujer no hubiese aparecido, Mark hoy habría hecho conmigo lo que le hubiese dado la gana y se habría quedado tan campante.

Ahora sí que le había pillado el fallo.

Capítulo 13



Seis días habían pasado desde que me llevé aquella gran desilusión. Seis días en los que había llorado más que sonreído y en los que no había salido de casa ni una sola vez.

Sabía por mi hermana, que iba al hotel constantemente, que cuando pasó aquello, Mark se fue con esa chica y no había regresado.

No dejó el alojamiento y seguía manteniendo sus pertenencias en la *suite*, pero no había ni rastro de él. Lo que sí le comentó Mirna a Alexandra es que, al día siguiente, llamó para avisar de que iba a estar unos días ausente.

Recordaba continuamente la conversación que tuvimos en la plaza, en la que dio a entender que perdonaría una infidelidad si había un motivo de peso o si la culpa la tenía la otra persona. ¿Acaso se estaba intentando justificar por lo que iba a hacerle a esa chica que se presentó como su prometida?

¿Qué hacía viniendo tres meses a un pueblo teniendo novia?

Lo peor de todo es que llevaba todos esos días dándole vueltas a la cabeza, llenándome de preguntas a las que, obviamente, no les iba a encontrar respuesta.

Maldita cabeza que no paraba de girar en torno a él.

Suspiré.

Me di una ducha sin haber tomado siquiera un primer café. Hoy necesitaba salir a la calle, respirar un poco y desayunar en el restaurante del hotel, como si volver a la rutina pudiera ayudarme a recolocar todo lo que llevaba dentro.

La realidad es que me daba mucha vergüenza incluso con los propios empleados, porque sabía que todos estaban al día de lo que había sucedido.

Me sentía una mierda…

Salí a la calle y cogí una bocanada de aire fresco que llenó mis pulmones. Me quedé unos segundos quieta, intentando recomponerme antes de girar a la izquierda y acomodarme en la terraza. Como si ese simple gesto fuese el primer paso para empezar a salir de aquel agujero en el que llevaba metida casi una semana.

—Qué bien andas, jefa —me dijo Noel.

Sonreía esperando que llegase a su altura.

—Sí, ya por fin no parezco un Playmobil.

Esbocé una risilla mientras me acomodaba.

—¿Un desayuno completo?

—Y un café expreso largo.

—Uno doble para mi jefa preferida.

—Lo mismo que le dices a mi hermana.

—Me has pillado.

Sonreía a la vez que me hacía un guiño y se dirigía hacia dentro.

Mi hermana apareció cuando aún ni me habían traído el desayuno.

—Hombre, mi niña está tomando vitamina D.

—Ya era hora de que saliese de la cueva. Has ido muy pronto al gimnasio hoy.

—Sí, que luego quiero ir a la ciudad.

—¿En serio?

—Sephora, Sephora.

Aplaudía sonriente sabiendo perfectamente que no me hacía gracia.

—Pero si tienes cantidad de productos nuevos que apenas has usado.

—Quiero hacer contenido de «Get Ready With Me» con productos nuevos que además me valdrán para crear otros vídeos haciendo *haul*.

—Pero si las marcas no paran de enviarte cosas.

—Sé lo que hago, además, es mi dinero. ¿Cuántas veces te lo voy a tener que recordar?

—No sé para qué te digo nada si nunca sirve.

—Vente conmigo.

—Voy a ir al banco a hablar lo de la hipoteca del local.

—¡Te como enterita! Lo que no le dio tiempo de hacer al descarado ese, te lo voy a hacer yo.

Le hizo señas a Noel para que le trajese otro desayuno.

No le decía de venir conmigo al banco porque sabía que yo sola me iba a enterar mejor y no me iba a estar ella interrumpiendo.

—¿Vas a comer en casa o te vas a la de Christian cuando él salga?

—Estoy enfadada con él.

Con el tono en que me lo había dicho despertó todas mis alertas.

—¿Qué ha pasado?

—No tiene mucha vidilla y yo tengo veintisiete años. Solo quiere restaurantes y estar en casa metidos. Ya le he dicho que espabile y busque un planazo o no voy a su casa más.

—¿No es mejor que reconozcas que te has aburrido de él como te pasa con todos?

—Tampoco hay que ser tan cruel. Total, no se le va a ocurrir nada.

Negué y cogí aire en los pulmones antes de soltarlo. Mi hermana no iba a cambiar en la vida.

Me despedí de Alexandra después de desayunar. Ella se fue directa a cambiarse para irse a la ciudad a quemar tarjeta.

Entré al banco y Paul, que hablaba con uno de sus empleados, al verme se acercó inmediatamente y me saludó muy cercanamente.

Pasamos a su despacho.

Le comenté lo del local y el precio que me pedían. No tardó nada en hacerme los números, que fueron mucho mejor de lo que esperaba.

—Si quieres tirar para adelante, no vas a tener problemas. Encantado te doy la hipoteca.

—Sí, la verdad es que sí. Lo tengo decidido.

Me entregó un papel con la documentación que le hacía falta para que se la diese al gestor y que este se la mandase. Además, necesitaba una certificación registral del local que tendría que aportar el propietario.

Tras despedirme de él me dirigí a la gestoría. Ya había avisado a Lukas de que iba hacia allí.

Estuvimos reunidos unos diez minutos y me dijo que me despreocupase de todo, que ya se encargaría él de mandar la documentación al banco e incluso de hablar con el propietario.

Me despedí dándole las gracias y quedamos en que me mantendría al tanto de todo.

Llamé a mi hermana y se puso muy contenta cuando le comenté cómo había ido todo. Me dijo que estaba llegando ya a la ciudad en el bus.

Habíamos pensado en hacernos con un coche, pero la verdad es que la vida la hacíamos en el pueblo y, para las dos veces que íbamos a la ciudad, hasta resultaba más cómodo hacerlo en bus y así no tener que complicarnos luego buscando aparcamiento.

Me acerqué a la frutería que tanto me gustaba para comprar frutas y verduras. Después fui a la carnicería y compré carne picada de ternera para hacer unas albóndigas en tomate.

La mañana la aproveché bien en la calle, después de tantos días sin salir.

Me puse a cocinar mientras hablaba por videollamada con mi padre, que quería venir pronto a vernos.

Siempre andaba preguntándome por Alexandra cuando no la tenía al lado. Me daba mucha lástima ver cómo vivía en una preocupación constante.

Mi hermana, entre otras muchas cosas, nos había hecho pasar días infernales cuando le daba por desaparecer sin avisar durante varios días o incluso un par de semanas.

Lo que había sufrido mi padre con ella no era justo.

Y ese era nuestro mayor miedo, entre otros: que un día yo me encontrase con que se había ido y no regresaba por la noche.

El caso es que aquí la veía feliz y emocionada con esta vida. El hecho de que su vídeo se hubiera hecho viral había sido un gran motivo para que estuviera más motivada.

Eso sí… sin perder esa esencia suya de soltar cosas que no debía.

Las albóndigas me quedaron de vicio y me saqué unas pocas que acompañé con unas patatas que había freído y un pan de lo más delicioso.

Durante los días anteriores había comido muy poco, porque mi estado de ánimo había estado por los suelos, pero parecía que poco a poco me iba viniendo un poco más arriba y ahora, al menos, algo de apetito tenía.

Capítulo 14



Christian nos llevó en su coche hasta la notaría, que estaba al otro lado del pueblo. Allí nos esperaban Paul, el director del banco; Lukas, nuestro gestor; y el propietario del local.

Habían pasado cinco días desde que fui a hablar sobre el crédito y la verdad es que Paul lo había gestionado todo con una rapidez sorprendente. Prácticamente nos dio la viabilidad de manera automática, como si el proyecto estuviera claro desde el primer momento.

La firma fue rápida. Apenas tardamos unos minutos en revisar los papeles y estampar nuestras firmas. Cuando terminamos, nos entregaron las llaves del local deseándonos que tuviéramos una explotación exitosa.

El hasta ahora dueño se veía que le tenía mucho cariño a mi abuelo, porque al recordarlo solo tuvo bonitas palabras hacia él. Hablaba de él con respeto y con ese tono nostálgico de quien guarda un buen recuerdo.

Ahora tocaba comenzar las obras. Ya teníamos presupuesto y habíamos decidido pagarlas con dinero de la cuenta del hotel para no meternos en otro préstamo.

Alexandra estaba loca de contenta. No paraba de imaginar el salón de belleza una y otra vez, visualizando cada rincón, cada espejo y cada detalle. Además, la obra se iba a hacer exactamente de la manera que ella había diseñado y que me planteó, porque tenía mucha visión para ese tipo de cosas y le encantaban esos establecimientos. Su locura por la belleza no tenía límites.

Mi hermana y Christian eran un sí pero no constante. Un día se querían a morir y al siguiente apenas se hablaban. En ese momento estaban en una de sus etapas buenas.

En mi caso, sabía que Mark había regresado a la *suite* el día anterior, pero aún no me lo había cruzado.

Dolía mucho pensar que ni siquiera había intentado ponerse en contacto conmigo para decirme que lo sentía o que se había equivocado.

A esas alturas yo solo quería ver a mi hermana bien, disfrutando de la vida allí, y vivir tranquila en un lugar que, de algún modo, me estaba abrazando el alma.

La vida no se acaba porque un hombre te cree ilusiones y luego te deje de lado como si no valieras nada. La vida es mucho más que eso y, al final, debe depender de uno mismo, por muchas decepciones que nos llevemos.

A pesar de todo, el pueblo me transmitía paz.

Llegamos a la puerta del hotel y alguien que me sonreía desde la terraza del restaurante me llamó la atención.

Hasta que reaccioné.

—¡¡¡Papá!!!

Corrí a sus brazos.

—¡Hostias, es papá! —dijo mi hermana.

Ambas nos abrazamos a él riendo y emocionadas por tenerlo aquí sin esperarlo.

Nos sentamos a comer con él.

—¿Cuánto tiempo te quedas? —le preguntó Alexandra.

—Pues no lo sé, no he comprado billete de vuelta.

Sonreía acariciándonos la mejilla.

—Papá, ¿te estás planteando quedarte aquí a vivir?

Mi pregunta fue tan directa como mi corazonada. Lo conocía demasiado y sus gestos tenían más poder que sus palabras.

—Me lo estoy planteando, sí. Si hacéis vuestra vida aquí, ¿qué pinto yo en España?

—Ojalá.

Lo dije juntando mis manos y sacándole una sonrisa. Era lo único que echaba de menos en este lugar.

—Papá, sí, porfi, quédate con nosotras. Te vamos a cuidar muy bien.

Lo abrazaba por el cuello desde su silla y le daba besos en la mejilla.

—Hombre, si te has vuelto hasta más cariñosa.

Se le escapó una risilla de felicidad mientras lo decía.

Mi padre había dejado su equipaje en la habitación que había en la recepción. Obviamente, se iba a instalar con nosotras en la casa, en cualquiera de las dos habitaciones que había libres.

Era nuestro padre.

¿Acaso había que pensar en otra opción?

Nos comentó sus intenciones de vender su parte de la empresa a su socio, que estaba dispuesto a pagarle una suma importante.

También contaba con una propiedad que tenía alquilada y que le dejaba todos los meses mil euros, más su casa, que también la podía alquilar por un poco más.

—Tienes que jubilarte anticipadamente, papá. Con lo que vas a coger de la empresa tienes para vivir perfectamente.

Mi hermana hacía algo con el móvil.

—Voy a comenzar a buscar una casita por la zona.

—Papá, tenemos la casa del abuelo, no tienes que comprar nada.

—Hija, esto es vuestro y yo no quiero ser una carga en un futuro en el que decidáis venderla o compraros la parte la una a la otra, o hacer lo que queráis. Con lo que me van a pagar de la empresa me da para comprarme una casa y todavía me sobrará una buena cantidad. Y, encima, podré vivir de los alquileres.

—Pero puedes hacerlo todo con calma. Con nosotras puedes estar el tiempo que quieras.

—Eso sí, cariño —me contestó—. A ver si veo algo antes de ir a España y así dejo la casa vacía de pertenencias para que pueda entrar un inquilino. Lo dejaré todo en manos de una gestora inmobiliaria para despreocuparme de todo.

—Por ahí viene el desgraciado.

Con esa definición sabía perfectamente a quién se refería.

Hasta mi padre giró la cabeza.

Y lo vi. Mi mirada se cruzó con la suya y me quedé sin aire.

El mundo se paró por unos segundos.

—¿Quién es?

—El huésped más rico y cabrón de todo el hotel.

Miré a Alexandra sin poder reaccionar.

Ella me sonrió ladeando la cabeza.

Por el tono de mi hermana, mi padre no quiso seguir preguntando. Para estas cosas era muy discreto y prefería que fuésemos nosotras quienes le contásemos cuando lo viésemos oportuno.

Estaba claro que se había imaginado que se trataba del chico que iba conmigo cuando tuve el accidente.

En la mirada de Mark vi rabia, impotencia y dolor. Me había dejado de lo más sobrecogida.

Impacto total inesperado.

Apenas tardamos mucho más en terminar de comer. La conversación se volvió más ligera y mi padre prefirió no insistir en el tema, así que poco después nos fuimos a casa para que pudiera instalarse con tranquilidad.

Mi padre se acomodó en la última habitación, que también tenía su propio baño, a diferencia de que no tenía vestidor como nosotras, pero sí unos armarios empotrados de pared a pared.

Estaba tendida en mi cama, bocarriba, pensando en Mark. El *shock* que me había producido verlo había sido muy grande, pero no tanto como su mirada.

Esos ojos hablaban de algo feo.

Tenía una corazonada grande.

Me secaba las lágrimas que me caían porque yo me había enamorado de él, a pesar del poco tiempo que hacía que nos conocíamos.

Siempre pensé que el amor se forjaba con el paso del tiempo.

Cupido me había demostrado que, con una sola flecha, te puede poner el corazón patas arriba.

Escuchaba a mi hermana desde abajo, en la cocina, muerta de la risa. A saber qué le estaría diciendo a mi pobre padre.

Inmensamente feliz por su decisión de venirse a vivir con nosotras.

Qué suerte la nuestra…

Al final me levanté y me uní a ellos, que estaban tomando un café. Yo me preparé otro.

—Dice papá que va a coger a Mark y lo va a hacer aterrizar en doble fila.

—Yo no he dicho nada de eso.

Volteó los ojos y esbozó una sonrisilla.

Mi hermana lo miraba de lado, riendo.

—Bueno, ha dicho que tú te mereces alguien que no juegue contigo y te mire bonito.

—Sí, más o menos vine a decir eso.

—De los palos se aprende —contesté.

—Así es, hija. De los palos vamos aprendiendo.

Sabía que mi padre sufría mucho con cualquier cosa que nos pasase a mi hermana y a mí, pero no quería que se preocupase por esto.

No podía permitir que lo de Mark afectase a mi vida.

No podía, no…

Capítulo 15



La ducha me había dejado nueva…

Bajé a la cocina y me encontré en mi móvil un mensaje de mi padre diciendo que se había ido a comprar al mercado para preparar la comida.

Mi hermana estaba en el gimnasio grabando su primera historia del día, donde decía que comenzaba su rutina diaria.

Ver para creer.

Hoy comenzaban las obras del local. Bueno, ya las debían de haber comenzado porque eran las nueve de la mañana y empezaban a las ocho.

Pasé de prepararme un café, ya que me apetecía desayunar relajada en el restaurante y hacer acto de presencia.

—Hombre, mi jefa suprema.

—Buenos días, Christian —sonreí.

Lo había pillado entrando al hotel con un café en la mano.

—Ya han empezado las obras y ya le estuve echando un vistazo.

—Mucho no habrán avanzado.

Solté una risilla.

—No, están derrumbando, pero siempre es bueno que vean que se les vigila para que no se duerman.

Me hizo un guiño.

—En eso tienes razón. Bueno, voy a desayunar. Luego hablamos.

—Venga, nos vemos.

Le pedí a Oliver un desayuno completo.

Él solía estar de tarde, menos cuando cambiaba el turno con Noel u otro porque le viniese mejor.

La respiración se me cortó.

Mark acababa de salir por la puerta del hotel y venía hacia las mesas.

Hacia mi mesa…

Sin mediar ni una sola palabra ni pedirme permiso, tomó asiento en la mía y le hizo una señal al camarero.

Le pidió también un desayuno completo mientras yo me decía a mí misma que no perdiese los nervios.

—Imagino que tendré que darte una explicación.

—¿Te la he pedido?

Mi tono era serio y de reproche.

—¿Entonces hacemos como si nada hubiese pasado y seguimos con lo que dejamos ese día?

—¿Eres gilipollas?

Lo era. Algo así no podía salir de alguien que fuese ni medio normal.

—Entonces te tendré que dar una explicación.

—A ver si me entiendes sin tener que gastar mucha saliva. No quiero saber nada de ti.

—Imagino que entonces eres tú la que me tienes que dar una explicación.

Me estaba vacilando claramente.

—¿Yo a ti darte una explicación cuando no fue precisamente a mí a quien vino a buscar su prometida? Me parece que tienes un problema psicológico bastante grande, Mark.

—Cuando las cosas suceden, lo más normal es que se hablen.

—Lo más normal es haber tenido la decencia de haberme mandado un puto mensaje antes.

—Me gusta hablar las cosas a la cara.

—Y a mí me gusta que no me tomen el pelo.

—Quizá no te conté algunas cosas, pero eso no significa que te haya engañado.

—A mí no. A ella. A mí solo me vendiste una persona que no eras.

—¿Qué te dije para que deduzcas eso? Todos tenemos una vida. ¿Acaso tú me has explicado cada cosa que pasó en la tuya? No nos dio tiempo a nada, apenas nos estábamos conociendo.

—Pues bien que me metiste en tu cama.

—Te deseaba. Lo hice porque te deseaba. Y te deseo.

—En resumidas cuentas, que te la pongo dura. Y piensas que eso te da derecho a reírte de la mujer con la que estás prometido. Y, de paso, de mí. Aunque viendo lo poco que te importa ella, tampoco puedo pretender importarte lo más mínimo cuando apenas me conoces.

—Te estás equivocando.

—Me equivoqué yo al confiar en alguien que acababa de conocer.

Lo miraba a los ojos sin pestañear, procurando que no viera la debilidad que llevaba dentro.

Oliver nos puso el desayuno sobre la mesa.

—Me vine aquí, entre otras cosas, para evadirme de una relación que estaba tocando fondo.

Comenzaba a confesar.

—Te puedes ir al fin del mundo, pero si tienes un compromiso, lo tienes aquí o en Pekín.

—La intenté dejar de mil maneras, pero se convirtió en un imposible. Tuve que poner tierra de por medio para ver si así se olvidaba de mí. Le dije que necesitaba pasar unos meses fuera.

—Con dos cojones. Como si eso solucionara algo. A las personas o se las deja o no se las deja, pero las verdades a medias no son una justificación. Estabas prometido con ella y le dijiste que necesitabas espacio, no que ibas a empezar una nueva vida sin ella.

—Anne no entiende las cosas de ninguna de las maneras.

Intentaba justificarse.

Cupido me había lanzado una flecha, pero yo no era tonta.

—¿Y por Anne es por lo que has estado más de diez días desaparecido? ¿Acaso has tenido que darle un curso intensivo para explicarle que se os acabó el amor?

—No he estado con ella en todo este tiempo. Cuando saliste por la puerta, recibí una llamada diciéndome que mi padre había fallecido.

Enmudecí.

¿Y ahora qué decía yo?

—Lo siento, Mark. No me lo esperaba. De todas maneras, una cosa no quita la otra.

—Por supuesto. Ni intento justificarlo por ese hecho, pero he tenido la cabeza en otro lado y he tenido que arreglar infinidad de trámites.

Era evidente lo que estaba diciendo en lo que al fallecimiento se refería y a todos los trámites que eso conllevaba. Pero lo de Anne…

Eso era otro cantar.

—No quiero estar con ella. Llevo muchos meses así, pero te prometo que no te estoy mintiendo.

—A mí precisamente no es a quien tienes que dejárselo claro.

—Lo hablé con ella la noche antes de regresar al pueblo.

—No tienes que darme explicaciones. Ni las quiero, ni las necesito, ni me creo nada.

—Estuvo en el funeral de mi padre, pero no la volví a ver porque le dije que estaba con los trámites y no tenía tiempo. Quedé con ella para hablar cuando lo resolviera todo.

—Que no tienes que darme explicaciones.

Solté el aire con fuerza.

—Le he dejado bien claro que no tengo ninguna intención de seguir con ella, ni ahora ni en un futuro, y que ya es hora de que lo entienda a las buenas o a las malas.

—Muy bien…

Mis palabras sonaron con ese tono de quien aparenta que todo le da igual.

—No soy ejemplo de nada, pero tampoco soy mala persona. Mi intención no ha sido jugar con nadie.

Me quedé en silencio.

Lo amaba. Mi corazón estaba triste y lleno de dolor. Sentía que me quedaba sin fuerzas y, por mucho carácter que echara, la realidad era que no tenía ánimos para nada.

Solo quería abrazarlo, aunque me diera rabia sentir esas ganas.

Ganas que, obviamente, no iba a transmitir.

Alexandra se acercó a la mesa y, en cuanto se dio cuenta de que era él, se le torció el gesto.

—No entiendo por qué estás sentada con la muchedumbre.

Él levantó la mirada hacia ella y la observó con desprecio.

—Alexandra, ¿me dejas solucionar mis problemas sola?

—¡Qué bueno eso! Luego eres la primera en meterte en los míos.

Carcajeó.

—¿Nos dejas a solas, por favor?

Estiré la mano invitándola a marcharse.

—Eso, tú cae como tonta, que verás qué es lo siguiente que te hace.

Me lo advirtió mientras se alejaba.

—No quiero perderte.

—No te dio tiempo ni a encontrarme —negué—. Mark, no quiero problemas contigo y lo que pasó ahí se queda, pero no voy a volver a estar como antes. Como hombre, no me inspiras ninguna confianza.

—Es injusto. Ella no estaba en mi vida ni en mi corazón desde hacía mucho tiempo.

—Pues bien que elegiste quedarte con ella y dejarme ir.

—Sí, claro, hago eso y destroza toda la *suite*. No te imaginas los arranques que tiene.

Me recordó a una historia que viví muy de cerca.

—Da igual, de verdad, ahora mismo no me voy a creer nada.

—Está bien.

Afirmó y se levantó. Le dijo al camarero que le cargase los desayunos a la habitación.

Capítulo 16



Olía que alimentaba…

—Papá, por favor, ¿qué has hecho?

—Una paella de marisco que ya está lista para comer.

—¡Hala, qué pinta!

Saqué el móvil para tirarle una foto en la paellera, que estaba de lo más bonita.

—Hermana, ¿has visto cómo quedó el local?

Apareció por las escaleras, viniendo de su habitación.

—Una pasada. Cuando pongan los muebles va a ser toda una locura.

Hacía dos semanas que la comenzaron, las mismas que habían pasado desde que hablé con Mark, que desde entonces apenas se dejaba ver, aunque seguía en la *suite*.

Había días que ni salía y pedía las comidas para que se las llevasen, y otros en los que salía vestido de deporte por la mañana y no regresaba hasta la tarde.

Estaba al día de todo por las chicas de recepción.

Nos sentamos en la mesa y mi padre sirvió los platos mientras nos comentaba que ese mismo día había visto una casa preciosa dos calles más atrás.

—Es la planta baja de un edificio de tres plantas, con un solo vecino por planta.

—¿Y por dentro cómo es? —le preguntó Alexandra, interesada.

—Cuatro dormitorios, dos baños, uno de ellos en el principal, cocina independiente, cuadrada y grande, al igual que el salón. Es toda exterior hacia las dos calles y está en muy buen estado.

Le animamos a que se lanzase, aunque por su cara ya lo tenía más que decidido.

Su sonrisilla lo delataba.

Nos comentó que quería irse a España cuanto antes para arreglar todo el tema. Lo primero era cerrar lo de la empresa vendiendo su parte al socio y luego dejar la casa lista para alquilarla.

Iba a empaquetarlo todo y mandarlo aquí con la misma compañía que nos envió nuestras cosas cuando nos vinimos a la casa del abuelo.

La paella estaba tan buena que los tres repetimos y no dejamos ni un solo grano de arroz.

No había nada mejor que la mano en la cocina de un padre…

Alexandra se iba de fin de semana con Christian, que no trabajaba ni sábado ni domingo. Luego se pasaban gran parte de la semana sin hablarse, pero los findes no podían estar el uno sin el otro.

En mi caso echaba muchísimo de menos a Mark. Incluso muchas veces me preguntaba a mí misma si había sido demasiado dura con él.

¿Acaso tenía que contarme toda su vida en tres días?

No lo sabía, pero por otro lado me sentía tonta por lo que había sucedido con la aparición de esa mujer.

Y yo en su cama…

Como si aquello hubiese significado algo más de lo que realmente fue.

No me salía nada bien en la vida, nada. Y no me refiero a que me sintiese una desgraciada ni mucho menos, ya que tenía mucho por lo que agradecer y sentirme afortunada, pero todo lo que dependía de mí, por alguna razón u otra, se me terminaba torciendo.

Estudié Turismo y conseguí que en una agencia me contratasen para trabajar diez días al mes llevando grupos de viaje por el país en autocar y alojándose en diferentes puntos.

Decir que me gustaba ese trabajo era quedarme corta.

Pero claro, tenía una hermana que, cuando no la liaba, era raro; aunque en aquella ocasión la lio demasiado. Reventó el apartamento del chico con el que estaba porque lo pilló con otra.

Obviamente, hubo juicio y le pusieron una orden de alejamiento, además de una multa y el pago de reposición de todos los muebles y puertas.

Más obvio aún fue que lo pagó mi padre.

Mi hermana, cuando se enteró de la sentencia, dijo que prefería entrar cinco meses en la cárcel, como le advertía el juez si no pagaba los daños.

Mi padre no lo iba a permitir, hecho que le llevó a ser él quien asumió el pago.

No contenta con eso, se escapó diez días. Vamos, que cogió la puerta y se fue sin ninguna intención de contestar nuestros mensajes ni nuestras llamadas.

La situación era tan tensa que tuve que dejar el trabajo como guía de grupos. La suerte fue que la misma agencia me contrató para estar en la oficina, algo que me hizo inmensamente feliz.

La cuestión era no irme durante días dejando a mi padre solo con los marrones que provocaba mi hermana.

Que no eran pocos, ni tampoco pequeños.

Mientras mi hermana fregaba, nos pusimos a mirar vuelos y había uno para el día siguiente que le interesaba mucho.

—Hija, voy a coger este. Cuanto antes vaya, antes soluciono todo y ya me vengo tranquilo.

—Pues dale sin miedo.

Sonreí a la vez que le frotaba la espalda.

—Papá, si quieres, te podemos contratar en el hotel de supervisor. De eso no tenemos, ¿verdad? —me preguntó a mí.

Mi padre y yo nos echamos a reír.

—Prefiero vivir un poco. Ya trabajé mucho y, gracias a Dios, con lo que tengo me puedo sentir dichoso.

—¿Tienes mucho?

Le preguntó con esa sonrisa pícara.

—Lo suficiente como para que no me falte un plato de comida en la mesa.

Mi padre no iba a hablar de números ni de nada. De todas maneras, estaba bien de dinero y había cobrado una herencia de sus padres que jamás tocó. Tampoco nos dijo nunca de cuánto se trataba.

Alexandra se despidió y salió al encuentro de Christian para irse a casa de este el fin de semana.

Christian había salido más tarde y había comido en su despacho. De ahí que Alexandra comiese con nosotros, aunque habiendo paella, no se la habría perdido por nada del mundo.

Mi padre y yo nos fuimos dando un paseo hasta una pastelería que había al otro lado de la plaza y que tenía mucha fama por sus dados de bizcocho recubiertos con chocolate negro crujiente y trocitos de almendra.

Justo cuando cogimos la calle hacia arriba, nos cruzamos con Mark, que iba hacia el hotel.

Al pasar nos dio las buenas tardes sin detener el paso. Como si lo que habíamos vivido no hubiese existido.

Estaba muy serio y sus ojos volvían a hablar.

De nuevo me dejó sin respiración y sentí como si el mundo se detuviera durante unos segundos.

Hasta mi padre se dio cuenta y me echó la mano por el hombro, dejando un beso en mi sien.

Expulsé lentamente el aire de mis pulmones.

¿Por qué se me paralizaba el mundo cada vez que lo veía?

En esta ocasión me había evitado la mirada.

Llegamos a la pastelería y, aunque miraba los escaparates, mi mente estaba en otro sitio.

Mark no salía de mi cabeza. Ni siquiera cuando hacía todo lo posible por olvidarlo.

—Hija, nos llevamos cuatro de los recubiertos de chocolate con trozos de almendra y podemos coger dos de merengue y dos de tarta de manzana.

—Somos dos nada más.

Reí.

—Pero no tenemos por qué comerlos hoy todos. Además, no son muy grandes y dos cada uno para merendar nos los comemos seguro.

—Y los otros dos que te corresponden mañana te los llevas para el vuelo.

—Los dejas ahí para ti.

—Te los llevas en el avión.

Insistí.

Compró la cajita con los pasteles, que le metieron en una bolsa de papel monísima, y salimos de allí.

Yo seguía en *shock* y mi cabeza volvía continuamente a la misma persona: Mark.

Regresamos por otra calle para ir a una floristería preciosa en la que queríamos comprar flores para la casa y para el par de jarrones de cristal que él mismo había comprado días atrás.

Tenía unos ramos que eran unas verdaderas virguerías. Me hice con dos que me llamaron la atención a primera vista.

Mi padre hablaba con la dependienta con una sonrisilla más suelta de lo habitual. Se llamaba Helena y era viuda a sus cincuenta años.

—Te faltó pedirle el teléfono.

Bromeé cuando salimos de la tienda.

—Ya me lo dará en otro momento.

Su respuesta me arrancó una carcajada porque no me la esperaba.

Mi padre apenas tenía cincuenta y siete años. Era joven y en algún momento tendría que rehacer su vida, aunque nunca había sido su prioridad.

Capítulo 17



Me tomaba el primer café del día antes de que un taxi recogiese a mi padre para llevarlo al aeropuerto.

Nos despedimos con un abrazo.

Me hacía inmensamente feliz que regresase a España para arreglarlo todo y poder venirse con nosotras a vivir, ya que no había nada mejor que tener a la familia cerca.

Mi hermana había venido por la noche con Christian a despedir a mi padre y aprovecharon para cenar con nosotros.

Preparé un café doble y subí a la azotea a tomarlo tranquilamente. Desde que había venido mi padre eran muchos los días que subíamos a desayunar y disfrutar de ese trozo de la casa al que mi hermana y yo le habíamos dado poco uso al principio.

Encendí un cigarrillo y me quedé mirando hacia el horizonte.

No solía fumar apenas; es más, me pasaba épocas sin tocar un cigarrillo, pero hacía unos días me compré un paquete porque tenía una ansiedad que debía de pagar con algo.

Llevaba varios días con una sensación extraña que me hacía estar de lo más inquieta, como si presagiase algo que fuese a pasar.

Notaba cómo las lágrimas me caían por las mejillas. Llevaba muchos días así, llorando a ratos, con una tristeza y un vacío que no sabía muy bien de dónde salían ni cómo detener.

Era mi culpa.

No, no lo era.

La mente tenía esa manía de hablarnos desde varios lugares al mismo tiempo, como si los pensamientos se dividieran para contradecirse entre ellos.

A veces pensaba que me iba a volver loca.

No era yo… o al menos no era solo cosa mía. Era todo el cúmulo de situaciones que había vivido estos años y que guardaba como heridas silenciadas dentro de mí. Heridas que parecían dormidas, pero que gritaban cuando volvía a vivir algo desagradable, como lo que me había sucedido con Mark.

Estaba a flor de piel.

Miré el teléfono, que acababa de vibrar, y vi una notificación de WhatsApp.

Mi corazón se puso a mil.

Mark: *Hola, Julieta. No consigo sacarte de mi cabeza. Quizás hubo cosas de las que no fui consciente de que te debía contar, pero no supe hacerlo de mejor manera en esos momentos. Ojalá pudiese dar marcha atrás.*

Lloré aún más de lo que ya lo hacía.

Me quedé un buen rato mirando el mensaje, sin saber qué contestar. Mi mente estaba en ese punto en el que no sabía si yo había reaccionado bien ante todo aquello o si quizá no fui justa y no le di el beneficio de la duda.

Pero yo sabía muy bien lo que había visto y escuchado.

Quería verlo, quería estar con él, pero todo me sonaba tan raro…

¿Qué hacía realmente pagando un precio tan alto por una *suite* en el hotel de un pueblo, por mucho que fuese el lugar donde vio nacer a su madre?

Había algo que no me encajaba con lo que él me había contado. Por mucho que estuviera aquí para poner tierra de por medio, juro que había algo que no terminaba de cuadrarme y, quizá, eso era otra de las cosas que me alejaban de él.

No sabía qué contestarle. De verdad que en esos momentos estaba entre escribirle que me moría de ganas por abrazarlo o mandarlo directamente a la mierda.

Entre esos dos extremos me encontraba.

Pero yo lo echaba tanto de menos que…

Julieta: *Hola, Mark. No sé qué decirte, ni siquiera estoy segura de lo que quiero decir. No quiero juzgarte, no soy quién para hacerlo, pero hay cosas que no entiendo y siento que se me escapan de las manos.*

Mark: *Vamos a quedar para hablar como personas adultas.*

Julieta: Estoy en mi casa. Puedes venir si quieres.

Mierda, le había dado a enviar y ya lo había leído.

¿Se lo había puesto muy fácil?

Mis indecisiones se apoderaban de mí.

Mark: *¿Y tu padre?*

Julieta: *Se fue hace un rato para España.*

Mark: *Voy para allá.*

Terminé el café y bajé para ir preparando otros dos para cuando llegase.

Tocó la puerta justo cuando los tenía hechos.

—Hola, Julieta.

—Hola, Mark. Pasa.

Me aparté para que entrase.

Cogí los cafés y le di uno. Me siguió hasta arriba, hacia la terraza.

Su mirada seguía siendo un tanto extraña.

Nos acomodamos.

—Julieta, sé que lo que pasó fue horrible y que, a ti como mujer, te debió hacer sentir muy mal.

—Ese momento fue horrible y me sentí sucia, pero lo que más me dolió fue no tener ni un mensaje de ti. No por eso dejo de entender lo del fallecimiento de tu padre, pero hubo muchos días después en los que, al menos, un mensaje, un «hablaremos», podrías haber mandado.

—Pensé que era mejor hablar de frente después de lo sucedido. Quizás me equivoqué, es posible. Pero no soy mala persona, Julieta. No soy un hombre al que se le pueda señalar por haber jugado con nadie.

Cogió mi mano y la apretó en un gesto de cariño.

—Me siento confusa, no te voy a mentir. Pero me alegra tenerte aquí en estos momentos.

Confesé con un nudo en la garganta.

—La vida no es fácil, Julieta. Solo tuvimos una noche y la pasamos riendo, bailando y conectando. No dio tiempo a mucho. Hay cosas que llevamos dentro que no son fáciles de verbalizar y requieren su tiempo o su momento.

—Te entiendo.

—¿Y ha tenido que pasar tanto tiempo para que lo entiendas?

Sonrió mirándome de lado.

Le devolví la sonrisa.

—Has tenido que venir tú y coger mi mano.

Mierda… ¿por qué le había dicho eso?

—Solo con el tiempo se conocen de verdad a las personas.

Acariciaba mi mejilla.

—Pero ¿de verdad no tienes nada de sentimientos por ella?

—No, ninguno. Provocó momentos muy feos en los que le podía la ira y perdía la cabeza. Veía fantasmas donde no los había. Es una persona muy controladora y manipuladora.

—¿Y cuánto tiempo tuvo que pasar para que te dieras cuenta de que era así?

—Un año y medio.

—Y luego me dices a mí que tardé en reflexionar sobre lo que nos sucedió a nosotros.

Le provoqué una sonrisilla.

—Desde febrero ya le dejé claro que no quería estar con ella.

—Pues sí que tuvo unos meses para aceptarlo. Lo que no entiendo es por qué le dijiste que te venías al pueblo.

—Nunca le dije que me venía aquí, pero lo debió de intuir. Estoy seguro de que utilizó algunas influencias para dar con mi ubicación. No me extrañaría nada que hubiese pagado a un detective.

—Pues dio hasta con la habitación.

Nos reímos.

—¿Me vas a permitir que hoy te lleve a un lugar que te prometo que te dará mucha paz y que te va a gustar mucho?

—Vale, no tengo nada mejor que hacer. Mi padre se fue a España y mi hermana está con Christian pasando el fin de semana.

—Me da igual ser tu última opción. Gracias por aceptar.

De nuevo acarició mi mejilla.

Me comentó que necesitaba un par de horas antes de irnos. Bajamos y nos despedimos en la puerta, quedando en que me recogería cuando terminase sus cosas.

No me había explicado qué era lo que tenía que hacer, pero estaba claro que a mí, de algún modo, me había alegrado la mañana.

¿Me iba a ir con él a pasar el día?

Suspiré y luego esbocé una sonrisa.

Capítulo 18



Siguiendo sus instrucciones, me puse ropa cómoda y de baño.

Sabía que me iba a llevar a algún sitio a darnos un bañito y disfrutar relajados. Quizás a alguna de las piscinas privadas en las que se pagaba por entrar y a las que aún no había ido.

Me avisó de que fuese saliendo y me lo encontré con su coche en la puerta de casa.

Abrió la puerta del copiloto para que me montase.

—El camino nos llevará un rato.

Arrancó el coche y comenzó a conducir.

—Pensé que nos quedaríamos por algunas de las piscinas del pueblo.

—No te lo hubiera vendido entonces como un lugar de paz y que te iba a gustar mucho.

—A mí se me sorprende con muy poco.

Sonreí mientras observaba que salíamos del pueblo en dirección al interior.

—He visto que la obra del salón está ya solo a falta del mobiliario.

—Sí, el lunes lo montan.

—Ha quedado muy bonito y se ve muy espacioso.

—Sí, y tiene un buen escaparate que le da mucha luminosidad.

—Imagino que la sicaria debe de estar muy contenta.

Me reí al entender que se refería así a mi hermana.

—Sí que lo está, pero no es ninguna sicaria.

—Recuerda que me dio un tiro y que, además, cada vez que me la cruzo me hace lo mismo.

—¿En serio?

—Sí, y con cara de advertencia.

Sonreía de medio lado.

—Le he estado todo el tiempo advirtiendo que no te dijera ninguna tontería.

—No me dijo nada. Solo me disparó en varias ocasiones.

—Pues no te debió de dar bien, porque yo te veo vivito y coleando.

—Ya te digo que, si consigue un arma de verdad, no duda en mandarme para Alemania en una caja de madera con una corona de flores.

—¿Allí también os entierran así?

Me reí tras hacer esa pregunta cargada de ironía.

—Qué va, allí nos ponen con el culo fuera para que aparquen las bicicletas.

—Qué mal chiste.

Reía a carcajadas y sentía que, de algún modo, mis heridas dolían menos estando a su lado.

Cogimos unas carreteras que serpenteaban entre la montaña, rodeadas de paisajes preciosos que parecían sacados de una postal.

Paró a un lado donde había una especie de área de descanso con mirador y sacó dos latas de refresco del maletero mientras yo me quedaba mirando el asombroso escenario que tenía ante mí.

—Esto es una preciosidad. Gracias.

Cogí la lata que me ofrecía.

—¿Gracias por el refresco o por la parada?

Carraspeó.

—Por ambas cosas.

—Lo del beso lo dejamos para otro momento, ¿verdad?

—No.

Me acerqué a sus labios y le dejé un pico, dándoselo sin prisas.

No me dejó separarme. Me abrazó como reacción y volvió a buscar mis labios.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo y me erizó la piel.

Había deseado tanto ese momento…

Nos miramos durante unos segundos con una sonrisa que salía sola, con ese brillo en los ojos que no necesitaba palabras, mientras sus manos me regalaban suaves caricias en la espalda y ambos observábamos aquel horizonte de espectáculo.

Regresamos al coche y continuamos nuestro camino mientras cantábamos a unísono la canción de Europe, *The Final Countdown*.

Siempre la había escuchado en el repertorio que ponía mi padre. Era una canción que hacía vibrar, que se sentía y se vivía.

Justo lo que estábamos haciendo en esos momentos, cantándola a todo pulmón.

Había instantes que te sacaban de la vida cotidiana y de los problemas.

Este era uno de ellos…

Cuando llegamos a un área donde aparcó su coche, descubrí una poza natural, como una piscina formada por el agua que caía de unas cataratas.

No podía cerrar la boca ante tanta belleza.

Alrededor había seis mesas de picnic, muy separadas unas de otras, cada una con sus bancos a los lados. Solo una estaba ocupada por una familia en una esquina y nosotros cogimos la de la otra.

Aquello era un remanso de paz inigualable…

El sonido del agua cayendo se imponía a los gritos de los niños de esa familia que jugaban cerca de la orilla.

Mark me sorprendió sacando una cesta de mimbre del maletero.

—Para esto necesité el par de horas.

La colocó sobre la mesa.

—Yo podría haber hecho una tortilla de patatas y algo más si me lo hubieras dicho.

—Hoy eres mi niña mimada.

—Ah, bueno, entonces bien.

Sonreí.

Traía incluso una pequeña nevera con latas de refresco y botellas de agua.

—Lo mejor está aquí.

Abrió la cesta.

—A ver, sorpréndeme más de lo que ya lo has hecho hoy.

—Seis empanadas de tres rellenos diferentes.

Eran como nuestras empanadillas, pero en forma de medialuna.

—Muy buena pinta, sí, señor.

—No me llames así, que me subes la temperatura.

Me hizo un guiño.

Solté una carcajada.

—Unos filetes con salsa de queso al estilo de la montaña.

—También tienen muy buena pinta.

—En este recipiente hay una ensaladilla de patatas con verduras y mayonesa casera.

—Todo esto te lo han preparado en el restaurante del hotel, ¿verdad?

Me reía viendo lo bien que venía todo organizado.

—Claro. ¿Dónde mejor que allí?

—Obviamente, en ningún sitio.

—Esta bolsa de patatas es de la tienda de enfrente. Espero que no sea motivo de guerra.

—Para nada.

—Y de postre…

Se puso a hacer el ruido del tambor con la boca y los palillos con las manos.

—Venga, di.

Me hacía tener la risilla suelta.

—Un termo de café y una selección de galletas de la casa.

—Planazo…

Colocamos la mesa con todo y sacamos un par de refrescos.

Estábamos sentados juntos, mirando hacia la catarata y viendo a los tres niños bañarse, disfrutando de toda una piscina natural para ellos solos.

Se escuchaban los chorros de agua caer con fuerza, un sonido constante que dejaba sin palabras.

El silencio, aun así, tenía mucho más peso.

Sabía que por aquí había lugares increíbles. Es más, mi abuelo nos llevó de excursión más de una vez y visitamos rincones maravillosos.

Pero esto era diferente…

—¿No vas a probar nada de lo que he traído?

—Sí, perdón.

Sonreí.

—Te has quedado embobada mirando hacia la catarata.

—Es música para los oídos y me ha transportado a muchos de los lugares que visité por Austria de la mano de mi abuelo. Aunque reconozco que este rincón tiene magnetismo. ¿Has venido muchas veces?

—Muchas veces a pasar el día con mis padres cuando era un niño. Aunque te confieso que esta semana pasada vine un par de días y me quedé aquí horas sentado, buscando un poco de paz.

—¿Y la encontrabas?

—La misma que tú has sentido cuando te has quedado adormecida mirando hacia la catarata.

—Este lugar envuelve.

—Quería que te llenases de toda la energía que desprende. Recarga el alma.

—Voy a tener que venir por lo menos una vez a la semana.

Reímos.

—Seré tu chófer si me dejas.

—Claro. Al fin y al cabo, eres tú quien me lo ha enseñado.

—No me debes nada. Prefiero que me dejes ser tu chófer porque sea la persona con la que quieres estar en este lugar, no por habértelo enseñado.

—Sabes que sí, que quiero que me acompañes porque no contemplo mejor compañía.

—¿Es una confesión?

—No, es la realidad. Aunque también me veo trayendo a mi padre con nosotros alguna vez.

—Por mí, encantado.

Aproveché para contarle para qué había ido mi padre a España y cuáles eran sus intenciones de comprarse una casa aquí.

Se quedó de lo más sorprendido, pero se alegró muchísimo.

—Tu padre, cada vez que me ha visto, me ha devuelto el saludo.

—Claro.

Sonreí.

Capítulo 19



Nos dispusimos a comer…

Las empanadas literalmente crujían, eran toda una delicia. La de tomate con verduras y pollo estaba increíblemente buena.

—Prueba esto.

Me acercó un trozo de los filetes a la boca.

—Joder, es que no es porque sea el restaurante de mi familia, pero la cocina es exquisita.

—Totalmente de acuerdo.

Volvió a darme otro trozo.

—¿Quieres comer tú, que yo puedo hacerlo sola?

Protesté riendo.

—¿Quieres tú dejarte mimar?

—Si ya lo haces con este día que me estás regalando.

—Otro trocito más.

Me dio el tercero.

Me entró tal ataque de risa que no podía ni morder el trozo. Lo tuve que echar en una servilleta.

Y no paraba; él seguía en sus trece de darme la comida como si fuera una cría de dos años. Bueno, muchos de dos años ya comían hasta solos.

Mark estaba muy divertido y relajado, nada que ver con esos ojos que me miraban llenos de mensajes que parecían de rabia mezclada con dolor.

Estábamos cómodos y eso se transmitía en el ambiente.

Tras comer y tomarnos un café, nos decidimos a darnos un baño.

—Me vas a llevar a la locura.

Soltó cuando me vio quedarme en bikini.

Justo cuando me fui al borde para bajar por un ladito que parecía de fácil acceso, tropecé y caí directamente al agua.

Mierda.

Me di cuenta enseguida de que me había raspado la pierna.

Mark se tiró enseguida para ver si estaba bien. Cuando saqué la pierna al aire, se frotó la frente.

—¿En serio de nuevo te haces daño en una cita conmigo?

—Creo que eres mi gafe.

—No es mucho. ¿Te duele?

—Me pica un poco.

Me reí apretando los dientes.

Lo mío no tenía nombre. Ya iban dos veces. Dos veces que, precisamente, estaba en una cita con él. Y esto no era algo que me pasara habitualmente, como le estaba diciendo.

—Lo asumo, soy el gafe.

Se persignó causándome una risilla.

La familia que estaba al otro lado se marchó y nos quedó todo el lugar para nosotros solos, como si el destino nos lo hubiera puesto delante como un regalo.

El agua estaba fría, pero aun así transmitía una sensación de libertad, de paz emocional, de esas que te llevan a silencios que invitan a reflexionar.

Este lugar me estaba sanando.

Mark me abrazó desde atrás sin romper el silencio y besaba mi cuello suavemente, casi sin hacer ruido.

Eché la vista atrás y vi todo de otra manera. No fue plato de buen gusto lo que pasó, pero tampoco lo suficiente como para sacrificar a una persona que estaba intentando dejar el pasado atrás, un pasado que parecía empeñado en ponérselo difícil.

El ruido del agua cayendo en cascada era una música constante que envolvía aquel entorno natural tan impresionante.

Qué poco costaba sentirse en paz…

Mark era un desconocido al que, en cierto modo, ya conocía bastante bien, aunque de una forma superficial. De su vida sabía poco, pero tampoco había dado tiempo a más.

Lo que sí tenía clarísimo es que lo que conocía de él —su carácter, su ironía, su humor y lo detallista que podía llegar a ser— me encantaba.

—Mark…

Noté algo muy duro entre mis piernas.

—No digas nada, porque no lo entiendo.

Nos echamos a reír.

—¿Cómo ha podido suceder con lo fría que está el agua?

Me reía intentando no moverme demasiado para no empeorar la situación.

—Para que veas cómo me has calentado.

—Yo he estado quieta. Y sigo quieta.

Carcajeé.

—Pues ya te podrías mover un poco.

De repente se escucharon unos críos y saltaron al agua. Ni tiempo a reaccionar nos dio.

—Lo que me faltaba.

Se giró hacia el lado contrario de ellos, separándose de mí.

—Con tranquilidad, Mark. Todo lo que sube, baja.

Nos reímos.

—Lo nuestro está predestinado para que no suceda.

—Algún día.

Me reí a carcajadas que no podía frenar. Entre las caídas y las interrupciones, no llegaba a pasar nada excitante entre nosotros.

Comenzó a nadar y, cuando ya consiguió que su erección desapareciese, salió primero y me ayudó a salir a mí.

Nos servimos un café que acompañamos con las galletas de la casa.

Miraba mi pierna y aguantaba la risa.

—Contigo termino a cachos.

Solté una carcajada.

—Si al menos me diera tiempo a probarlos.

Volteó los ojos.

—Creo que vamos a tener que ir a un lugar sin riesgo y donde nadie nos encuentre.

—Mira, puedo alquilar un búnker.

—Por ejemplo, pero no conmigo, que yo bajo tierra no me meto a no ser que sea para proteger mi vida.

—Bueno, puedo alquilar por veinticuatro horas el hotel y cerrarlo por completo.

—Tenemos reservas a largo plazo.

—Tú por casualidad no me querrás complicar la vida, ¿no?

—Para nada, ya sabes que yo me mantengo al margen.

Apreté los dientes.

—Tú hoy no sales de la *suite*.

Me señaló con el dedo, soltando una pequeña risilla entre dientes.

—A mí no me amenaces.

Lo señalé yo también mientras me reía.

—Ni tú me provoques.

Me hizo un guiño.

—Me porto bien.

Hice el gesto de ponerme modosita.

—Pero vas directa a la *suite* y sin parar en la recepción.

—Siempre y cuando pidas que nos traigan las *pizzas* del horno de la Bella.

—Me gusta la idea. Espero que no le moleste a la dueña del hotel que pida en otro sitio que no sea el restaurante.

—Para eso permitimos el servicio a domicilio de los demás restaurantes a nuestras habitaciones.

Le hice un guiño.

—Y yo intentando siempre ser fiel.

Negó.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Qué pasa, que no ves las ofertas que dejamos sobre la mesa de los demás sitios?

—Soy muy leal.

Me reí. Estaba vacilándome.

—Me acabo de acordar de que un día te vi entrando con una bolsa de cruasanes del obrador.

—Es verdad, es verdad.

Se rio.

Estuvimos un par de horas entre charlas, besos y miradas que parecían confesiones.

Si algo tenía claro, es que había mucha complicidad entre nosotros.

Recogimos todo y nos dirigimos al coche para regresar al pueblo. Mark puso automáticamente música en el coche.

En ese momento le saltó una llamada en el coche, ya que tenía vinculado su teléfono a este. Era un número desconocido.

Bufó. Parecía que se olía algo.

—¿Hola?

—Me tienes bloqueada de todos lados y necesitaba decirte una cosa.

La inconfundible voz de Anne habló y se me subió la sangre a la cabeza.

—Anne, te lo he dicho por activa y por pasiva. No tenemos nada que hablar y yo voy a seguir con mi vida.

—La cuenta que teníamos en común y de la que tú te has salido, he intentado cerrarla y me piden veinte euros que no pienso pagar.

—Ahora los mando a esa cuenta. ¿Algo más?

—¿Y por qué no vamos juntos al banco?

—¿De verdad? ¡Yo ya no tengo que ver con esa cuenta y solo la tienes que cerrar!

Le hice un gesto para que no se alterase.

—¡A mí no me chilles! Esto es cosa de los dos.

—Es cosa tuya, que la abriste para nada porque nunca la hemos usado. Te paso ahora los veinte euros en cuanto pare el coche y, por favor, déjame en paz.

Colgó y paró a un lado de la carretera, donde había unos huecos.

Estaba muy alterado y se notaba que le daba rabia hablar con ella. Desde luego que la tipa era insoportable por lo que había escuchado.

Le hizo la transferencia inmediata y seguimos hacia el pueblo.

Capítulo 20



Aparcó cerca del hotel y me esperó en la terraza del restaurante mientras yo entraba en casa a coger ropa para quedarme con él en la *suite*.

No tardé ni diez minutos.

—Ni tan mal te veo.

Solté al verlo con su vinito, tan relajado.

Sonrió y levantó la mano, captando la atención de Oliver, al que le pidió por señas que me trajera un vino.

—Has sido rápida…

—Sí, contigo hay que serlo. Si me descuido un poco, ya tienes sentadas aquí a tres o cuatro.

—Serás…

Esbozó una risilla.

Mi hermana y Christian salieron del salón de belleza. Al vernos, vinieron hacia nosotros.

—Ya nos han puesto los muebles y ha quedado…

Se llevó la mano a los labios, juntó los dedos y los besó.

—¿Ya?

Mientras yo le preguntaba, Christian saludaba a Mark y este le invitaba a sentarse. A mi hermana no hacía falta invitarla, ya se acomodaba ella sola.

—Sí, me llamaron de que podían venir a colocarlo en una hora y les dije que sí. Han sido rápidos; en dos horas lo han montado todo.

Me levanté y fui a asomarme con Mark. Nos quedamos prendados con el contraste de los muebles y tocadores blancos con el contraste del suelo de madera.

—Pues sí que ha quedado bonito.

—¿A que sí, hermana?

En su cara se podía ver la emoción.

—Pues claro.

Sonreí.

—En el cuartito de recepción del hotel me tienen todos los productos. Ya llegaron las cajas de tintes, peines, utensilios electrónicos, maquillajes, champús y un montón de cosas más.

—Pues cuando vayas a colocarlo, me avisas y te ayudo.

—El lunes. Hoy es sábado y hay que vivir el finde.

Reía.

—Perfecto.

—Por cierto, no te voy a preguntar qué haces con este tipo porque nos está saliendo rentable al hotel.

—Gracias —le contestó Mark con ironía.

Se tomaron un vino con nosotros mientras mi hermana me ponía la cabeza como un bombo y Christian charlaba con Mark del lugar en el que habíamos estado y que este conocía, dado que era de la zona.

Nos despedimos de ellos y subimos a la *suite*, no sin antes pedir para las nueve que nos llevasen a la habitación unos sándwiches de pollo y una ración de croquetas de la casa.

Al llegar a la *suite,* dejé mis cosas a un lado y no me dio tiempo a nada cuando Mark me empujó hacia el baño.

—Hora de la ducha.

Sonreía mientras casi me arrastraba y yo me moría de la risa, bueno, más bien de los nervios.

—No, los dos juntos no, que eso es indecencia.

—Indecencia es que dos veces me haya quedado con las ganas.

—Pues te vas a quedar con las ganas una tercera vez, que lo veo.

Mi carcajada era cada vez más grande.

Mark comenzó a desnudarme con esa risa pícara que sostenía en su cara.

—¿Lo vamos a hacer por primera vez en una ducha?

—Será la tuya; la mía es la quinientos y pico.

Estallé a carcajadas cuando me dijo el muy descarado eso.

—No tienes vergüenza.

—Mientras conserve mi educación…

Comenzó a desvestirse mientras me miraba fija y descaradamente, consiguiendo así que mi piel se erizase.

Sus besos eran de lo más pecaminosos. Podía sentir cómo mi cuerpo reaccionaba y comenzaba a notar mi propia humedad.

Su mano fue directa a mi entrepierna después de haber acariciado mi pecho. Gemí con el contacto de sus dedos en mi interior.

Se puso de rodillas entre mis piernas y tuve que echar mis manos hacia atrás para agarrarme a la encimera del lavabo.

Sus dedos se movían en mi interior mientras su boca elevaba con mucha intensidad mi excitación.

Grité mientras llegaba a un orgasmo que me estaba dejando casi sin fuerzas.

No esperó a nada. Me sentó sobre la encimera y me penetró con lentitud para asegurarse de que no me hacía daño.

Una vez dentro, comenzó a moverse rápido y de manera sincronizada mientras, con una mano, agarraba mi nalga y con la otra pellizcaba mi pecho.

Fue todo un momento épico…

Me llevó sobre su cintura a la ducha mientras me daba besos sin perder esa sonrisa que me tenía de lo más enamorada.

No contento con todo, me comenzó a enjabonar relajadamente sin perder de vista ninguna parte de mi cuerpo.

Me dejaba completamente sin habla y sin aliento.

Aún me faltaba el aire…

Después de una ducha que había sido de lo más intensa, nos pusimos unos pantalones cortos cómodos con una camiseta y nos salimos a la terraza a tomar un vino mientras esperábamos la cena.

—Así que te has acostado con personas más de quinientas veces…

Solté una carcajada al recordar ese comentario.

—Que no es lo mismo que acostarse con quinientas.

—Viniendo de ti, no me extrañaría.

—Pues debería, porque no me conoces lo suficiente como para sacar esa conclusión.

Me tiró con un trocito de servilleta con la que había hecho una bola.

Nos estuvimos riendo por lo menos una hora en la que nos dijimos de todo, más que nada porque Mark era muy irónico y le gustaba mucho buscarme la lengua.

Fue a abrir y Oliver pasó a dejarnos los sándwiches en la terraza. También traía un cuenco con patatas, de las que se ponían de cortesía, que estaban riquísimas, y otro con frutos secos.

Se marchó deseándonos buena noche. Por su tono, eso iba con segundas.

Aquí lo que no corría, volaba.

La noche era una verdadera locura. Estaba de lo más apetecible y la terraza invitaba a disfrutarla.

Mi padre me llamó desde su casa en España. Me hizo gracia cuando me dijo que ya echaba de menos el pueblo. Realmente nos echaba de menos a nosotras, porque le gustaba tenernos cerca.

Él sabía que estaba en la suite con Mark; es más, le mandé una foto desde la cascada y le comenté que me había traído él.

Como siempre, todo le parecía bien y no se metía en nada.

Después de la cena seguimos charlando y tomando vinos. Cada vez la risa estaba más suelta y nuestras conversaciones eran más fluidas y disparatadas.

Había sacado en claro que amaba a los animales, pero que los gatos le daban mucho respeto y prefería para convivir los perros. Había tenido un par de ellos que ya murieron de mayores.

En mi caso solo tuve una perrita, Brenda, que así se le metió en las narices a mi hermana ponerle de nombre.

Estuvo con nosotros catorce años, hasta que se puso muy malita y nos recomendaron dormirla. Aquello fue todo un trauma que nos dejó a Alexandra y a mí mal durante mucho tiempo, ya que era la niña de nuestros ojos.

Era la una de la mañana cuando nos fuimos a la cama.

De nuevo Mark comenzó a desvestirme mientras lamía y besaba cada rincón de mi piel.

Me encantaba la soltura con la que me manejaba y lo segura que me hacía sentir en sus manos.

Nos dimos una clase de revolcón que, para cuando llegamos al orgasmo cada uno, estábamos sudando como si hubiésemos hecho una maratón.

De nuevo terminamos en la ducha.

Capítulo 21



Me removí en la cama y me di cuenta de que Mark no estaba.

Levanté la cabeza para buscarlo, pero ni lo escuché en el baño ni las cortinas de la terraza estaban abiertas. Me levanté para mirar, por si acaso.

Ni rastro de él.

Me preparé un café y abrí las cortinas para salir a la terraza.

Al sentarme, me dispuse a mandarle un mensaje, pero escuché la puerta. Miré hacia el interior y entraba Mark con un paquete de churros.

—Buenos días, preciosidad.

Los puso sobre la mesa y me dio un beso.

—Buenos días, mago.

—¿Mago?

Arqueó la ceja a la vez que se sentaba.

—Desapareces y apareces como te da la gana.

—Encima de que me preocupo en ir a buscarte tus churritos que tanto te gustan…

—Mago, sigues haciendo magia.

Nos reímos.

Quise prepararle un café, pero no me dejó levantarme. Fue él y trajo dos. Yo ya me estaba acabando el que me había servido.

Me encantaba lo dispuesto que era para todo y que tomase decisiones. Me sentaba como una patada en el culo haber estado con alguien que no era capaz ni de proponer un plan ni de decidir nada.

Los churros estaban riquísimos; los mojaba a veces en azúcar y otras en el chocolate que había traído. Mark me hacía miraditas cuando lo metía en mi boca y yo, ni corta ni perezosa, lo hacía peor.

Después de desayunar, nos vestimos para ir a pasar la mañana por el pueblo, de cervecitas y tapeo, a lo español.

Noel nos saludó con una sonrisa de oreja a oreja al vernos salir, al igual que hizo Vera cuando pasamos por recepción. Debían de estar todos flipando con nosotros dos.

Caminamos calle arriba, donde la plaza estaba de lo más animada con las terrazas llenas de gente, aunque íbamos con calma dando un paseo y cogiendo alguna que otra callecita para bajar el desayuno antes de liarnos con las cervezas.

Antes de cruzar la carretera que daba a la plaza y donde me caí, Mark me cogió en brazos haciendo la gracia de asegurarse de que no volvía a pasar.

—Eres un payaso.

Le gritaba desde sus brazos.

—Todo lo payaso que quieras, pero dos veces en el mismo sitio no.

—Bájame, nos están mirando.

—Y sonriendo. El pueblo es muy simpático.

Me llevó así hasta una terraza donde me bajó a pie de mesa, donde el camarero sonreía mirándonos.

Pedimos un par de cervezas.

En ese momento le entró una llamada y me pidió permiso con un gesto de cabeza. Se apartó para hablar tranquilamente.

Lo veía escuchar con atención y de vez en cuando hablaba. No se le veía alterado y tampoco pensaba que fuera ella. Estuvo como diez minutos.

—Perdón, eran cosas del trabajo.

—Tranquilo. Felicidades por trabajar hasta los domingos.

—Y de madrugada si hace falta. —Me hizo un guiño.

—No me lo puedo creer.

Reí al ver a mi hermana, que también nos había visto y venía directa hacia nosotros.

—No veas cómo os gusta empinar el codo.

Me dio un beso en la mejilla y a él un tiro con una pistola imaginaria.

Christian me dio otro beso y la mano a Mark. Les invitamos a sentarse, aunque mi hermana ya lo estaba haciendo.

—No veas qué pesada es la madre de este.

Señaló a Christian, que reía mirándola sin importarle una leche lo que estaba diciendo mi hermana.

—Es su madre, un respeto.

Le reprendí.

—Pero es que es todo el día llevándonos cosas, según ella para que no tengamos que cocinar. Mi teoría es que nos tiene más vigilados que un espía.

—Encima que la pobre mujer os lleva cosas…

Tal y como Mark pronunció esas palabras, yo vi en la mirada de mi hermana que el disparo iba a venir esta vez de su boca.

Me reí mirándola.

—Tú más vale que te calles, que lo que le tengo que rajar a mi hermana de ti va a ser lo más grande. El tiempo de pillarla sola.

—Puedes hacerlo tranquilamente.

La invitó estirando su mano.

—No, no, con tranquilidad en casa. Ambas a solas.

—¿Vas a dar mucho por culo?

—Hermana, ¿en serio te vas a poner de su parte?

—Eres tú la que estás atacando.

—¿Ella? ¡Qué va!

Soltó Christian con ironía y esta lo miró fulminante.

—A pajas vas a estar una semana.

La carcajada que le entró a Christian no fue tan grande como la que le entró a Mark, que dio hasta dos palmadas en la mesa.

—Habla bien, por favor.

—Si más claro que hablo es imposible.

—Bueno…

Quise dejar la conversación ahí porque me la conocía.

—¿Sabéis que el finde que viene son las fiestas del pueblo alto?

—Amor, no me habías dicho nada.

Le reprochó mi hermana.

—Pues no lo sabía.

Contesté yo mirando a Mark.

—Yo fui un año y están bastante bien —contestó mirándome.

—Podríamos ir los cuatro.

Propuso Christian, mirando a Mark.

—Por mí, perfecto.

—Por mí también.

Me animé.

—Que no se hable más.

Sentenció mi hermana.

—Podríamos reservar algo allí desde el viernes al domingo. Hay unas cabañas chulísimas.

—Pues si te parece, coges lo que mejor veas y luego ajustamos —le contestó Mark.

—Luego por la noche lo miramos, amor. Tiene que ser algo chulísimo para hacer vídeos para mis redes.

—Está bien.

Le hizo un guiño y mi hermana aplaudió emocionada.

La verdad es que eso de irse un finde a una cabaña con un pueblo en fiestas era un puntazo. El caso era sobrevivirlo a mi hermana, pero bueno, más o menos yo sabía llevarla y Christian le tenía el punto cogido.

Nos quedamos en la misma mesa tomando cervezas hasta que, al final, decidimos cambiarnos de terraza para comer los cuatro con algo más de calma.

Mi hermana se hizo con la carta en cuanto el camarero la dejó sobre la mesa y, como era de esperar, también con la decisión de qué íbamos a comer todos. Básicamente, nos obligó, entre risas, a aceptar lo que a ella le apetecía.

Pidió un par de *pizzas* familiares, una ensalada de pasta y unas tostas de queso con trozos finos de salchichas. Literalmente, íbamos a comer a su gusto.

Lo más gracioso de todo era que Mark se reía y le decía que sí a cada cosa que proponía, igual que Christian, que ya advertía entre risas que él no estaba para discutir.

La verdad es que tuve que felicitarla por el acierto con las *pizzas*, porque estaban riquísimas. Y eso que a una de Roquefort no le tenía mucha fe. Con las tostas me pasó igual; sin embargo, ese queso contrastaba de maravilla con las salchichas que llevaban, cortadas como si fueran pequeños trozos de embutido.

Después de comer nos fuimos a dar un paseo por un parque precioso que había en un lateral del pueblo y por el que pasaba un río.

Compramos unos helados que fuimos disfrutando mientras recorríamos los caminos del parque y veíamos a los cisnes que se paseaban por el agua mirándonos con curiosidad.

—¿Soy capaz de tirar el helado y darle en un ojo?

Bromeó mi hermana.

—Y yo te puedo dar una clase de hostia que no te la ibas a ver venir.

—Hija, qué poco sentido del humor tienes.

—No le veo yo mucho sentido del humor a ciertas cosas.

—¡Tiempo muerto!

Gritó Mark a la vez que ponía las manos en señal de pausa.

Mi hermana y yo nos echamos a reír. A veces nos daba por eso y otras por dejarnos de hablar un rato, pero era mejor esta opción.

El caso es que estaba muy ilusionada con el plan del fin de semana…

Capítulo 22



—¡Qué pasada!

Me quedé prendada al entrar en el salón de belleza y ver todo ya decorado y colocado por mi hermana, que no me dejó ayudarla porque decía que la pondría nerviosa y que prefería estar sola.

Se había tirado dos días viniendo a ratos a colocar y esta mañana, a rematar, como decía ella.

—¿Has visto, hermana?

Aplaudía emocionada dando saltitos.

—Tienes un gusto tremendo.

—Pues no sabes lo mejor de todo.

—Sorpréndeme…

—A las diez de la mañana puse en mi Instagram un vídeo anunciando la apertura para la semana que viene y poniendo de colaborador al hotel y a la nueva página del salón para que así llegara a los del pueblo.

—Qué bien.

—Son las once y cuarto —miró su móvil— y ya tenemos veintiuna personas pidiendo cita para la semana que viene.

—¿En serio?

—Y eso que todavía no lo he comenzado a mover en condiciones, pero claro, como siguen al hotel, más las personas que me siguen de Austria, es un gancho al etiquetar la nueva página para que también la sigan. El caso es que ya tiene mil doscientos seguidores.

—¡Olé!

Me puse a bailar en plan flamenca del WhatsApp y ella me siguió.

—¡Qué bien os lo pasáis!

—Hombre, cuñado.

Le dije a la vez que ponía una sonrisa de oreja a oreja.

—No lo llames cuñado, que este, hasta que no hinque la rodilla en el suelo y me ponga un pedazo de diamante en el dedo, no dejará de ser mi consolador para pasar a ser alguien en mi vida.

—Es tan fina.

Estiró su mano señalándola.

—Sí, ya…

Nos echamos a reír los tres.

—¿Y Mark? —me preguntó él.

—Se fue esta mañana hacia Viena, ya que tiene que reunirse con los directivos de su sede. Regresará esta noche.

—Hoy te vas a tener que consolar sola.

—Alexandra, deja de hablar con tanta vulgaridad, hija. Lo que me faltaba es que se te escape algo así delante de los clientes.

—Te recuerdo que soy *influencer*, a la que pagan las marcas, y que de cara al público soy peor que la Paris Hilton.

—Pues a ver si en *petit comité* te aplicas el cuento.

—No creo que suceda ese milagro.

—Mira —lo señaló—, él lo tiene más claro que tú y eso que me conoce menos.

Como estaba la puerta entreabierta, se asomaron tres señoras muy finas y elegantes. Sonreían diciendo que tenían muchas ganas de que abriésemos y que lo habíamos dejado precioso. Lo habían visto antes por Instagram, por la publicación de mi hermana.

Nos decían que íbamos a tener en ellas unas clientas fijas. Eran adorables.

Christian se marchó, ya que iba a hablar con los gestores de un tema del hotel, y yo me fui con mi hermana a la terraza a tomarnos un refresco.

—En dos días nos vamos al pueblo alto.

Aplaudía emocionada.

—Yo voy a ir ahora a comprar algunas cosas para llevar de conservas. Tengo algunas ideas.

Le comenté para los momentos en que nos quedásemos comiendo o cenando en la cabaña.

—Y para los desayunos. He visto en la web que la cabaña tiene cafetera de cápsulas, así que tendremos que comprar café. Mejor voy a ir contigo y te ayudo.

—Vale, de todas maneras quedan dos días y lo que no compremos hoy lo compraremos mañana.

Cogimos una lata grande de mejillones gigantes en escabeche, otra de solomillos de atún, una de pimientos asados y otra de atún ahumado de la almadraba.

Nos echamos a reír al ver que el origen de varios de los productos era España.

Dejamos la bolsa en la casa, que estaba muy cerca, y entramos al súper para coger los cafés, dos paquetes de pan de molde, Nutella, mantequilla, mermelada, beicon y una docena de huevos. Todo pensado para llevarlo a la cabaña y poder preparar allí los desayunos con calma.

Antes de llegar a la caja, mi hermana se hizo con varios paquetes de patatas, chuches, galletas y frutos secos.

No me pillaba por sorpresa…

—Tenemos que llevar víveres de picoteo.

Se excusaba aguantando la risilla.

—Claro que sí, como si allí fuésemos a pasar hambre.

—Pero estas cosas también se apetecen.

Pagamos la compra y nos metimos en la casa a preparar la comida. Bueno, yo, porque ella tenía que contestar propuestas de las redes y, además, evitaba la cocina a toda costa.

Cocí los macarrones para hacerlos a la boloñesa. Además, empané unos filetes de cerdo para freírlos y acompañar la pasta.

El filete lo ponía encima de la pasta, con queso derretido por encima. Quedaba el plato espectacular y estaba de lo más delicioso.

—Está insuperable, hermana. Desde luego que si de algo tengo que dar gracias a la vida es de tener a la mejor chef en mi vida.

—No eres más pelota porque no te esfuerzas.

Se me escapó una risilla y a ella se le escapó otra.

—Está riquísimo, de verdad.

—Ya, pero lo de la mejor chef…

Volteé los ojos.

—Para mí lo eres, al igual que otras cosas muy bonitas que tienes.

—¿Me estás peloteando porque me quieres pedir algo?

—Sabía yo que también eras la mejor vidente del mundo.

—Tienes un morro…

Me eché a reír.

—Hazme la tarta mousse de limón.

Juntó sus manitas y miraba al cielo como si estuviera implorando. Me eché a reír al verla. Me encantaba cuando se ponía así con sus cosas.

Claro que se la iba a hacer. No me costaba nada y, además, así me entretenía, ya que hoy no vería a Mark.

Los dos días anteriores pasé las tardes con él, pero a la hora de venir me venía para mi casa. Era como si lo de dormir fuera fuese cosa de fin de semana. Era lo mismo que hacía mi hermana y, por ese hecho también, quería estar con ella aquí.

Mark por las mañanas trabajaba en sus cosas con su ordenador, que tenía en la *suite*, y así tenía la tarde tranquila para estar conmigo. Aunque no por eso dejaba de pedirme que subiera a tomar algún que otro café con él. Era yo la que no quería molestar.

Además, por las mañanas tenía mis rutinas de ir al hotel, revisar las reservas, leer las recomendaciones o quejas que dejaban en el buzón los clientes y comprobar que todo estuviera bien.

Con el tema de la peluquería, mi hermana ya había hecho unas entrevistas el día anterior en el salón y tenía dos claras candidatas a las que les confirmó que eran las seleccionadas.

¿La gracia? Dos hermanas mellizas como nosotras, con la misma edad y todo. Eve y Amanda. En su caso, ambas eran rubias con los ojos verdes.

Yo las vi de lejos y me parecieron estupendas, ya que tenían mucha presencia y saber estar. Me gustaba observar desde la distancia.

Después de comer, comencé a preparar el pastel para mi hermana mientras ella fregaba.

No dejaba de hablarme del salón y me hacía inmensamente feliz verla tan motivada e ilusionada con todo.

Mi padre ya había mandado sus cosas para aquí esta mañana y las cajas llegarían el lunes.

Llegó a un acuerdo con su socio el mismo domingo que quedó con él y firmaron todo ayer, en dos días. Así que ya contaba con su dinero y estaba dejando la casa lista para darle las llaves el lunes a la gestora inmobiliaria que se encargaría de todo. Ese mismo día regresaría a Austria, ya que quería estar en la inauguración del salón de belleza.

Capítulo 23



Christian se había cogido el viernes libre, pero llevaba el teléfono encima. Así que a las nueve de la mañana estábamos todos en la puerta del hotel para irnos en el coche de Mark.

Todos aparecimos cargados con bolsas para comer y beber en la cabaña. Me quedé a cuadros. Y eso que también íbamos a comer en las casetas de las fiestas del pueblo.

—A empujones vamos a tener que meter todo en el maletero.

Me quejaba riendo y negando a la vez.

—Pero si este hombre tiene aquí toda una bodega de avión en lugar de un maletero.

Mi hermana, cómo no, exagerando. Aunque era verdad que era amplio, pero joder, que parecía que nos íbamos un mes.

Calma, que entró todo. Respiré aliviada.

Me senté atrás con mi hermana y dejé a Christian con Mark delante. Hecho que mi hermana respondió poniéndome cara de asco.

—Hija, que no se va a escapar, que lo tienes ahí delante.

—Por eso. Él tiene que ir al lado o detrás, nunca por delante.

—Pongo música —dijo Mark.

Nos provocó una risa inmediata. Estaba claro que lo decía para zanjar la conversación, porque conocía a Alexandra y sabía perfectamente que, si la dejabas arrancar, se venía muy arriba y al final terminaban los dos cobrando por todos lados.

Mi hermana se pasó todo el camino eligiendo las canciones que sonaban en el coche, todas en español y sin tener la más mínima piedad de ellos. No dejó espacio para negociar. Lo que me reí fue poco cuando, de repente, empezó a sonar Camela a todo volumen. La cara de Mark y de Christian era digna de foto.

Entre risas, comentarios y algún que otro intento fallido de cambiar la música, el trayecto se nos pasó rápido.

Llegamos a la cabaña, que estaba a pie de un nacimiento de río. El lugar era precioso. Había un montón de cabañas repartidas por la zona, cada una separada de la otra por parcelas valladas de madera que les daban bastante intimidad. El sonido constante del agua corriendo y el verde que lo envolvía todo hacían que aquel sitio pareciera sacado de una postal.

—Dime el código.

Le pidió Alexandra a Christian para sacar las llaves de la cajita.

En cuanto se lo dio, corrió a cogerlas y abrir la puerta. Ni vino a ayudar con las bolsas del maletero. Ella entró directa a bichear el interior de la cabaña.

—¡Tiene chimenea!

Y ella, pocas luces. ¿Qué gracia hacía que la tuviese en pleno julio?

—Ve encendiéndola, amor.

Christian era de lo más irónico. Mark se echó a reír con su comentario.

—Os voy a decir una cosa a los tres. —Nos señalaba con el dedo—. De esto que os reís es porque tenéis menos luces que yo, os lo garantizo. Y os voy a dar la explicación para que veáis lo ignorantes que sois por juzgar y reíros antes de pensar.

—Venga, suelta, vida.

—Yo sabía que había chimenea y, obvio, que es verano, pero yo, la más lista del grupo, eché ropa de invierno para estar en interior, cómoda, encenderla y grabar unos vídeos para tenerlos cuando llegue el frío. Eso se llama contar con contenido de emergencia.

—Guau, vida, me acabas de dejar en *shock*. Pues sí que pensamos poco.

—Eso, tú anímala.

Volteé los ojos mientras negaba con la cabeza y me reía.
—Pues ahí la lleváis, chulos. Una que es creativa.

Besó su mano y nos tiró besos al aire.

Conforme iba vaciando las cosas en la cocina, más me daba cuenta de que aquello no podía ser real.

—En serio, ¿vosotros veis esto normal?

Les mostraba el frigo hasta la bola y los muebles.

—Nos iremos de aquí rodando.

—Christian…

Bufé.

—Hermana, tenemos diez días para consumirlo.

—¿Cómo que diez días? Nos vamos el domingo, pasado mañana.

—No te entendió —señaló a Christian, que aguantaba la risa—. Te dijimos hasta el domingo… pero de la semana que viene.

—Yo he traído el portátil —respondió Mark.

—Y yo he traído solo ropa para tres días.

Protesté rebufando.

—Tranquila, hermana, yo te preparé una bolsa con tu ropa para una semana.

—¿Y por qué no me lo habíais dicho?

—Porque hubieras puesto excusas.

—El lunes se inaugura el local, ¿no lo recuerdas?

—Sí, y allí estaremos, pero por la tarde nos volvemos.

—Pero ¿y los demás días?

—Iré por las mañanas y me volveré por las tardes, está todo pensado. El lunes, cuando regresemos, nosotros vendremos en el coche de Christian y así iremos todos los días al pueblo para trabajar.

—Madre mía, cómo se os va la olla. ¿Por qué no me has dicho nada, Mark?

De mi hermana sabía que no podía esperar gran cosa y que le gustaba jugar al misterio conmigo.

—Me dijeron que era la única forma de sacarte de allí diez días y la verdad es que a mí también me apetecía.

Estaba alucinando…

—¿Sabes que papá llega el lunes?

—Sí, ¿y? Ni que tuviésemos que darle de comer. De todas maneras, hay otra habitación aquí y se puede venir algunos días.

—No sé, habíais podido decírmelo. De todas maneras, paso, estoy flipando, y aún no entendí que fuese la única que no lo sabía.

—¿No te gusta el lugar?

—Me encanta, Mark, pero eso no quita que me sorprenda saber que no vengo por tres días, sino por diez.

—Está todo controlado y yo iré todos los días al pueblo.

Se justificaba mi hermana.

—Y yo estaré en el hotel cada día.

—Ya lo sé, Christian, por eso no veo la gracia en que me lo hayáis ocultado.

—Hermana, tú tantos días no dejas aquello así porque sí.

—Bueno, lo que tú digas.

Mark me miró, entendiendo que no me había hecho la menor gracia que me lo ocultasen, pero era la verdad: no entendía ese misterio ni que supusieran por mí.

Christian comenzó a pelar patatas para que hiciésemos una tortilla y Mark preparó una tabla con picoteo para tomar una cerveza mientras tanto.

Mi hermana no dejaba de grabar vídeos mientras entraba y salía de la cabaña. Me tenía nerviosa.

Mark me pellizcó la nalga buscando algo de complicidad y de alegría en mi cara, esa que seguía con el semblante serio.

—Tú al final has demostrado que tienes cosas de bombero retirado. Esas cosas se hablan conmigo y no con mi hermana.

—Las hablamos los dos.

—Hombre, Chris, ¿cómo no ibas a salir en su defensa?

—Si llego a salir yo, me coge por los pelos.

—Pero ¿tú no estabas grabando vídeos?

—Sí, pero no soy sorda.

Me hizo una burla y negué.

Se me fue pasando el enfado que sentía por dentro al no entender nada. Me parecía un absurdo que yo no me hubiese enterado desde el principio, pero tampoco iba a dejar que eso me chafase la estancia.

Estaba tranquila porque, si algún día necesitábamos bajar al pueblo, no habría problema, y a mi padre también me lo podía traer algún día, ya que hablaría con él cuando lo viese el lunes y lo animaría.

Preparamos la tortilla y más picoteo que sacamos a la mesa grande de madera de picnic que teníamos en nuestra parcela, mirando hacia el río que transmitía una paz increíble.

Esta parte de Austria tenía rincones maravillosos que iba descubriendo poco a poco y que me iban enamorando cada vez más de este país y de la vida que estaba construyendo aquí.

También estaba claro que una parte de mi felicidad tenía que ver con Mark, algo que me inquietaba y me removía por dentro.

¿Qué pasaría cuando se acabase el verano?

Era evidente que yo estaba dejando que todo fluyese y no quería adelantarme a nada, pero cada vez veía a Mark más enganchado a mí.

Capítulo 24



Al pueblo se llegaba por un caminito que quedaba apenas a cinco minutos andando; de todas maneras, no íbamos a ir hasta la mañana siguiente para pasar allí el día en las fiestas.

Habíamos pasado la tarde entre charlas, cafelitos y una merienda improvisada que se alargó más de lo que esperábamos. Ahora los chicos estaban encendiendo la barbacoa que tenía la parcela para preparar unas carnes que habían traído del pueblo. El olor a leña empezaba a mezclarse con el aire fresco que venía del río.

En esos momentos le estaba tirando unas fotos a mi hermana, que se había maquillado y puesto un *outfit* muy divertido y colorido. También le grabé algunos vídeos cortos a pie del río, aprovechando la luz suave que empezaba a caer sobre el agua.

—¿Qué tal? ¿Te gustan?

Estaba mirando las imágenes y los vídeos con atención.

—Eres toda una artista. No es que me gusten, es que me flipan. Menudo carrusel voy a poder subir.

Me echó la mano por el hombro y me dio tres besos en la mejilla.

—¿Por qué no me dijiste que veníamos por diez días?

Aproveché que estábamos apartadas de ellos para preguntarle.

—Eres consciente de que siempre di muchos problemas, ¿verdad?

—Verdad verdadera.

Sonreí al ser consciente también de que, por una vez en su vida, lo reconocía.

—Estoy haciendo de tripas corazón para confirmar algo y necesitaba un motivo para tenerlo conmigo el máximo tiempo durante bastantes días.

—¿A Christian?

—Sí. Tengo serias sospechas y si te lo decía, ibas a entrar en cólera, porque me he ganado el que no confíes en mí. Te prometo que no estoy dando palos a ciegas.

—¿Y Mark qué pinta en lo de tantos días?

—Hablé con él y le pedí, por favor que aún no te contase nada y que apoyara el venirnos diez días.

—Pensé que era cosa de Christian.

—No, fue mía. Mark me pidió que le confiase esas serias dudas que tenía y se lo conté. Me apoyó enseguida y me dijo que me ayudaría a terminar de confirmarlas. De ahí que aceptase venirse diez días.

—¿Qué dudas tienes?

—Nos está robando como unos veinte mil euros al mes en facturas falsas y arreglos o compras inexistentes, pero no a nosotros, al abuelo también le estaba robando.

—¿Y de dónde dedujiste eso?

—De una conversación. Él creía que dormía y se fue a la terraza de su salón. Yo aparecí por esta y no me vio ni escuchó porque estaba de espaldas. Ahí fue la primera vez que lo escuché decir que inflase la factura de la obra de la peluquería en diez mil euros.

—¿En serio?

—Y tanto. Además, he entrado en varias ocasiones en su ordenador cuando se ha estado duchando y he visto cómo facturas que teníamos él las tenía como factura inicial con importes muy por debajo de los que nos llegaban formalmente. Tiene toda una trama con empresas que nos surten y de las que se está beneficiando claramente.

—Como eso sea verdad, me voy a llevar el mayor palo de mi vida.

—Lo estoy atando todo y quedándome con pruebas que tiene Mark, porque me va a ayudar con el tema legal con sus abogados y con todo. Tiene gente comprobando la veracidad de las facturas y trabajando en los valores reales del mercado para que podamos demostrar mejor la estafa.

—Qué fuerte me parece.

—Fuerte yo, que me lo sigo tirando para llegar hasta el final de los hechos. Menos mal que es guapo y está bueno, que si no, cualquiera era la guapa que aguantaba las fatiguitas.

Me tuve que echar a reír con su comentario, pero la verdad es que me iba a costar un mundo disimular. Si todo esto era verdad, me parecía de una asquerosidad por parte de Christian que no sabía cómo lo iba a gestionar.

—Tienes que ser fría, hermana.

—Tranquila, pero no veas lo que me va a costar.

Me explicó lo importante que era tenerlo aquí todo el tiempo, menos las horas de trabajo en las que se fueran al pueblo.

En resumidas cuentas, Mark en muchos momentos lo entretendría y ella miraría el portátil y tiraría fotos para tener todo argumentado; por otro lado, estaba muy pendiente de esas llamadas que él recibía y se escondía para escucharlo.

Regresamos junto a ellos y Christian nos sacó dos cervecitas fresquitas.

Sonreíamos como si nada pasase…

Mi hermana, que sus luces eran las justas para pensar, sacó una botella de *whisky* con cuatro vasos de chupitos y los rellenó.

—Aquí bebemos como héroes o nos cagamos como siempre hacen los villanos.

Levantó su mano con su vaso y me tiré a por otro del tirón. Total, mejor iba a ser que me bebiese un par de ellos y salir un poco de la triste realidad.

¿Cómo podía ser que una persona a la que vi siempre ejemplar y de la que tan bien habló mi abuelo ahora resultase ser un ser codicioso y sin escrúpulos?

—Por la vida.

Me salió en voz alta cuando no era mi intención, a la vez que levantaba la mano.

—Por muchos momentos así.

Sí, ese comentario lo hizo Chris, el mismo que tenía a seis ojos apuntándolo mientras él no se daba cuenta.

Me iba a costar un montón hacer de tripas corazón y actuar como si nada sucediese.

Hicieron un variado de carne: filetes, churrasco y chuletas. Además, mi hermana había traído un bote con nuestra salsa de barbacoa favorita que hacían en nuestro restaurante.

Nos sentamos en la mesa de picnic, que era cómoda y amplia. Notaba que Mark estaba muy pensativo, aunque, a su vez, sonriente. Imaginé que era por la presión de también tener que fingir que no pasaba nada cuando se había volcado en ayudar a mi hermana con esta situación.

—Te estás pasando con las cervezas.

—Hermana, pues verás cuando acabe la cena y comience por derecho con los chupitos.

Volteé los ojos con su comentario y los chicos rieron.

—No te pases.

—Estamos de excursión.

—La excursión más larga que he visto en mi vida.

Este comentario de Chris nos hizo reír, pero imagino que los tres pensamos lo mismo, y es que todo esto era gracias a él, y no por una manera bonita precisamente.

Lo más jodido fue cuando acabamos la cena y comenzamos con los chupitos mientras seguíamos con la cerveza.

¿A que no sabéis a quién le subió más? Pues sí, al señor Chris.

¿Y qué le dio por hablar al chiquillo, como diríamos en mi tierra? Pues de mi abuelo, con una emoción que parecía que se le había ido lo más grande del mundo.

Estaba flipando…

Escucharlo con voz entrecortada y haciendo el papel del siglo me parecía que era, como poco, para darle un Oscar y dos hostias a mano abierta, pero bueno, tenía que dejar que todo siguiera su curso y poder demostrar que el ejemplar era todo un demonio por dentro.

Estuvimos hasta las doce de la noche, en la que ya nos fuimos a las habitaciones, y estuve hablando con Mark en bajito de que ya lo sabía.

—Confía en mí y en cómo lo está haciendo tu hermana.

—Lo hago, Mark.

—No te preocupes absolutamente de nada, que todo se hará de la mejor forma. Tengo buenos equipos respaldándome.

Me dio un beso y me hizo un guiño.

—Lo imagino.

Suspiré.

—Además, ¿y lo bien que lo vamos a pasar estos días juntos?

—Me gustaría traerme a mi padre algunos días.

—Pues el lunes se lo comentas en la inauguración y verás cómo lo convences.

—Seguro que sí.

Sonreí porque tener su apoyo en todo era algo que me enriquecía el alma.

Capítulo 25



Si algo tenía claro es que no había mejor amanecer que en estos brazos que recorrían todo mi cuerpo encendiéndome de buena mañana.

—Mark, por Dios.

Me reí a la vez que me arqueaba de placer por la succión que me estaba haciendo en mis partes.

—O te callas o te pongo un calcetín en la boca.

Asomaba su cabeza con esa mirada de lado y la sonrisa pecaminosa.

Me dejé llevar y terminé con la almohada sobre la cara para que no se me escuchase el placer en forma de gemidos.

Al no escuchar a los chicos, nos fuimos a la ducha juntos, donde se cobró su parte poniéndome en mil posturas bajo el agua.

Nos vestimos y salimos hacia el exterior, momento en que llegaron mi hermana con Chris de comprar en el pueblo pan recién hecho al horno. Era una telera tipo campo.

Expresé cara de felicidad a pesar de la sensación tan fea que me estaba originando Christian, pero claro, tenía que disimular y seguir fingiendo que nada sucedía cuando nos estaba robando a mano armada.

A pesar de que el pan venía recién hecho, sacamos rebanadas grandísimas que tostamos para que quedasen mejor.

Todos nos la pusimos con mantequilla y mermelada, menos mi hermana que, cómo no, le echó un kilo y medio de Nutella.

—Y encima no engorda.

—A mí no me metas, que yo estoy desayunando lo mismo que vosotros.

Me reí contestando al comentario de Mark.

—Bueno, pero que tampoco te quedas atrás con otras cosas.

—Muy bien dicho, cuñado.

—Come y calla.

La miré fulminante.

Mi hermana pasaba de todo y se reía feliz. Me estaba resultando increíble la manera en que se estaba tomando todo lo de Christian y lo poco que le afectaba o lo bien que fingía. En realidad, lo mismo me pasaba a mí.

—Qué ganas tengo de enfundarme el vestido típico.

Miré a mi hermana con los ojos abiertos, impresionada por ese comentario.

—¿Tienes un vestido de esos para hoy?

—Dos, por si te animas. Los alquilé en el pueblo.

Sonreía mordisqueando su tostada y mirándome a la espera de mi contestación. Mark y Christian se reían sin remordimientos.

—¿Yo disfrazarme en verano? ¡Ni que fuese carnaval!

Rebufé.

—No llames carnavales a una tradición de un país, ¿acaso en España nos disfrazamos en la feria?

Tuve que aguantar la risa por la cara de orgullo de Chris al ver cómo mi hermana defendía la tradición de sus pueblos. Pobre iluso.

Mark hizo un gesto que entendí a la perfección. Cada vez me estaba riendo más.

—Al menos no se lo ha tomado a mal.

Decía mi hermana a la vez que le daba un codazo a Chris, que se reía de verme con la carcajada suelta.

—Anímate, cuñada.

—¡Que no le digas cuñada! Aún no vi el diamante en mi dedo ni a ti de rodillas. Y con lo que ganas, debes de tener guardada una fortuna.

Le dijo la descarada con un doble sentido que entendimos todos menos él.

—¿Yo? No tengo nada. La rica eres tú, que tienes media parte del hotel, de la casa y de los locales.

—Por eso no me voy a casar contigo, porque soy demasiado partido para ti.

Le hizo una burla.

—Tranquila, con disfrutar de tu amor soy feliz.

Sonreía el muy falso, descarado y ladrón. ¡Qué asquito le tenía!

—Cualquier día te mando a freír espárragos, como decimos a la española.

—Pensé que mandabais directamente a la mierda.

—Tú juégatela conmigo y verás los viajes que te vas a meter. De esos que muy pocos tienen el privilegio de disfrutar y de larga estancia. Vas a estar más tiempo que Mark en el hotel.

Conociendo a mi hermana, se estaba refiriendo a la cárcel. Yo no podía ni aguantar la risa al ver las expresiones de Mark.

—¿A las Maldivas? ¿Y qué pasa con mi trabajo? Solo tengo cinco semanas de vacaciones al año.

La intentaba picar sin saber que iba a recibir por todos lados sin darse cuenta.

—Tú tranquilo, que tu trabajo se encargará de darte las vacaciones que sean oportunas.

—¿Cobrando?

—Y tanto que vas a cobrar.

Cuando le respondió eso se me hizo la carcajada más fuerte aún.

—Entonces, qué, ¿no te vas a animar a vestirte con ella?

—Christian, qué pesadito eres, hijo. Vístete tú, que debes estar monísimo.

—Si Mark y yo también nos vamos a vestir, hemos traído nuestros trajes típicos.

—Y será verdad.

Negué volteando los ojos sin querérmelo creer.

La gracia fue que los tres se fueron hacia dentro haciendo la broma y aparecieron con todos los atuendos puestos.

—¿Mark? ¿Tú también?

No me lo podía creer. No sabía si reír, llorar o irme directamente a ponerme el mío para no ser la rara del grupo.

—A mí me han dicho que me pagan todo el día de cervezas y consumiciones en la calle si me vestía y yo tengo que mirar por mi bolsillo.

Se encogió de hombros y me hizo un guiño.

—¿Y te gastas un pastón mensualmente en una *suite*?

—Estoy conquistando a la dueña para ver si me hace una rebaja.

—Para que mi hermana te haga una rebaja, le tienes que regalar un pedazo de anillo e hincar la rodilla.

—No, a mí no.

Me reí contestando rápidamente.

—Venga, vamos, hermana, vístete como nosotros o disfrázate de lo que quieras.

—Dios mío, ¿qué hice yo para merecer esto?

Miré al cielo juntando mis manos.

Entré en mi habitación, donde mi hermana había dejado mi vestido. La verdad es que era muy bonito y me transportaba a otra época, pero joder, me daba un palo increíble verme con ese atuendo.

Me reí al recordar a Mark con esa ropa.

No me quedaba otra que ponérmelo y no ir como la rara del grupo. ¿Qué más me iba a pasar o enterar en estos días? Por lo que veía, venían pisando fuerte y hasta algunos con estrategia. Estaba flipando.

Me vestí y me coloqué frente al espejo que había en la habitación. Solté una carcajada, pero oye, que me veía guapa y todo.

Cogí el maquillaje y me puse un poco de rubor; aproveché la brocha para terminar de descargarla en mi párpado, máscara para las pestañas, un poco de labial con su brillo encima y listo.

Eran trucos que había adquirido de mi hermana para un maquillaje natural y fresco en menos de un minuto.

Estaban en el porche tomándose una cervecita mientras me cambiaba. Al verme, a Mark se le iluminó la cara y mi hermana se llevó las manos a la boca.

—Pareces una verdadera austriaca.

Sonreí con el comentario de Chris.

—Hermana, estás guapísima.

—Lo confirmo —dijo Mark.

—Alexandra, deja de hacerme fotos.

Cogí la cerveza de ella y le di un trago, mientras reía nerviosa por las miradas que me echaba Mark.

Capítulo 26



Comenzamos a caminar hacia el pueblo por la misma carretera que llevaba a la avenida principal.

Mi hermana iba delante dando saltitos, de la mano de Chris, y nosotros detrás muertos de risa. Mark dejaba caer su brazo sobre mi hombro con naturalidad, acercándome a él mientras avanzábamos despacio.

Alexandra aquello lo vivía y lo disfrutaba al máximo, a pesar de tener que aguantar al otro a su lado como si nada pasase. Según ella, hasta le daba morbo…

La entrada del pueblo, que desembocaba directamente en la avenida principal, estaba toda decorada con triángulos de color rojo y blanco, los colores de la bandera nacional, que colgaban de un lado a otro de la calle moviéndose con la brisa.

A cada lado había casetas de madera llenas de productos de la zona para comprar y pequeños bares improvisados donde comer o beber. No se veía a nadie vestido sin la ropa tradicional; menos mal que me la puse, porque si no, la vergüenza hubiera sido triple.

Mi hermana se detuvo ante una caseta donde estaban haciendo unos chorizos a la parrilla que preparaban entre dos trozos de pan de campo, como si fueran unos montaditos.

Mark pidió cuatro y los pagó, hecho que le rebatió mi hermana porque se suponía que él no pagaría nada. Nos teníamos que reír con las cosas que le decía.

El chorizo estaba riquísimo y picantito. Había sido todo un acierto probarlos. Al regreso compraríamos para hacerlos en la cabaña, ya que la mayoría de los productos estaban también a la venta.

Más que una fiesta, lo veía todo como un mercado tradicional, pero la verdad es que era una preciosidad y estaba de lo más animado. Había música, risas, gente brindando y ese ambiente festivo que te envolvía sin darte cuenta.

Nos acomodamos en unos taburetes junto a una mesa libre y nos pedimos cuatro cervezas y unas patatas bravas caseras por recomendación de la camarera, que era muy simpática.

Mark no dejaba de mirarme y hacerme fotos; parecía que se le había pegado lo de mi hermana. Por más que le reprendía, menos caso me hacía.

La realidad es que me sacaba una sonrisa tras otra, y eso no había dinero que lo pagase.

Christian estaba en su salsa porque era de esas personas que amaban su país y, aunque no lo recalcase, se le notaba a la hora de hablar de algunas de sus cosas típicas o de los lugares de la zona.

A Mark lo veía relajado y pendiente de mí. Me encantaba esa preciosa sonrisa que siempre llevaba por bandera cuando se le notaba cómodo, a pesar de saber que aquí había un cuadro de falsedad por lo que estaba haciendo Christian.

Solo de pensarlo se me revolvía el estómago…

Llegó un grupo de baile nacional que comenzó a dar su espectáculo en medio de la avenida. Mi hermana no dudó en ponerse delante para que le tirásemos fotos.

Nos sentamos de nuevo para seguir disfrutando del espectáculo y las cervecitas.

—Mucho no se quiebran con los pasos. Les prestas unos zapatos de flamenca y terminan todos sin tobillos.

El comentario de mi hermana me hizo estallar en risas porque estaba pensando lo mismo.

—A mí no meterme.

Soltó Mark levantando su jarra de cerveza y poniendo cara de felicidad plena.

—Los alemanes también tienen tela.

Mi hermana no se callaba ni con un jarro de agua fría. Tenía comentarios para todos, pero ella estaba en su salsa, vestida como mandaba la tradición y mirándose constantemente en la cámara del móvil por si tenía que retocarse el maquillaje.

Llevaba su buen bolso al hombro en tonos marrones y ocres, a juego con la ropa que lucíamos. Bonita era para no ir perfectamente combinada.

—Estoy por pedirle al DJ que nos ponga a Maluma.

Me salió en alto, porque joder, ya habían terminado el *show* y seguían con esa música tan deprimente.

—A mí se me ha ocurrido una cosa mejor.

No nos dio tiempo a frenarla cuando ya iba para la caseta del DJ, que estaba enfrente y muy cerquita.

—No me lo quiero ni imaginar…

Volteé los ojos y suspiré.

Mark recibió una llamada y se apartó a hablar. Christian fue a coger un cartucho de patatas al bastón que estaban haciendo justo al lado de donde tomábamos las cervezas.

En todos lados de la fiesta se podía consumir en un bar y traer tapas de donde se quisiera. Era una forma de apoyarse unos a otros y a mí me parecía precioso.

—Era Anne, que dice que está embarazada de mí.

—¿¡Cómo!?

Esa pregunta fue al unísono con mi hermana. Se me acababa de subir la sangre a la cabeza.

—Es broma, era de trabajo.

Su risilla me daba ganas de quitársela de golpe.

—Hermana, ¿le das la colleja tú o se la doy yo?

—Las dos.

Ni lo pensamos ni le dio a él tiempo de esquivarlas. Se la dimos bien dada mientras que Chris se tapaba su nuca con las dos manos, como si a por él fuésemos a ir también.

—Eso no es una broma.

Le recriminé después de la colleja.

—¿No decías que en España os lo tomabais todo con humor?

Se rascaba la nuca.

—Con humor te vas a tomar tú la que yo te devuelva. Prepárate porque no te la vas a ver venir.

—Hermana, yo te ayudo a idearla.

—Esta se apunta a todo —dijo Chris con la risilla suelta.

—Te la has ganado.

Alexandra le cogió desprevenido y le dio sin que le diese tiempo a reaccionar. El camarero que venía a traernos las cervezas se reía mientras ponía cara de alerta por si cobraba él también.

Como a mi hermana le diese por pasarse el día repartiendo collejas, esos dos iban a terminar en el traumatólogo en dos días.

Había algo que me preocupaba y es que, aunque conocía a mi hermana, siempre se podía dar el caso de que terminase enamorada del que menos le convenía. Y eso me daba terror: que, a pesar de que supiera cómo era Chris y de que se descubriese todo, no pudiese desengancharse de él y lo pasase mal o hiciera cualquier tontería.

Nos bebimos unas cuantas jarras antes de ponernos a bailar en una discoteca al aire libre que había acabado de montar el DJ al comenzar a poner música comercial. El centro de la avenida se puso de lo más animado, y eso que eran solo las tres de la tarde.

A las siete teníamos un puntazo grandísimo, como se decía en mi tierra. El que mejor iba era Mark, que estaba como una rosa, pero con su puntito divertido.

Yo iba agarrada de su brazo arrastrando las piernas. Cada vez veía más lejos la cabaña y no paraba de rebufar mientras Mark se reía.

Mi hermana iba delante con Christian, también enganchada a su brazo y cantándole a todo pulmón a Karol G.

Llegamos a la cabaña y pusimos las bolsas en la cocina con todos los productos que habíamos comprado de la zona.

—¡Barbacoa! —gritó mi hermana.

—Eres un pozo sin fondo.

Solté una carcajada cuando le contesté eso porque me hizo un corte de manga, y yo intenté hacerle otro, pero no tenía ni fuerzas para darme a mí misma.

—Amor, yo quiero chorizo picantito con ese pan.

Señalaba a la pieza que habíamos acabado de comprar, que tenía una pinta increíble.

—Yo te hago el chorizo picante y hasta las costillas de cerdo.

—Obvio, porque las costillas las quiero yo —le respondí.

—Eso, hermana, vamos a pedir mucho y que sean nuestros chefs.

Chris la miraba embelesado. Se estaba ganando varios Oscar el tío, sin escrúpulos ni dignidad.

Me mentalicé para no calentarme a mí misma porque podía soltar sapos por la boca y no era el momento.

La cena quedó deliciosa con el surtido de cositas que le habían puesto a la barbacoa. La gracia es que ninguno nos habíamos cambiado y seguíamos con los atuendos puestos.

Me encantaba la paciencia que tenía Mark y el humor que le ponía a todo.

¿Sería parte de mi destino?

Capítulo 27



Nos habíamos levantado mucho mejor y no como el día anterior, que fue de resaca y estuvimos todo el día hechos polvo.

Mi hermana y Chris se habían ido temprano, ya que él tenía que trabajar y ella terminar de rematar la inauguración que sería en unas horas.

Desayunaba relajada con Mark en el exterior, en un silencio precioso interrumpido por los sonidos de la naturaleza o de algún coche que pasaba de tanto en cuando.

Mi padre me envió un mensaje de que ya estaba en un taxi de camino al pueblo. Acababa de aterrizar hacía un rato.

Nos habíamos ofrecido a ir a recogerlo, pero como estábamos al otro lado de la dirección del aeropuerto y el pueblo nos pillaba en medio, pues dijo que nos veíamos en la inauguración, así le daba tiempo tranquilamente a acomodarse.

Había dado la señal de la casa que le gustó antes de irse y en esta semana firmaba la compra y ya se iba para allí.

Todo estaba saliendo bonito; lo único que lo enturbiaba era el canalla de Christian, que nos había estado engañando a todos con esa cara de no romper un plato y de mirar por nosotras, según él.

No le quería preguntar a Mark sobre los contactos que estaba usando ni la información que estaba manejando sobre Christian porque no quería parecer una entrometida. Demasiado que estaba ayudando.

En estos momentos hablaba por teléfono mientras yo seguía desayunando. Estaba apartado unos metros, dando vueltas sobre un mismo sitio. Estaba convencida de que era algo de este tema.

Estaba deseando hablar con mi padre, aunque mi hermana lo iba a poner al tanto de todo mientras Christian trabajaba.

Tenía claro que yo iba a coger la dirección del hotel en cuanto largásemos a ese sinvergüenza. Además, aparte de estudiar la carrera de Turismo, hice un máster de dirección de Hoteles que me pagó mi abuelo para que pudiese complementar mis estudios y que ahora me iba a venir genial.

—Todo va a ser más rápido de lo que pensaba.

Se acercó a la mesa y se sirvió un café del termo que habíamos preparado para no estar levantándonos.

—¿Te refieres a Christian?

—Sí. El grupo de delitos de la policía, en el que tengo un contacto muy fuerte, me ha dicho que esto está listo para detención. Será cuestión de tres o cuatro días como mucho. Tienen las suficientes pruebas e indicios para acusarlo de estafa. Saben hasta dónde está desviando el dinero porque no lo están ni derivando a su cuenta. Hay varios implicados.

Solté el aire cuando terminó de decirme eso. Era consciente de que nos quedaban momentos muy moviditos.

Terminamos de desayunar y, mientras él se duchaba, recogí la cocina. Luego entré yo mientras él barría la cabaña.

Nos fuimos hacia el pueblo, llegando allí sobre las doce de la mañana. Fuimos al salón a ver a mi hermana, ya tenía todo preparado para la inauguración, que sería a la una de la tarde.

El restaurante se estaba encargando de hacer todos los canapés que se ofrecerían, además de la bebida.

Mi hermana nos comentó que mi padre se había quedado a cuadros cuando le contó lo de Christian y que le parecía muy bien que hubiésemos tomado la decisión de ir a por todas.

Apareció por el salón y me dio un caluroso abrazo de lado. Saludó con un apretón de manos a Mark y una sonrisa de aceptación.

Nos fuimos los cuatro a la terraza a esperar a que a menos cuarto los camareros llevasen todo y entonces luego dar paso a la apertura de inauguración.

Brindamos con vino cuando apareció Christian.

—¿Qué pasa, que por aquí no me quieren?

—Mucho te queremos para lo poco que te vamos a querer como te portes mal.

Mi hermana las soltaba como verdades que sonaban a bromas de esas que ella decía sin pensar. Todos nos reímos, hasta Christian, mientras le daba la mano a mi padre antes de acomodarse con nosotros.

Mark se apartó hacia la acera de enfrente para coger una llamada.

—Escuchadme atentos los tres —pidió también a mi padre.

—¿Qué pasa? —le preguntó Alexandra.

—Acabo de descubrir algo muy gordo de Mark.

La cara de los tres fue un poema.

—¿Qué quieres decir?

—No sé si se llama Mark o no, pero nadie con ese nombre y ese documento nacional tiene empresas. Es más, hay un delincuente preso que sí se llama completamente como él.

»No existe ese documento coincidiendo con ese número. Es falso. Le he pasado la información a la policía para que me lo corrobore.

—Se vienen días moviditos —murmuró Alexandra, llevándose la mano a la frente y negando con la cabeza.

Mi padre me miraba tan pálido como lo estaba yo. ¿Quién cojones era Mark? Se me pasaban mil cosas feas por la cabeza: desde un narco a un terrorista, un sicario o vete tú a saber.

—Hermana, esto tiene que ser un secreto. —Me hizo un gesto con los ojos.

—Sí.

Contesté entendiendo que, al igual que sabíamos lo de Chris, esto sería un secreto que no podía decir hasta que la policía nos dijera quién era realmente este hombre.

¿Qué le había hecho yo a la vida para que el karma me la tuviese tan jurada?

Sentí cómo algo se me encogía por dentro. Todo se estaba volviendo demasiado oscuro, demasiado confuso.

Fui un momento al baño del restaurante porque necesitaba llorar. No dejaba de preguntarme quién era realmente Mark.

Vale que tuve que disimular con Chris, pero ¿cómo lo hacía con el hombre del que estaba coladita hasta la médula?

Respiré hondo varias veces frente al espejo antes de salir. Tenía que recomponerme.

Cuando regresé a la terraza, Mark ya estaba sentado. Le sonreí mientras me acomodaba a su lado, intentando que en mi cara no se notara el terremoto que llevaba por dentro.

Alexandra me comentó que mi padre había ido a la casa un momento y que ahora venía. Conociéndolo, había ido a coger una bocanada de aire después de la bomba que acababa de soltar Christian.

Todo aquello empezaba a parecer una película de suspense.

La única pregunta que me rondaba la cabeza era siempre la misma:

¿Quién era peor que quién?

Estaba pasando un mal trago de mil narices. Lo que sí que veía a mi hermana con una naturalidad que me dejaba pasmada.

—¿Estás bien? —me preguntó Mark.

La pregunta me vino a huevo.

—Me ha venido el periodo y me está dejando por los suelos.

—Vaya.

—Cuando me viene de esta manera me dura por lo menos diez días.

Puse cara de agobio.

—¿Y eso es normal?

—Sí, ya me hicieron mil pruebas y todo bien.

El caso es que el periodo me iba a venir en cinco días, así que tenía diez de margen para lo que se me había acabado de ocurrir.

Vamos, que lo último que se me ocurriría a mí era acostarme con él después de averiguar que no existía nadie que se llamara así, más que el que estaba en prisión. En el baño me dediqué a hacer un poco de equipo de investigación.

Estaba completamente desmoralizada.

Desde luego, solo de pensar que estábamos por las noches en la cabaña con un estafador y con un vete tú a saber qué, se me ponía la piel de gallina.

Los chicos se quedaron en la mesa y nosotras fuimos a colocar las bandejas que nos habían traído los camareros y la bebida.

—Yo solo de pensar que tengo que volver a la cabaña…

Puse cara de deprimida.

—Hermana, haz de tripas corazón. Aquí van a caer los dos como moscas.

—Yo he dicho que me he puesto con la regla.

—Ya te he escuchado, y por diez días, asegurando que no te toque.

—Pero no te rías.

—Hermana, vamos a salir triunfales de esta.

La inauguración estaba llena de gente y mi padre estaba siendo el objeto de muchas féminas viudas o separadas que charlaban con él de lo más animadas.

Todas tenían citas a partir de mañana, ya que el horario sería de nueve a cuatro porque así lo había decidido mi hermana y me parecía genial. Ella siempre podría salir un poco antes porque estaban las dos chicas mellizas, Eve y Amanda.

A ambas se las veía muy emocionadas hablando con las clientas, que estaban de lo más eufóricas con contar ya con un salón de belleza muy actualizado y moderno.

Mark me acarició la espalda.

—Vais a triunfar; se las ve muy animadas a todas.

Sonreí.

Mi alma estaba rota en mil pedazos porque no sabía quién era ni a qué se dedicaba, y encima estaba pagando un hotel cuya *suite* costaba un pastizal. Se me hacía un gran nudo en la garganta.

Lo peor de todo es que no quería mover ficha ni que me notase nada, pero me veía en medio de dos problemas de los que los únicos que estábamos al tanto éramos mi padre, mi hermana y yo. Entre ellos no se imaginaban que tanto el uno como el otro estaban siendo objeto de vigilancia.

Y encima cada uno tirando de sus fuentes policiales para joder al otro. ¿Cómo podría acabar todo esto? Ni me lo quería imaginar.

El caso es que lo de estar en las cabañas no me hacía ni la menor gracia y estaba claro que unos días más tendríamos que ir y fingir.

Todo se me escapaba de las manos y no sabía ya ni qué pensar, ni qué hacer, ni cómo actuar, ni mucho menos cómo hacer ver que no pasaba nada cuando sentía que mi mundo estaba patas arriba.

—Sé que lo estás pasando mal, hermana, pero disimula.

Habíamos entrado mi hermana y yo juntas al baño.

—No quiero ir a la cabaña con esos dos seres que no sabemos ni quiénes son, porque lo que dicen ser está claro que no.

—Hermana, uno a otro se van a tirar encima sin que nosotras movamos un dedo. Piensa en frío.

—Tengo muy mal cuerpo, te juro que lo estoy pasando fatal.

—¿Te crees que no lo noto? Te conozco como si te hubiera parido.

—Juntas, desde luego, estuvimos ahí dentro.

Reí por mi comentario y negué por la frustración que sentía.

Nos fundimos en un abrazo mientras nos prometíamos que íbamos a salir más fuertes de esto.

Mi gran tristeza es que amaba a Mark y tenía unos sentimientos encontrados bastante fuertes. Estaba consumida en la tristeza.

Cuando terminó la inauguración, nos sentamos los cuatro un rato en la terraza antes de irnos a las cabañas.

Mi padre se fue hacia la casa y quedé en que al día siguiente o al otro bajaría un rato a verlo.

La sensación era amarga y Mark pensaba que era por lo de Christian y viceversa.

Capítulo 28



Llevaba dos días en la cabaña y tenía una ansiedad que achacaba a la regla, cuando la realidad era que no soportaba estar ajena a todo lo que estaba pasando, a una verdad que para mí seguía siendo completamente desconocida.

Sentía que vivía dentro de una mentira constante, caminando sobre un suelo que podía romperse en cualquier momento.

Estábamos tomando el primer café y ya arreglados para irnos al pueblo, donde había quedado con mi padre para desayunar.

Mark tenía que hacer algo, por lo que no estaría con nosotros en ese momento, cosa que agradecía.

Dios sabe la de veces que tenía que ir al baño a romper a llorar y salir después fingiendo que no pasaba nada.

A él siempre le decía lo mismo: que me daba mucha rabia, dolor y tristeza lo de Christian. Lo peor de todo es que, según él, le dolía verme así por un impostor.

¿No era para hacerse un corte y no sangrar ni gota?

Recibió una llamada de dos segundos, colgó y…

—Nos tenemos que ir, van a detenerlo ya.

Esa frase no sé si me dolió, me alivió o me volvió loca.

¿Ya? ¿Y qué pasaría con él, que era un falsificador de documentos y usaba un número de identificación de una persona fallecida? Porque el día anterior le dieron las pruebas a Chris y me las enseñó.

Mark conducía a toda velocidad en el coche y yo no entendía esas prisas. Casi nos matamos en una curva y se lo recriminé a gritos, pero iba tan serio y cabreado que parecía no escucharme.

Todo me estaba dando mucho miedo.

Estábamos llegando al hotel cuando hizo una llamada en la que solo dijo:

—Dos minutos.

Y colgó.

No se escuchó a nadie al otro lado de la línea, solo el sonido de que descolgaron y volvieron a colgar.

—¿Qué está pasando?

—Luego hablaremos de todo, ahora no hay tiempo.

Íbamos llegando a la puerta del hotel y salieron un par de coches de policía de dos calles diferentes. Se nos puso uno delante y otro detrás.

Paró en seco en el restaurante, que por cierto estaba Chris con Alexandra tomando un café.

Nos bajamos rodeados de coches. Mark se fue hacia la ventanilla de uno de los policías y yo me dirigí a la mesa de mi hermana en *shock*, tanto como lo estaban ellos.

—No te muevas de ahí —dijo Mark apuntando con una pistola a Chris mientras se iba acercando.

—¿Eres poli?

Christian preguntó eso con una carcajada y yo me quedé blanca como la pared.

—Quedas detenido por blanqueamiento de capitales y falsedad documental.

Los cuatro polis que salieron de los coches también lo apuntaban.

—Puedes bajar la pistola, no pienso correr…

Mark le dobló las manos hacia la espalda y le puso las esposas con un movimiento rápido y firme.

Mi padre llegaba en ese momento y se quedó paralizado al ver la escena. Lo miré mientras las lágrimas caían por mis mejillas.

No entendía nada…

Todo estaba ocurriendo demasiado rápido.

Mark lo levantó prácticamente al vuelo de la silla y lo metió en uno de los coches de la policía, cerrando la puerta de golpe. Después se inclinó hacia los agentes y les dio varias instrucciones. Ellos se llevaron la mano a la frente en un gesto casi militar, como si estuvieran acatando órdenes.

—Pues ya sabemos qué es lo que es Mark —dijo mi hermana en voz bajita cuando mi padre se sentó a nuestro lado.

—¿Y cómo puede costearse un hotel de este precio?

—¿Y quién te dice que no tiene empresas que no sabes porque no contábamos con sus apellidos reales?

La pregunta de mi padre era una teoría que, en realidad, podía no estar tan desencaminada. Tal vez se nos estaban escapando demasiadas piezas del puzle.

Mark se montó en su coche y se fue a aparcarlo. Lo vimos hacerlo porque había quedado un sitio libre un poco más arriba.

—Tráeme una cola, por favor —le pedí a Noel.

Notaba que se me había bajado la tensión. Y él debió notarlo también, porque salió corriendo hacia dentro.

—¿Estás bien, hija?

—Un poco mareada.

—Se le está bajando la tensión, papá.

Escuché a mi hermana decirlo como si su voz viniera desde muy lejos.

No, no me iba a caer… pero estaba a punto.

Noel me dio la lata de cola y le di un trago casi sin fuerzas.

—Hija, ¿no es mejor que te tumbes y levantes las piernas?

—No.

Mi voz era cada vez más débil y bebía la cola como podía, pero sabía que eso era lo único que podía levantarme un poco.

Mark llegó y mi hermana le explicó lo que me estaba pasando. No dudó ni un segundo. Lo escuché llamar a emergencias.

Intenté decirle que no hacía falta, pero esta vez mi cuerpo iba a peor. Me estaba quedando sin fuerzas incluso para seguir sentada.

Tenía los ojos cerrados, pero escuchaba todo a lo lejos: la sirena acercándose y varias voces hablándome, que debían de ser los sanitarios.

Me tumbaron en una camilla y sentí cómo me introducían en la ambulancia. Me tomaron las constantes y me levantaron las piernas.

Poco a poco fui volviendo en mí.

La ambulancia no se movió. Solo me atendieron dentro para que estuviera más cómoda y para no hacerlo a la vista de toda la gente.

Mark estaba con nosotros y explicó que había presenciado una detención hacía unos minutos y que creía que el *shock* de la situación me había provocado ese bajón.

Cuando mi tensión volvió a valores normales fue cuando me dejaron bajar de la ambulancia.

Les di las gracias.

Mi padre y mi hermana estaban a pie de ella esperándome. Regresamos a la terraza, donde estaban Noel y Mara, de recepción, hablando todavía en *shock* por la detención de Christian.

Mi hermana les explicó que sabíamos desde hacía unos días que llevaba robando al hotel desde hacía mucho tiempo.

Se quedaron completamente incrédulos. Ninguno de los dos se lo esperaba de él para nada, pero las pruebas eran demasiado claras y contra eso no había argumento que valiese.

Mark y mi padre hablaban de pie, apartados a un lado de la terraza, mientras nosotras nos sentábamos en una mesa.

—¿Estás ya bien, hermana?

Me frotaba la mano con cariño.

—Sí, cariño.

—¿Quieres que te la vuelva a bajar?

Esa pregunta sonó con un tono que me hizo pensar que todavía quedaba algo más por decir, algo que probablemente era más gordo de lo que yo estaba imaginando.

—Ya dímelo.

Solté el aire, preparándome para lo que fuera.

—Ese cabrón que se han llevado detenido… —se refirió a Chris.

—¿Qué pasa?

—No sabe que va a ser padre.

Se tocó la barriga…

La frase me cayó encima como otro golpe más del día.

Agarré la cola que me había vuelto a traer Noel y la eché en el vaso con hielo antes de bebérmela de un trago.

No podía permitirme que se me bajase de nuevo la tensión, y tenía la sensación de que estaba al borde. Vamos, que algo ya se me había bajado.

—¿Estás embarazada?

—Me hice dos pruebas hace un rato y salieron dos rayitas.

—Madre mía, Alexandra… madre mía.

Rebufé agobiada.

¿Qué más tenía que pasar, Dios mío?

—Hermana, que yo lo puedo sacar sola, que ya no soy la de ayer.

—Menos mal. Y no estás sola.

No era la de ayer… pero venía con bombo. Aquello era increíble.

—Yo me entiendo, pero de verdad que no me hace falta un hombre al lado para sacarla adelante. Por cierto, yo no voy a ir a la cabaña. Me traes mis cosas.

—Vale. ¿Se lo has dicho a papá?

—Sí, mientras tú estabas en la ambulancia. Por poco lo tienen que meter a él para dentro también.

Me reí con ese comentario.

—¿Pero bien?

—Sí. Me dijo que no podía haber tenido mejor ojo para elegir padre.

Nos reímos.

—Madre mía… no te quiero decir nada porque luego sé que nos alegraremos cuando el bebé llegue a la familia, pero joder, ya te podrías haber cuidado un poco.

—Se rompió dentro…

—Imagino.

Capítulo 29



Mark y yo nos montamos en el coche para ir hacia la cabaña a recoger todo. Mi hermana iba a quedarse, ya que estaba trabajando en el salón con las mellizas.

—Tu padre está al día de todo, ahora te pondré a ti al tanto mientras comemos.

Me acarició la pierna mientras con la otra mano conducía.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Dime.

—¿Cuánto cobras al mes?

Soltó una carcajada.

—Imagino que estás haciendo los cálculos de cómo pago una *suite* con el sueldo de poli.

—Tienes buen instinto. Luego decías que era yo la que valía para poli. Me la has metido doblada.

Reí.

—Soy el jefe de la policía de tres estados. Con mi sueldo, obviamente, no me llegaría para gastarme en el hotel todos los meses lo que me gasto. Tampoco lo he pagado yo.

—Lo pagaste con una tarjeta falsa.

—Si hubiera sido así, ya estaría detenido con nuestro amigo Chris. Es una tarjeta encubierta.

—Me lo vas a tener que explicar todo muy bien porque no me entero de nada.

—Desde el principio, no te preocupes.

Me había traído del restaurante un envase con pasta a la carbonara y otro con empanadillas.

Pusimos la mesa fuera, en la terraza, y nos sentamos. Quería escuchar todo y saber quién era él, porque aún estaba llena de mil dudas.

—No tengo ninguna ex con la que me lleve mal.

Soltó eso tal y como nos sentamos a comer.

—¿Y Anne?

—Anne me estaba llamando desesperada por otra operación que teníamos entre manos y que había llegado el momento de actuar. Lo único que se le ocurrió para sacarme de la *suite* fue soltar eso y así conseguir que te fueras. De ahí que estuviera días ausente. No fue solo por lo de mi padre, también por trabajo. Ella es policía infiltrada.

—¿Por qué estás alojado en el hotel?

—Te va a doler…

—Bueno, pero quiero ser consciente de todo.

—Estábamos investigando a tu abuelo, de ahí que tuviese la reserva hecha desde hacía mucho. También a Chris, por supuesto. Cuando tu hermana me vino con la información, yo ya la llevaba trabajando un año. Ambos desviaban el mismo dinero a Marruecos.

—Mi abuelo desviaba dinero a Marruecos —repetí—. ¿Qué sentido tiene?

—Ese es el problema: al estar en otro territorio no tenemos competencia para investigar hasta que nos autoricen, y eso no suele pasar. Lo que sí sabemos es que en este pueblo lleva entrando hachís mucho tiempo y nadie consigue demostrar quién lo está promoviendo.

Sus palabras me dejaron helada.

—¿En serio me estás diciendo que mi abuelo era narco o algo por el estilo?

—No lo hemos descartado —respondió con calma—. Durante años se han enviado ocho mil euros mensuales. Y, cuando él falleció, Christian continuó haciéndolo, sacando ese dinero de facturas infladas con las que estafaba a vuestra empresa.

Sentí un peso extraño en el pecho. Todo lo que creía conocer de mi familia parecía estar desmoronándose.

—¿Y por qué eres poli aquí y no en Alemania?

—Estás dándole vueltas a todo a la vez. —Sonrió mientras me acariciaba la mejilla con suavidad—. En Alemania era más difícil ascender rápido, y yo quería tener un papel importante dentro del cuerpo.

Su tono era tranquilo, casi cariñoso, como si intentara que todo aquello no me resultara tan duro de asimilar.

—¿Y dónde vives?

—Estoy afincado en el pueblo del puente. Vivo allí desde hace dos años, desde que me compré una casa de campo.

Parpadeé sorprendida.

Estaba a apenas diez minutos de mi pueblo.

Estaba flipando en colores.

—Estoy en *shock*.

Sonreí con tristeza, todavía intentando ordenar todo lo que acababa de escuchar.

—Y con la detención de Chris tengo que dejar la *suite* en dos días.

—Te la puedes quedar si quieres sin pagar.

Reí al escucharlo.

—Vivo muy cerquita de ti y siempre te puedo raptar.

—Quiero tenerte en mi vida.

Se lo confesé casi en un susurro, sintiendo que, pese a todo el caos, aquello era lo único que tenía claro.

—Y yo a ti, cariño. —Me acarició la mejilla—. Esto no es una despedida, esto es un punto y seguido.

Me echó la mano por el hombro y me dio un beso muy fuerte en la mejilla.

—Mi hermana ha descubierto hoy que…

—…está embarazada.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha comentado tu padre cuando le he contado todo. No te comas el coco, que todo irá bien. Desafortunadamente, le tocó quedarse de alguien que no se merece ni respirar, pero el bebé ni ella tienen culpa de nada.

»Por cierto, tu padre fue gracioso porque me preguntó si de verdad me llamaba Mark. Y le dije que era lo único auténtico del documento que había estado usando.

—Menos mal, porque si ahora me dices que te llamas, por ejemplo, Tommy, creo que ya no sería lo mismo.

—Todo va a ser mejor.

Señaló el plato para que pegase un bocado.

Le conté lo de la excusa de la regla por lo que nos contó Christian. Se reía a más no poder. De todas formas, Mark se olía que nos pasaba algo; decía que notaba un cierto fingimiento por parte de las dos.

—No te preocupes, que cuando comamos me las voy a cobrar todas juntas.

—Pues aligera, que en dos días me llega como mucho.

—Encima provocándome. Me encanta.

Tenía la risilla suelta.

Lo que más me chocaba en esos momentos era lo del embarazo de mi hermana, algo que por nada del mundo me lo había visto venir.

Tenía una sensación tan amarga que me creaba cierta ansiedad, aunque lo que me equilibraba era saber que tenía a Mark a mi lado. Ese hombre que no era un empresario, pero sí un jefe de la policía que había condicionado mi vida. Lo amaba demasiado.

Decidimos recoger todo lo de la cabaña y regresar al pueblo para que yo pudiera tomar el mando del hotel y encargarme de lo que antes hacía Christian.

Él se iba a quedar hoy en la *suite* conmigo y mañana regresaría a su casa, que estaba muy cerquita y, como él decía, eso no era separarnos, sino adaptarnos.

Eran las seis de la tarde cuando llegamos al pueblo y fuimos primero a mi casa para dejar bolsas, que había hasta de comida.

Mi padre estaba feliz porque al día siguiente firmaba la compra de su casa y le daban las llaves.

Aunque estaba cómodo con nosotras, era cierto que él necesitaba su vida y su espacio. Como él decía, uno no está preparado para vivir con sus hijas, pero sí para que sus hijas vivan con él cada vez que lo necesiten.

Lo que más me sorprendía era mi hermana, que hacía unas horas se había enterado de que estaba embarazada de un ser odioso y, sin embargo, estaba tan tranquila y feliz de la vida, haciendo planes para cuando fuese madre.

Regresamos al hotel y, mientras Mark subió a la *suite*, yo me quedé con Vera, que aún estaba en *shock* por todo lo que se había enterado, ya que no estaba de turno por la mañana.

Lo bueno es que yo conocía el programa de reservas y todo lo relacionado con lo que hacía Christian, y las cosas de las que no tenía ni idea, Lukas me las resolvería.

Tenía que llamarlo al día siguiente y ponerlo al día de todo, aunque dudaba que aún no se hubiese enterado.

Capítulo 30



No eran ni las ocho de la mañana cuando recibí un mensaje del gestor pidiéndome que me reuniera con él.

Le contesté y quedamos en vernos a las nueve en la terraza de mi restaurante. Se le notaba con prisas por hablar conmigo, como si llevara rato esperando ese momento.

Era obvio que estaba al tanto de lo de Christian y que querría asesorarme en algunos aspectos en referencia a toda la documentación que él le entregaba sobre el hotel.

Mark estaba recogiendo sus cosas para llevarlas a su casa y vendría a la hora de comer a la mía, ya que mi padre iba a hacer una paella para celebrar la firma de su nueva casa.

Lo acompañé a llevar su equipaje al coche y después nos sentamos a tomar un café juntos mientras venía el asesor, momento en el que Mark se marcharía.

Justo cuando nos lo trajeron apareció Lukas, cuando aún faltaba un cuarto de hora para la cita. Le presenté a Mark y este le preguntó si era el que había detenido a Christian. Al confirmarlo, le pidió que se quedase un momento.

—Si no es mucho intrusismo, según he leído, le han acusado de…

Se explicaba Lukas desde la poca información que tenía.

—Así es. Hay serias dudas por tantos años de pagos recurrentes de la misma cantidad hacia Marruecos y, además, cuando tomó el puesto Christian, seguían produciéndose. A eso se le suma que se inflaban facturas para que no se viera que el dinero provenía del hotel.

—No es así.

Sentenció tajante Lukas.

Mark y yo arqueamos la ceja al mismo tiempo, esperando que explicara lo que acababa de decir.

—¿Cómo que no es así? —preguntó Mark.

—Si están infladas las facturas, es porque hay un acuerdo entre la empresa y Christian, obvio, pero no por eso se le está robando al hotel.

—¿Y qué están haciendo, jugando al parchís? —pregunté sofocada, sin entender absolutamente nada.

—No. —Se rio, aunque se le notaba claramente incómodo—. El tema es que tu abuelo dejó atado algo que vosotras no sabéis.

—¿Era narco? —pregunté con ironía, porque después de todo lo que había pasado ya era lo único que me faltaba por saber.

—No.

Volvió a esbozar otra pequeña risilla, como si aún le costara decidir por dónde empezar a explicarlo.

—¿Entonces?

—Tu abuelo, hace veinte años, en un viaje a Marruecos, dejó embarazada a una marroquí.

—¡Toma ya! —dije, completamente alucinada, porque otra más que no me veía venir.

—Desde hace seis años es cuando está pagando esa suma gorda. Antes pagaba algo simbólico para ayudar a esa mujer con la niña, como sustento de su hija, que no estaba reconocida fuera de Marruecos, pero allí sí que la tiene reconocida.

—¿Y eso se puede?

—Es un tema muy complejo. El caso es que hace seis años cambiaron a la niña de escuela y la pusieron en una de las más importantes del país, en Marrakech. Y ahora está estudiando en otra universidad en la que debe pagarse un piso, una estancia y un centro de estudios internacionales que es privado para salir con la mejor cualificación posible.

—Hombre, si es su hija, qué menos.

—Tengo aquí toda la documentación, pruebas y el doble testamento de tu abuelo. Esa niña también recibió una parte de la herencia, al igual que vosotras por parte de vuestra madre que, al no estar, pasabais a ser herederas directas.

—¿La cantidad es de trescientos mil euros? —preguntó Mark.

—Efectivamente.

—Ese importe fue el que hizo saltar del todo las alarmas.

—En Marruecos está debidamente registrada la entrada y aquí era su dinero, el que declaraba y con el que podía hacer lo que quisiera.

—Madre mía, la que se ha liado.

La cara de Mark era un poema. No sabía ni dónde meterse.

—Christian es un buen hombre, todos le quieren en el pueblo y siguió la voluntad de tu abuelo, que no quería que nadie se enterase de la doble vida que tuvo.

—Pues está detenido esperando a pasar a disposición judicial.

—Ya le he mandado a los mejores abogados con toda la documentación que lo eximirá de cualquier cargo —nos informó Lukas.

—Pues yo tengo que mover esto más rápido —dijo Mark revisando toda la documentación—. Luego regreso, voy a ayudar a los abogados.

Negó, frustrado por no ser la cosa como pensaron. Me dio un beso, estrechó la mano de Lukas y se marchó.

—Él tenía razón en sospechar, pero esto debió haberse metido el organismo de impuestos y no la policía. Aun así, está claro que han hecho su trabajo. Chris es la persona en la que más podéis confiar en el mundo.

—Madre mía, qué mal me siento y la que se ha liado.

—Esperemos que le dejen salir hoy y no lo hagan esperar a mañana.

—Ojalá, porque, si es así, tengo un cargo de conciencia grandísimo.

Lukas se marchó y fui a buscar a mi hermana al salón. Dejó todo en manos de las mellizas y se vino conmigo a desayunar, ya que solo había tomado café y no había comido nada en la reunión con el gestor.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Que el papá de mi bebé está preso y es un santo?

—Bueno, un santo no sé, pero buena persona dicen que sí.

—Ay, la leche, cómo la hemos jodido, hermana.

—Nos hemos visto envueltas en un lío, nosotras no lo buscamos. El abuelo debió decir que nos lo contasen y no permitir que las cosas se hicieran así.

—¿Tenemos una tía en Marruecos? ¿De las que dicen *habibi*?

—Tenemos marrones por todos lados. Qué agobio tengo.

—¿Tú? La que debo estar agobiada soy yo, que estoy preñada y tengo a mi santo chico detenido por culpa del tuyo.

—No se te ocurra echarle las culpas a Mark.

—¿Y quién lo detuvo?

—Alexandra…

—Ya le tengo hecha la cruz.

—No vayas a empezar, que ya es demasiado.

Llamé a mi padre y le pregunté dónde estaba. Fui a darle el encuentro mientras él firmaba la compra de su casa. Al llegar, salía con una sonrisa de oreja a oreja.

Lo puse al tanto por el camino y estaba que no se lo creía. Por un lado, aliviado, como yo, porque, quieras o no, iba a ser el papá del hijo que esperaba Alexandra; pero, por otro, con el peso de la culpa de haberlo mandado a la jaula de los leones sin derecho a la duda.

Mi hermana sabía que la había tomado en serio con Mark, pero, conociéndola, era cuestión de tiempo que se le pasase. Ella había ido hacia la comisaría donde estaba detenido a ver qué pasaba allí y no quiso ni que la acompañase.

—Yo creo que la paella deberíamos dejarla para otro día, que esté Christian y pase todo esto.

—Sí, papá. Hoy comemos cualquier cosa y listo.

Llegamos a la casa y yo me puse a cocer un poco de pasta a la vez que preparaba la salsa. Mi padre aprovechó para ir a llevar un par de cajas a la casa y ahora venía. Luego lo acompañaría para que me la enseñase.

Recibí un mensaje de Mark en el que me decía que ya venía de camino.

Unos minutos después sentí la puerta y era mi hermana. Detrás venía Mark.

—El carajote este se tiene que apuntar diez puntos menos.

—Alexandra…

Protesté.

—Por cierto, dice Christian que se coge hasta el lunes de indemnización, que no contemos con verlo por aquí hasta entonces. No me quiere ver ni a mí.

—¿Ha salido?

—Sí —dijo Mark.

—A la jueza solo le faltó condenar a este por carajote.

Señaló a Mark, que seguía parado detrás de ella.

—¿Le has dicho lo del embarazo?

—No me dejó hablar. Me dijo solo que hasta el lunes no contásemos con él y que me fuera con el desquiciado.

Señaló hacia Mark.

—Bueno, ya se le pasará. Hay que entender que no debió ser plato de buen gusto verse en el lío en el que estaba metido.

—Pues este para mí va a ser «persona non grata» para siempre.

—Algún día lo entenderás.

Sentenció Mark en tono escueto y seco. A saber todo lo que le habría soltado por el camino mi hermana, porque sabía que la había traído él de vuelta.

Mi hermana era así: te podía estar poniendo de vuelta y media, pero si se podía montar en el coche y que la dejaran en la puerta, no se lo iba a pensar mucho.

—Buenas tardes.

Era mi padre. Habíamos dejado la puerta entreabierta.

—Papá, ya tenemos al padre de mi bebé en la calle, pero dice que no curra hasta el lunes.

—Tampoco pidió tanto.

—Pero a este… a este se la tengo sentenciada.

—Alexandra, un respeto por su trabajo. No siempre tiene que salir todo redondo, y es más bonito que se caiga una operación porque no hay maldad humana que apuntarse un tanto y tener otra escoria de la sociedad.

—Muy bien dicho.

Me salió del alma decirlo.

—Pues yo se la pienso tener jurada. Me he quedado preñada y sin novio.

—Te recuerdo que fuiste tú la que lo buscaste a él diciendo que nos engañaba.

Le reproché.

—Pues que hubiera hecho bien su trabajo.

Se encogió de hombros y fue a coger una lata de refresco.

—¿Se puede?

Klara apareció con una bandeja en sus manos. Había estado unos días en Viena y por eso no vino a la inauguración. Saludó cariñosamente a cada uno de nosotros, incluido Mark, al que le presenté.

La invitamos a comer, pero se tenía que ir porque había dejado la comida en el horno haciéndose. Había venido para traernos un bizcocho de naranja que había hecho para nosotros.

Capítulo 31



Eran las doce de la mañana del viernes y Mark venía de camino para recogerme para pasar el fin de semana en su casa del pueblo del puente.

Había hablado por mensajes con Christian por la mañana y estaba llevando todo desde su casa hasta el lunes que se incorporase.

Solo hablamos de trabajo porque no me dejó cruzar ninguna barrera y me cortaba con cosas del hotel. Entendí que estaba muy enfadado con nosotras.

Mi hermana la tenía tomada con Mark, pero eso no me preocupaba porque la conocía bastante bien.

La tarde anterior fuimos a ver la casa de mi padre y me quedé enamoradísima de ella. No solo era preciosa y con una buena distribución, sino que se sentía de lo más acogedora.

Mi padre ya se había llevado todas sus cosas esta mañana y se quedaba instalado allí.

Alexandra estaba de lo más feliz con su salón de belleza y sus redes. Sorprendentemente, estaba muy volcada en las dos cosas, a pesar de todo el revuelo que se había formado esta semana en nuestras vidas.

Salí hacia el exterior cuando me mandó el mensaje de que estaba llegando. Metí mi bolsa en el asiento de atrás y me monté en el coche.

Me dio un beso con una sonrisa preciosa.

—¿Qué tal has pasado la noche?

—Bien, ¿y tú?

—Te he echado de menos.

Me hizo un guiño y arrancó el coche saliendo de la calle.

—Yo también, cariño.

Le acaricié el brazo.

—¿Y tu hermana?

—Bueno, sigue en sus trece de que tú te has cargado su relación y vida. Ya sabes lo dramática que es para lo pasota que se pone.

—Se le pasará. Siento haberla cagado, pero a mí me encargaron la investigación y yo tuve que tirar de ella.

—Conmigo no te tienes que justificar, Mark.

—Bueno, pero no quiero ocasionar malos rollos en la familia.

—Tranquilo, conozco a mi hermana.

Nos acercábamos al pueblo cuando se desvió por un carril. Yo sabía que su casa estaba a las afueras, por lo que debíamos estar llegando.

Se veían algunas casas con sus terrenos, casi como pequeños campos, que eran preciosas y transmitían una paz increíble. Se detuvo ante los muros de una de ellas y pulsó el mando para abrir las puertas de metal.

Era un terreno precioso, con su zona de merendero, aparcamiento y una encimera con una barbacoa gigante en el centro y, a los lados, un fregadero y una cocina de exterior. Todo estaba techado a un lado del muro.

Se notaba que lo tenía todo muy cuidado.

En el interior era todo nuevo, pero de diseño rústico. La cocina era muy bonita y me recordaba a las películas americanas antiguas. Todo estaba en la planta baja: el salón, el baño y los cuatro dormitorios. El de él, que era el grande, contaba con un baño impresionante y un vestidor.

—Me encanta tu casa. Es tan bonita y acogedora…

—¿Un vinito y celebramos el viernes?

—Claro.

Saqué uno de los paquetes de jamón y un trozo de queso de los que había traído mi padre y lo puse sobre un platito con picos.

—El jamón y el queso españoles son una delicia.

—Sí, trajo un montón de paquetes. Lo que no sé es cómo no lo han detenido por abuso.

Nos reímos.

—El lunes iré a hablar con Chris.

—Veremos si te escucha.

Suspiré.

—Bueno, todo hay que intentarlo. Me sabe mal por él, pero…

—No te justifiques más. Hiciste tu trabajo. Tuvo la mala suerte de estar en algo que no le pertenecía y pasó. A todos nos duele lo sucedido, pero no se puede dar marcha atrás. Confío en que con el tiempo se le pase.

—Todo ha sido una locura.

—Que me lo digan a mí, que tengo una tía más joven que yo en un país árabe. Aunque, como agente de viajes que he sido, Marruecos es un país más moderno y acostumbrado a lo occidental.

—Sí, yo he estado. ¿Y pensáis contactar con ella?

—No lo sé, pero lo he pensado. No voy a mentirte. Lukas tiene su contacto.

—Sí, por esa parte lo tenéis fácil.

Me daba paz esta casa y su presencia. Los dos solos, apartados de todo el mal ambiente que habíamos tenido estos días, en los que todos estábamos equivocados.

Este era su rincón, donde vivía y desde donde trabajaba a distancia. Tenía una habitación como despacho, pero aprovechaba el buen tiempo para trabajar desde el porche. Me encantaba lo que percibía ahora de su vida.

Mark cocinaba un pollo en salsa mientras tapeábamos con el vino y charlábamos de todo un poco. La complicidad estaba en cada mirada y caricia que nos regalábamos en un momento en el que ambos necesitábamos llenarnos el uno del otro y de buenas vibras.

—Huele muy bien.

Llevé mi nariz cerca de la cacerola y aspiré el aroma que estaba dejando.

—El truco está en dejarlo marinando desde el día anterior con mitad de vino y mitad de agua, poniendo en su interior unos dientes de ajo. Y ya hoy lo que he hecho es sellarlo, apartarlo, sofreír la verdura y volverlo a poner dentro con el caldo del marinado.

—Buena receta. La anoto.

Me toqué la sien.

Mark me rodeó con la mano y me dio un beso en el que parecía dejarse el alma. No tan pasional como sentimental. Era como si me necesitara y este momento fuera más desde la calma. Yo también sentía esa necesidad de sentirme arropada por él.

Le acaricié la cara mientras nos besábamos.

—Te amo muchísimo, Mark.

—Ojalá nunca se te pase este sentimiento. Eres todo lo que necesito para ser feliz.

Me besaba repetidamente y me miraba con verdad en sus ojos, porque eso era lo que transmitía.

Nos pusimos a pelar las patatas que íbamos a freír para acompañar al pollo, que cada vez olía mejor.

Rellenó otra copa de vino y puso música flojita de fondo. Sus miradas eran tan bonitas y transmitían tanta serenidad que me hacían sentir que estaba en el mejor lugar del mundo, con la persona más increíble.

Sabía que a él le había afectado mucho lo de Christian y que le había dolido equivocarse con él, pero yo confiaba en que todo se iba a arreglar, tanto por su parte como por la mía, como por la de mi hermana, que era la más afectada en ese sentido.

Mi hermana me mandó un mensaje diciendo que, con lo que le faltaba por terminar de hacer antes de salir, había cerrado los cuatro días con una caja de seis mil euros, y eso que aún faltaba el sábado por hacer.

La felicité y le dije que la quería mucho. Tenía un nudito en la garganta con ella por el estado en el que estaba. Después de todo, estaba en el trabajo y en sus redes, demostrando que se lo estaba currando mucho y que lo hacía con ilusión.

Alexandra: *Yo también te quiero mucho, aunque estés con un destrozavidas. Cuídate, nos vemos el lunes.*

Me reí con su mensaje. Sabía que lo había escrito desde la rabia, pero que estaba ahí. Mi hermana estaba ahí.

Capítulo 32



Amanecía escuchando a los pájaros…

Abracé a Mark, que me miraba sonriente, y le di los buenos días acurrucándome mucho en él.

La noche anterior hablé con mi padre y Mark aprovechó para invitarle a que viniese hoy a comer. Sorprendentemente, aceptó.

A mi hermana también le mandé un mensaje para que se animara, pero su respuesta fue que «una mierda para el poli de mierda».

Lo bueno es que confiaba en que todos nos curásemos el alma. Quería ser optimista y, desde los brazos de Mark, me sentía más segura y confiada.

Nos levantamos a preparar el desayuno después de haber repartido fogosidad por toda la cama, testigo de ese momento pecaminoso que nos habíamos regalado.

Mark hacía unos huevos a la plancha y unas tiras de beicon mientras se horneaba el pan en el horno pequeño, y yo preparaba guacamole con un par de aguacates, un trozo de cebolla y tomate.

Sacó la cafetera al porche, donde la enchufó para no tener que estar levantándonos, ya que los dos lo tomábamos espresso y muy pequeñitos, con lo que nos bebíamos tres o cuatro tranquilamente.

Justo cuando nos sentamos, llamaron a la puerta y Mark abrió las puertas con el mando. Era el repartidor del matadero que le traía el pedido que había hecho de todo tipo de carnes, tanto para hoy, para la barbacoa, como para su día a día, ya que tenía un buen congelador.

Venían por lo menos diez bolsas que dejó en la cocina para después clasificarlas cuando desayunásemos tranquilos.

—No veas la compra que has hecho.

—Me gusta comprar para dos o tres semanas.

Me hizo un guiño.

—¿Qué es lo que pediste?

—Costillas de cerdo para la barbacoa y de res para guisar, pollos, salchichas, filetes de cerdo y de res, chuletones…

—Un surtidito de todo.

—Sí. Además, me han traído un chorizo muy parecido al que comimos en el pueblo alto.

—Qué rico, por favor.

—De todas maneras, el matadero reparte a partir de trescientos euros; por menos no te traen las cosas ni venden al público.

—Normal, si no les faltarían repartidores.

Las tostadas salieron riquísimas con el queso crema, guacamole, huevo y beicon. El típico desayuno de moda que había conquistado a medio mundo.

Yo lo comía de vez en cuando; era más de tostadas con mantequilla y mermelada, por ejemplo.

Disfrutaba del café impregnándome de un lugar que estaba lleno de vida, porque la naturaleza lo era.

—Por muy tranquilo que sea el pueblo, nada que ver con un desayuno aquí apartado de todo.

—Esto para mí es muy importante. Aquí encuentro la calma que necesito.

—Aquí la encuentra cualquiera.

Después de desayunar nos fuimos a la cocina. Abrió todas las bolsas de carne y comenzó a preparar bolsas térmicas de congelador, donde las iba distribuyendo y colocando.

Dejó en la nevera un buen variado de piezas, tanto para hoy como… ¿para una semana? Este hombre era muy exagerado.

Le puse un mensaje a mi padre para ir a buscarlo y me contestó que ya venía de camino. Imaginé que habría cogido un taxi, conociéndolo…

La ubicación la tenía porque se la mandé el día anterior para que viese dónde vivía.

En unos minutos sonó una bocina fuera. Mark abrió con el mando y vimos entrar el coche de Christian, con él al volante, mi padre a su lado y, atrás, mi hermana.

Nos miramos sin ser capaces de articular una palabra.

—Le puse un mensaje a Chris anoche, pero no me contestó…

Me confesó.

—¡Hermana! —gritaba feliz viniendo hacia nosotros—. No sabe nada del embarazo —nos dijo en voz baja para que no metiésemos la pata.

—¿Ya eres mi amiga?

Le preguntó Mark poniendo cara de puchero.

—Cuando seas un poli de verdad.

Le hizo una burla y se dejó caer a plomo en una de las sillas del porche.

—Bienvenido, Chris —le dijo Mark cuando se acercó hasta nosotros con mi padre.

—Gracias, cabrón. —Le dio un abrazo.

Yo me eché a reír abrazando a mi padre porque no me esperaba que le dijera eso.

—¿Y a tu cuñada se lo das?

—¿Cuñada? Esa se las va a tener que ingeniar mucho para reconquistarme.

Bromeó señalando a mi hermana y luego me dio un abrazo.

—Siento mucho lo que ha pasado —le dijo Mark.

—No vamos a hablar de eso. Todos nos equivocamos. No voy a decir que no me haya sentido decepcionado, pero también lo entiendo todo. Todos hemos sido víctimas de algún modo.

—¿Y por qué la pagas conmigo?

Le preguntó mi hermana desde la silla, en plan floja.

—Porque tú y yo teníamos algo más bonito como para que no confiases en mí.

—Sí, hombre, que tú te enteres de que yo soy una asesina. Vas a venir a preguntármelo por los cojones.

—Alexandra…

Le reprendió mi padre por la boquita que tenía.

—No se me señaló como asesino, aunque era lo único que me hubiera faltado.

Chris nos confesó que, cuando pasó lo de la detención, él en todo momento pensó que era una broma de mal gusto, hasta que terminó en el calabozo.

También nos confesó que anoche mi padre había ido a buscarlo y tuvieron una conversación que le hizo ponerse también en el lugar de los demás.

Mi padre era la mejor persona del mundo…

Los hombres se pusieron con la barbacoa y nosotras nos quedamos en el porche. Me tomé un refresco con mi hermana.

—¿Cuándo se lo vas a contar?

—Pues hoy, pero estoy esperando el momento que me lo ponga a huevo.

—Es muy buena persona. Está aquí a pesar de todo.

—Cuando apareció por casa esta mañana y me dijo papá que me vistiera, que íbamos a venir los tres, casi me da un infarto. Lo amo muchísimo.

—Lo sé, te lo he visto en estos días en los ojos.

—Y lo he pasado peor de lo que crees. He llorado sin que me veáis, pero cuando pensaba que él era malo, yo lo amaba a pesar de todo.

—Todo pasa por algo, pero ya está todo bien.

—Pasa porque Mark es gilipollas y no sabe hacer su trabajo.

—No seas injusta. Muchas veces cuentan con menos información de la que quisieran.

—Lo que tú digas, pero hizo una cagada monumental.

—Y tú también, que sospechaste de él.

—¿Lo vas a defender a él y no a mí?

—No, pero quiero que se te pase esa tontería que tienes contra él. Sabes que te cae muy bien.

—Tampoco para tirar cohetes.

—Eres muy orgullosa, cariño, pero dejemos la guerra en paz.

—No, que si no me aburro.

—Qué paciencia, madre mía.

Prepararon una bandeja de carnes variadas que tenía una pinta riquísima. Además, habían traído pan del horno y estaba de lo más jugoso por dentro y crujiente por fuera.

Nos sentamos a comer y fue ahí cuando mi hermana soltó la bomba.

—Chris, por cierto, en nueve meses tienes una hipoteca.

Soltó mi hermana y vi cómo mi padre lo miró para ver su reacción.

—Ya la tengo desde hace unos años.

—No, una más grande.

Se tocó la barriga y la cara de él era de incredulidad.

—No estoy para bromas, Alexandra.

—No lo es.

Sentenció mi padre.

—¿Vamos a tener un hijo?

Su tono era entre emoción, asombro e incredulidad. Nos tenía a todos pendientes de él.

—Sí, espero que no sea un gremlin.

Nos echamos a reír todos, incluido él.

—¿Estás embarazada, ex mía?

Más nos reímos con esa pregunta mientras se levantaba para abrazarla.

—Sí, y te lo vas a tener que currar para recuperarme.

No tenía vergüenza; menos mal que sí tenía gracia.

Chris lloró emocionado y tocó su barriguita, buscando algo que todavía era imposible notar, pero imagino que, de algún modo, él se sentía más cerca de esta nueva vida.

Capítulo 33



Me había levantado con el corazón en un puño tras una pesadilla que había vivido como algo muy real.

—¿Estás bien?

Mark, encendió la luz y me acarició la espalda.

—He tenido una pesadilla horrible. ¿Qué hora es?

—Son las seis y media.

—Necesito un café.

Me levanté de la cama y fui directa al baño a lavarme la cara. Mark hizo lo mismo y se colocó en el otro lavabo, ya que el baño tenía doble.

En silencio fuimos a la cocina a preparar el café. Mark me observaba atento, pendiente de si mi estado de ánimo iba mejorando.

—¿Estás mejor?

Esperó a preguntármelo cuando di el primer sorbo al café.

—Sí.

Sonreí, aunque aún tenía el susto en el cuerpo.

Era lunes y tenía pensado irme al pueblo a trabajar, ya que Mark tenía que ir a la ciudad por asuntos de trabajo. Tenía varias reuniones con su equipo.

Mientras terminábamos el café, no pude evitar repasar mentalmente todo lo que había pasado aquel fin de semana.

El sábado estuvieron todos hasta después de cenar. Pasaron el día aquí y, aunque Chris estaba un poco de aquella manera, bromeaba aunque fuese para soltar algún reproche. Lo que sí es que se emocionó muchísimo al saber que iba a ser papá, cosa que nos alegró a todos.

Ayer, ya más tranquilos después de todo lo vivido, Mark y yo decidimos tomarnos el día con calma. Lo pasamos de relax en la casa: cocinando, tomando vino y teniendo mucho sexo. Fue un día de lo más fogoso y lleno de complicidad. Con él me sentía en calma dentro de todo el revuelo de emociones que llevaba encima.

Con ese recuerdo aún cálido en el cuerpo, terminamos de prepararnos para empezar la semana.

Nos vestimos para dejarme en el pueblo y que él se fuera, ya que debía llegar temprano. Yo había quedado en desayunar con mi padre, que era madrugador.

Me dejó en la puerta de mi casa y nos despedimos con un beso. Coloqué mis cosas y me fui para el restaurante donde había quedado con mi padre.

Al mirar hacia las mesas vi que estaba con mi hermana, a la que aún le faltaba una hora para abrir el salón.

—Buenos días, familia —dije sonriendo.

Le di un beso a cada uno y me senté con ellos.

—¿Qué tal estás?

Le pregunté a mi hermana mientras le acariciaba el hombro.

—Genial. Chris aún no me deja dormir con él, pero ayer pasamos el día juntos.

—La tiene castigada.

Bromeó mi padre.

—Al no verte en casa, pensé que estabas en la suya.

—No, no, que me vine para acá porque me levanté muy temprano.

—¿Ya no vas al gimnasio a hacerte la foto?

—Estoy embarazada y cambiaré mis hábitos. Cuando esté de tres meses lo anunciaré en las redes.

—¿Ya entró Chris?

—Sí, antes lo vi. Estaba con Vera en la recepción cuando entró él. Dio los buenos días y me tiró un pellizco en el culo.

—El amor…

Bromeó mi padre.

—Pues yo te digo una cosa. O espabila o se lo voy a poner muy difícil.

—Sí, ya…

Mi hermana estaba encoñada a más no poder y se derretía por ese hombre. De difícil nada, lo que pasa es que estaban en un tira y afloja por lo que había sucedido, que no era moco de pavo.

—Papá, dile a mi hermana eso.

—¿De qué me tengo que enterar? Miedo me da.

Rebufé riendo.

—Ayer me vio tu hermana paseando con una de vuestras clientas que estuvo en la inauguración.

—Con… —Chasqueé los dedos intentando recordar su nombre—. Sophie.

—¡Diez puntos para ti!

Gritó mi hermana dando por válida mi respuesta mientras mi padre sonreía.

—Es muy buena mujer. Tiene cincuenta y tres años y se quedó viuda hace cinco.

—Sí, he hablado con ella un par de veces. Es más, una mañana estuvo tomando café en la mesa de al lado de la mía y estuvimos charlando un buen rato.

—Pues papá está encantado de la vida. Para verle la cara cuando estaba con ella.

—Me cae muy bien.

Se justificó riendo, pero en su carilla se notaba la ilusión. Me alegraba mucho verlo así.

—Papá, tienes que darte el derecho a disfrutar de la vida y vivirla.

—Lo sé, cariño. Poco a poco.

—Poco a poco, pero se la metes hasta el fondo.

—¡Alexandra!

Gritamos los dos a unísono y nos reímos los tres. Mi hermana sin filtros, como siempre.

—¿Y tú qué tal con Mark?

—Yo muy bien, papá. Voy a estar entre los dos pueblos. Unos días aquí y otros allí.

—Pues en casa no se queda el poli malo.

—Alexandra, deja de llamarlo así.

—Julieta, lo llamo como me dé la gana.

Me lo dijo en tono de burla.

—Ni porque vaya a ser mamá cambia.

Rebufé riendo mientras mi padre negaba sosteniendo la sonrisilla.

Después del desayuno, mi padre se fue al mercado, mi hermana al salón y yo entré al hotel para ir al despacho de Chris. Quería hablar con él.

—Hombre, mi excuñada —dijo al verme.

—No soy tu excuñada, soy tu cuñada para toda la vida porque seré la tía de tu bebé. Así que hocica y asume que no me perderás de los lazos familiares que ya nos unen.

Me senté frente a él.

—Bueno, si me enamoro de otra, tú seguirás siendo la tía de mi bebé, pero no mi cuñada.

—Tú no te vas a enamorar de nadie porque ya lo estás de mi hermana, así que no te vengas arriba.

Carraspeé.

—Pues me caéis muy mal las dos y el poli también de paso.

—No te vengas arriba, Christian. Sabes que todos la cagamos, pero entiende que había serias sospechas y estábamos ajenos a todo. Si tenemos que buscar un culpable, es mi abuelo, que no veas cómo la lio.

—Tu abuelo era un gran hombre con una historia muy fuerte atrás. Él se enamoró de esa mujer marroquí, pero los familiares de ella nunca permitieron esa relación.

»Yo he conocido a vuestra tía. Es una gran chica llena de sueños y que luchó contra una familia de tradición muy arraigada. Ella está estudiando medicina. Sueña con ser doctora.

—Tiene derecho a luchar por su vida.

Se me había hecho un nudo en la garganta.

—Hoy en día no se habla con su familia. El dinero va íntegro a ella desde que entró en la universidad hace dos años. Justo fuimos a reunirnos con Fátima, que así se llama, en Marrakech.

»Le pidió a su padre, o sea, a tu abuelo, que le pasase el dinero directamente a ella, que no quería saber nada de su madre ni de su familia materna.

»Yo me encargo de todo lo que necesita; es más, le estoy tramitando todo para que se venga en breve a la Universidad de Viena. Ya está esperando el visado que le ayudé a gestionar para poder salir del país y se vendrá primero directa al pueblo hasta que comience el curso.

—¿Se viene a Europa?

—Sí, se viene a Austria. Y aquí, en el pueblo, tu abuelo también le dejó una casita.

—Pues sí que tenía dinero mi abuelo.

—Mucho, por eso os dejó a todos bien arropados. Hasta a mí.

—No sé por qué no me extraña.

—Mi piso me lo regaló él. Lo compró a la promotora cuando comenzó a construirlo. Yo fui para él sus pies y manos. Ojalá conozcáis a vuestra tía, os va a encantar. Es una chica simpática, muy graciosa y con una personalidad muy fuerte.

—Cuando venga a Austria, la conoceré.

—Claro, además, cuando esté de vacaciones en los estudios, estará en el pueblo, en su casa.

—Qué fuerte todo.

—Pero que no se me pasa el enfado con vosotros.

—Vale, vale.

Se me escapó una carcajada. Me estaba cayendo demasiado bien Christian.

—Una pregunta que me crea duda. Si en breve viene al pueblo, ¿cuándo nos lo pensabas decir?

—Cuando ella estuviera aquí.

Confesó.

—Si lo hubieras dicho antes, nos hubiésemos ahorrado muchos problemas.

—Eso no exime vuestra culpa.

Carraspeó aguantando la sonrisilla.

Después de hablar un rato con él acerca de las cosas del hotel y otras que me habían removido por dentro, como era el caso de mi tía, me despedí acercándome a darle un beso en la mejilla mientras él ponía cara de terror.

Fátima… se llamaba Fátima.

Capítulo 34



Estaba haciendo la comida cuando llegó mi hermana y le conté la conversación con Christian, pero ella ya había estado con él en su despacho antes de venir y también la puso al día.

El caso es que las dos coincidíamos en que la teníamos que acoger como una más y tenderle una mano para lo que necesitase. Al fin y al cabo era nuestra tía.

Alexandra cogió sus cosas y se fue a darle el encuentro a Chris, que estaba a punto de salir. Se iban a ir al piso de este a comer y pasar la tarde; según mi hermana, hoy se quedaba allí y no la echaba ni con agua caliente.

El guiso de ternera con patatas estaba cogiendo una pinta brutal. Había echado bastante carne que había comprado un rato antes en la carnicería. Iban a salir muchas raciones, ya que quería darle a mi padre y a mi hermana para que se lo llevase al día siguiente a casa de Christian.

En mi caso, me lo llevaría al día siguiente a casa de Mark, que sería cuando me recogería sobre media mañana. Hoy lo tenía de reuniones e iba a llegar tarde.

Para hoy tenía un poco de pasta que había traído de casa de Mark, la que sobró el día anterior y que me encantó. Era con champiñones y una salsa con nata.

Llamaron a la puerta y fui a abrir. Sonreí al ver a Klara, que venía con un platito cubierto de papel de aluminio.

—Os he traído unas roscas de vino que me salen riquísimas. He traído para todos.

—Ya veo.

La cogí y pesaba bastante. La dejé sobre la encimera.

—Me ha dicho Christian que ya os contó lo del abuelo.

—Sí. ¿Tú también lo sabías?

—Claro, cariño. Más que su amante, fui su fiel amiga.

Sonreía dulcemente.

—Me he quedado en *shock* al saber que viene al pueblo, pero tengo ganas de conocerla.

—Es muy divertida.

—Me lo dijo Christian. ¿La conoces?

—No, pero tu abuelo me enseñaba muchos vídeos y me hablaba mucho de ella.

—No me lo esperaba de él.

—Tu abuelo era muy bueno, pero las faldas le perdían. Raro es que solo le saliera una hija por ahí.

—Según Christian, tuvo sentimientos en su día por su madre.

—Sí, él me lo contó también, pero eso no quita que era muy mujeriego.

—Me quedo muerta.

—Por eso nunca me casé con él, a pesar de que me lo pidió en infinidad de ocasiones. Yo lo veía como mi amante y mejor amigo, no como mi marido, porque no fue ni una ni dos veces que pillé que tonteó con otras del pueblo. A mí me hizo mucho daño y aguanté porque lo he amado con todo mi corazón. Y aún lo sigo amando.

—Joder con mi abuelo.

—Solo se le puede tachar de eso. Por lo demás, era todo un señor y amaba a su familia por encima de todas las cosas. Solo quería dejaros a todos protegidos.

—Lo sé.

Sonreí.

—Bueno, ya sabes que siempre puedes contar conmigo.

—Y tú con nosotros.

Le acaricié el brazo.

—Me encanta que estéis en el pueblo.

—¿Quieres un refresco?

—No, me voy ya, que tengo a mi hermana en mi casa. Me devolvió la visita.

—Estupendo. Gracias.

Señalé al plato.

—Os aburriréis de todo lo que os traeré. A mí eso me entretiene.

—Y tienes muy buenas manos.

—Lo hago con el corazón.

Me dio un beso en la mejilla y la acompañé hasta la puerta.

Estaba flipando con lo de mi abuelo. Vamos, que era todo un terremoto con las mujeres hasta el final de sus días.

Mi padre me hizo una videollamada para enseñarme las lentejas que estaba haciendo para todos y que mañana nos daría. Se rio cuando le enfoqué mi olla y le enseñé lo que yo también estaba haciendo para todos.

—Pues nada, hija, tenemos comida para los dos siguientes días.

—Efectivamente.

Reímos.

Estuvimos hablando acerca de lo de Fátima. Decía que le daba curiosidad conocer a la hermana de mi mamá. ¿Se parecerían en algo a pesar de esa media genética que tenía árabe?

Quedó en pasarse por aquí para recoger su porción de roscos de los que había traído Klara.

Esta noche iba a cenar en su casa con Sophie, a la que le iba a preparar un pescado al horno. Se le veía tan ilusionado que me sorprendía verlo en ese estado, pero me encantaba. Se merecía todo. Amó a mi madre hasta el último momento y la respetó hasta después de muerta. Tenía derecho a rehacer su vida y volver a ser feliz.

Fui calentando la pasta en el horno, ya que le añadí un poco más de queso, y me abrí una lata de refresco que me recordó a las dos bajadas de tensión que me dio el día del arresto, porque lo de mi hermana también me dejó sin fuerzas.

Una notificación me hizo girar la cabeza hacia el móvil. Sonreí al descubrir de quién se trataba.

Mark: *Hola, amor. Estoy llegando a tu casa. ¿Hay un plato para mí?*

Sonreí porque no lo esperaba ver hasta mañana y se suponía que hoy tenía el día complicado.

Julieta: *Hola, vida. Claro que hay un plato y veinte si lo pides.*

No tardó ni cinco minutos cuando entró por la puerta y me agarró por las caderas, dándome un precioso triple de besos.

—¿Te han dado el día libre?

—No, todo lo contrario. Tengo que salir esta tarde hacia Viena porque, antes del domingo, vamos a cerrar una investigación y no sabemos aún qué día vamos a hacer las detenciones, pero tengo que estar allí desde ya. Estaba previsto para más adelante, pero ya tenemos todo lo que necesitábamos para implicarlos directamente.

—Te entiendo.

—En cuanto hagamos la operación regresaré. Puede ser el miércoles, el viernes o el domingo. El día no lo sabemos.

Me acariciaba las mejillas y no dejaba de darme besos.

—Bueno, a echarte de menos toca.

—Yo también te echaré de menos, a pesar de que estaré muy entretenido con el tema.

—Ten mucho cuidado.

—Por supuesto, amor.

—Venga, que preparo la mesa.

—Te ayudo. Qué bien huele.

Se acercó a la olla donde estaba el estofado con las patatas. Exigió un buen plato.

—Puedes comer también un poco de pasta.

—No, no, yo quiero el guiso.

Se frotó las manos.

Yo me serví la pasta y ya al día siguiente comería el guiso. A él le puse un buen plato a rebosar y, aun así, repitió un poco más. Le dije que se lo volvería a hacer cuando regresara.

Tomamos un café antes de que se marchara y nos despedimos con decenas de besos que no nos dejaban separarnos.

En ese mismo momento ya comenzaba a echarlo mucho de menos…

Mi padre llegó al ratito a por los roscos y tomamos un café mientras nos poníamos al día.

Se llevó su buena porción de estofado, con el que decía que tenía para tres días, pero las lentejas que nos había traído él podían invitar a todos los empleados del hotel. Anda que no era exagerado.

Capítulo 35



72 horas sin Mark…

El jueves pesaba demasiado y la sensación de vacío era cada vez más grande.

No eran ni las siete y media de la mañana cuando me estaba preparando un café para volver a la vida. Fue justo en ese momento cuando mi hermana me dijo por mensaje que en media hora nos veíamos en el restaurante, que Chris y ella tenían una reunión de emergencia conmigo.

Odiaba cuando mi hermana se ponía con esas tonterías para luego soltarme una chorrada, pero bueno, tenía tiempo de un par de cafés que me hicieran persona.

Cuando llegué al restaurante, me di cuenta rápidamente por sus caras de que no iba la cosa de broma y que algo pasaba.

Noel se acercó a la mesa con los cafés de los tres y el desayuno que mi hermana se había anticipado a pedir.

—¿Qué pasa?

—No me vayas a cortar, por favor —le pidió Chris a mi hermana.

—No lo iba a hacer.

Volteó los ojos.

Chris respiró hondo antes de continuar, como si estuviera ordenando las palabras.

—Tu abuelo le tenía puesto un hombre de seguridad a tu hermana sin que esta lo supiera. Teníamos miedo de que la familia fuera a por ella y se la llevase obligada al pueblo de la montaña.

Sentí un escalofrío.

—¿Le han hecho algo?

—Al chico que la vigila y la acompaña desde la distancia… Bueno, en realidad son dos que se turnan. Les sigo pagando yo desde el hotel con las facturas que inflaba para estos gastos. Anoche me mandaron unas fotos de un movimiento extraño de alguien hacia ella.

—No entiendo.

—Estas fotos son de ayer.

Me dio su móvil y me quedé a cuadros. En la pantalla se veía claramente a Mark con ella en un callejón. Ella estaba contra la pared escuchándolo y él tenía una mano apoyada en la pared, justo encima de su hombro. En otras imágenes parecía estar advirtiéndole de algo, como si la estuviera presionando o interrogando.

Se me encogió el estómago.

—¿Qué cojones hace Mark en Marrakech con ella cuando no tiene competencia?

Mi pregunta era para mí misma y, a la vez, en voz alta.

—Sigue pasando fotos.

Pasó a la siguiente imagen.

La policía marroquí se la llevaba esposada y a él se le veía cerrando la puerta del coche donde la habían montado, mirándola con un gesto duro, casi intimidatorio.

—No sabemos nada. Los de seguridad podían intervenir si era alguien ajeno, pero no con la policía. Dicen que han intentado obtener información de su detención, pero que está bajo secreto de sumario.

—Se suponía que Mark ya había cerrado este caso. ¿Qué más está intentando?

Chris negó con la cabeza.

—Fátima es una buena chica: estudiante, responsable, no sale, con notas altísimas… Vive para sus estudios. No tiene otra vida. Los chicos de seguridad siempre me mantienen informado de todos sus movimientos, con fotos y audios explicándome qué hace, lo mismo que hacían con tu abuelo.

»Jamás hizo otra cosa que tomarse un té en la Plaza de Marrakech. Lo demás es comprar comida, ir a la universidad y estar metida en casa.

Sentí cómo me subía la presión en el pecho.

—Dios mío… esto es de locos.

Me pasé la mano por el pelo con desesperación, intentando encajar lo que estaba viendo.

—Yo creo que quedó tan mal con el caso que está intentando joder a alguien y salir victorioso —expresó mi hermana, cruzándose de brazos con rabia contenida.

—Me está entrando ansiedad. Me da mucha pena que esa chica tan joven ahora se vea encerrada en un lugar que a saber cómo estará. Voy a matar a Mark, os juro que lo mato. Él sabía que era nuestra tía.

—Ese poli cada vez me da más asco.

Sentenció mi hermana.

—Seguro que ahora su familia le quita el dinero que el abuelo le había enviado ya.

—No, porque ella tiene una parte que le dio, pero en una cuenta de aquí y que no podía traspasarse hasta que terminase la carrera, al igual que la casa, que sigue a nombre de vuestro abuelo, como en vuestro caso. Ella sola es la que en su día puede firmar y adjudicárselo como vosotras. Ahora mismo solo tiene el uso y disfrute de la vivienda y la cuantía que le paso todos los meses.

—Qué fuerte, porque a saber con qué pruebas la encierra si ella no hizo más que recibir un dinero que le pertenece.

—La va a implicar en algo para él salir victorioso y no con el culo al aire como se quedó con la detención de Chris.

—A esa chica le está haciendo lo mismo que a mí, señalarla por algo sin pruebas contundentes. Aquí me huele que hay tratos de favores entre la poli marroquí y él.

Justo en ese momento, y dejándonos a todos descolocados, apareció Mark.

Ninguno de los tres pudo reaccionar. Nos quedamos mirándolo sin saber qué decir. Obvio que, si la detuvo el día anterior, por la noche pudo coger un vuelo o esta misma mañana uno de esos que hay tempranísimo.

—¿Ya has terminado tu misión, *Terminator*?

Lo llamó así mi hermana con cara de pocos amigos.

—Calladita estás más guapa.

—No serás tú quien la vaya a mandar callar.

La defendió Chris.

—Tú también te vas a callar.

El tono y la mirada de Mark fueron fulminantes.

—¿Qué está pasando?

Le hice la pregunta en tono de reproche y retándolo.

—Está pasando que ahora sí ya se cerró la operación.

—¿Deteniendo a una inocente?

—No solo a ella, los escoltas también fueron detenidos. ¿Os enviaron información mía?

Preguntó como si se las supiera todas.

—¿Y de qué cojones se le acusa?

Le preguntó Alexandra en tono muy alto.

—De estafar a tu abuelo y a este que sigue haciendo los envíos.

Le contestó en tono de burla y muy cabreado de que lo estuviéramos retando constantemente.

—¡Era su hija!

Grité como diciéndole que se dejase de poner palabras de implicación a algo que no era así.

—¡No lo era!

Me contestó en tono alto, como diciendo que, si yo chillaba, él también podía.

—Vamos a calmarnos todos y escucharlo.

Pidió Chris tras hacer un resoplido en el que vació todos los pulmones.

—Todo es más complicado de lo que imagináis. Y con la detención de Chris no cerramos el caso, ya que había una parte en colaboración con Marruecos.

—Tú hasta no salir victorioso no vas a parar.

Le reprochó mi hermana y la miré fulminante.

—El caso es que a Chris se le detuvo para que cantase delante del juez todo lo que sabía, pero al aclarar todo con sus gestores no tuvimos opción. Nunca fue un sospechoso claro; pensábamos que estaba amenazado, como lo pudo estar vuestro abuelo.

—Es su hija…

—No, no lo es. Tenemos todas las pruebas de ADN y podéis hacer mil pruebas más si queréis, y ella se dejará hacerlas desde prisión. Nunca estuvo en la universidad ni vivía en Marrakech, que era donde iba para seguir fingiendo ante ti y ante el abuelo —señaló a Christian.

»Todo esto es una trama con la que lograron sacar mucho dinero para financiar su vida y vivir desahogadamente, con un nivel muy alto. A vuestro abuelo, la madre de Fátima le tendió una trampa. El padre de verdad es un marroquí que vive con ella y tiene menos escrúpulos que esta.

»Educaron a su hija para fingir más cuando fuera mayor y así sacar todavía más dinero. De ahí que dijera que no se hablaba con la familia, para sacar más tajada.

—¿Y cómo los de seguridad, que no tienen nada que ver con la familia y que se supone que contrató el abuelo, están implicados en el ajo?

—Porque un primo de la madre de Fátima se hizo pasar por amigo de tu abuelo, como si lo comprendiese y lo fuese a ayudar en todo para que pudiera ver a su hija en vídeos y fotos. Todo era una trama.

»Y ese mismo primo le aconsejó dos escoltas que él mismo buscaría para que Fátima estuviera protegida en Marrakech. Así se aseguraban el control de todo. Sacaban dinero de todas partes.

—Qué fuerte…

Murmuré con tristeza.

—Por eso siempre se dijo que la familia de la madre de Fátima no permitía la relación con tu abuelo. Era la excusa perfecta para que ella no tuviera que llevar una doble vida. No debería hacerlo, pero os voy a enseñar uno de los vídeos que tiene el juzgado de Marruecos y por el que será acusada.

En la pantalla se la veía claramente riéndose con los de seguridad mientras decía que, cuando llegase a Austria, iba a desplumar a las «nietísimas».

Mi hermana y yo miramos a Chris, que estaba tan impresionado como nosotras. Estaba claro que se habían reído del abuelo durante mucho tiempo.

Los padres de Fátima y el primo también habían sido detenidos, como era normal.

Mark me acompañó a hablar con Lukas, el gestor, que casi sufre un infarto al ser consciente de todo. Lo más fuerte es que ella no iba a poder disfrutar de la herencia, ya que estaba claro que no era su hija. Eso sí, le habían sacado muchísimo dinero durante muchos años.

Qué asco de humanidad…

Tenía claro que ahora lo único que me importaba era que no se pudieran llevar lo gordo. No porque fuese a pasar a mi hermana y a mí, sino porque demasiado se habían llevado ya de una mentira de lo más deleznable.

Fuimos a casa de mi padre y le contamos todo Mark y yo. Se quedó pálido y le costó reaccionar a todo.

Había sido un gran palo. Y el pobre Chris convencido de que iba a venir con un visado de estudiante cuando la realidad es que ella misma tenía todo tramado a su alrededor y saldría con otro tipo de visado.

Lo más gordo es que Chris reservó hasta en la universidad privada en la que ella tenía que aportar una documentación de la que dijo que se encargaría. ¿Cómo pensaba sustentar esa mentira?

Capítulo 36



Un sábado con más calma…

Habían pasado dos semanas desde que Mark regresó de Marrakech de una operación que salvó nuestras vidas. Así se veía ahora.

Mi hermana ya no lo llamaba el poli malo; había pasado a ser el poli héroe.

Lukas había arreglado los papeles para que el uso y disfrute de la otra casa pasara a ser nuestro durante los próximos cinco años. Después nos la adjudicaríamos definitivamente, igual que el dinero que estaba destinado a Fátima, que era una cantidad considerable y que ahora quedaría repartida de forma equitativa entre nosotras, ya que el hotel pasaría a ser nuestra responsabilidad. Todo acabaría formando parte de la herencia.

La otra casa la pusimos en alquiler hacía apenas tres días. Podía explotarse perfectamente y que ese dinero fuese a parar a la cuenta de la herencia que recogeríamos unos años más tarde. Nos la quitaron de las manos al día siguiente. Además, la alquiló una familia que la necesitaba durante dos años porque estaban aquí por el traslado del marido, que era profesor.

Alexandra ya se había ido a vivir al piso de Chris, el que mi abuelo le regaló en su día, y yo estaba a caballo entre nuestra casa y la de Mark.

Todo el asunto nos costó varios días digerirlo. El *shock* había sido enorme. Hasta Klara lloró al saber cómo habían engañado al abuelo. Aquella mujer lo quiso mucho, incluso sabiendo que no había sido un gran hombre como pareja.

Tomaba el primer café del día en el porche de la casa de Mark mientras lo esperaba. Se había levantado muy temprano para ir a comprar pan recién hecho del horno y algunas cosas más. A él le gustaba madrugar, y yo me quedé un rato más en la cama disfrutando de ese pequeño lujo.

Mi padre estaba muy feliz con Sophie, con la que se veía cada día y con la que alternaba las comidas entre la casa de uno y la del otro. Ese fin de semana ella se había ido a la suya a pasarlo entero. En breve terminarían viviendo juntos porque se llevaban genial y la conexión entre ellos era evidente.

El salón de belleza iba viento en popa y tuvimos que contratar a una chica más, Gina, una joven que era un auténtico torbellino de alegría y que estaba demostrando cuánto amaba esta profesión. Estaba encantada con la oportunidad que se le había dado y se notaba en cada cosa que hacía.

De todas maneras, éramos conscientes de que mi hermana tendría que bajar el ritmo en unos meses y luego necesitaría tiempo cuando naciera el bebé, así que no descartábamos tener que contratar a otra persona más, porque trabajo había de sobra.

Lo bueno de todo lo que había pasado es que Mark me comentó que aquella había sido la última operación que llevaba. A partir de ahora se quedaba como jefe en las dependencias policiales principales de este estado, que estaban a apenas media hora de allí.

Comenzaba el lunes en su nuevo puesto e iría todos los días de siete a tres, de lunes a viernes. Estaba muy contento… y yo también. Porque, después de todo lo vivido, aquella nueva etapa sonaba exactamente a lo que ambos necesitábamos: calma.

Le pillaba bien desde mi casa o desde la suya, así que ahí seguiríamos, haciendo vida en los dos sitios porque mientras él trabajaba, yo hacía mis cositas en el hotel, ya que me estaba dedicando a potenciar las redes sociales y a ofrecer nuevas ofertas.

Me estaba convirtiendo en la relaciones públicas del hotel, restaurante y salón de belleza, aunque este último lo vendía mucho mejor mi hermana con sus redes. Venía gente de todos los pueblos con tal de verla; estaba hecha toda una *influencer*.

Justo cuando me estaba haciendo el segundo café, escuché a Mark entrar con el coche. Aproveché para echarle otro. Los llevé al porche mientras él sacaba las bolsas del maletero.

—Buenos días, amor.

Me dio un beso en los labios.

—Buenos días, vida.

Sonreí.

—Dejo las bolsas en la cocina y vengo.

No tardó nada. Se sentó a mi lado para tomar el café y ahora prepararíamos el desayuno, pero me gustaba disfrutar de estos amaneceres desde la calma.

—¿Qué tal estás?

—Bien, me levanté hace poquito. Es mi segundo café.

—He comprado el pan y en el mercado cogí pescado, verdura y fruta.

—De lujo. ¿Y qué plan tenemos hoy?

—Pues he pensado que podemos freír pescado variado y acompañarlo de una ensalada.

—Por mí perfecto. Lo que pasa es que Alexandra y Chris lo mismo se cuelan por aquí. Vamos, estoy casi segura.

—He comprado muchísimo pescado, no hay problema por eso. Podrías preguntar a tu padre si le apetece venir con Sophie.

—Pues sí, la verdad es que estaría guay que vinieran todos. Voy a hablar en el grupo familiar.

Escribí y mi padre me dijo que me lo confirmaba en un rato. Mi hermana puso un gif de que ya venía corriendo. Yo sabía que Alexandra venía sí o sí. Le encantaba este lugar y decía que le recordaba a la paz de la cabaña.

Estaba loca con su barriguita y aún no lo había anunciado ni a sus clientas, ni a los empleados ni a nadie; todo lo haría con la eco de los tres meses que le garantizara que todo iba bien.

Mi padre escribió en el grupo confirmando que venían.

Eran las once y media cuando mi hermana apareció con Chris. Venía vestida con una falda corta de tablitas en color blanco y lunares rosas claros del mismo tono que su top. Tenía todo el arte y, encima, lo llevaba con clase y elegancia.

—Hermana, a ver si lo que tengo en la barriga es un *Tamagotchi*, porque a mí no me crece nada.

—Hija, estás de poco más de un mes, ¿qué quieres, llevar ya un barrigón?

Volteé los ojos y me reí.

Chris me dio un beso en la mejilla después de abrazar con unas palmadas en la espalda a Mark. Traía tres botellas de vino blanco.

Mi padre y Sophie no tardaron en llegar y tampoco venían con las manos vacías, ya que traían una bandeja de pasteles para merendar de una confitería buenísima del pueblo, además de una botella de tres litros con salmorejo hecho por él que metí del tirón en el frigo. Me encantaba cómo le salía de rico.

Sophie nos sorprendió a mi hermana y a mí dándonos un regalito a cada una. Estaba envuelto muy elegante y cuidado. Le dimos las gracias antes de abrirlo.

Al quitar el papel, había una cajita de estas que venden para meter un regalo y que luego vale como almacenaje decorativo. Dentro había un precioso top de hilo en tono amarillo pastel con margaritas bordadas. En el caso de mi hermana era rosa claro con florecitas más intensas. Eran preciosos, y más aun sabiendo que los había hecho ella para nosotras.

Se lo agradecimos de lo más emocionadas. Estaba claro que los íbamos a usar porque con unos vaqueros cortos quedarían una chulada. Me había quedado prendada y, por la cara de mi hermana, estaba igual que yo.

Alexandra decía que mañana se lo pondría para grabar contenido hablando de que era una prenda hecha a mano especialmente para ella. Sophie sonreía feliz escuchándola. Era una mujer que se veía muy humilde y buena.

Los chicos se encargaron de la comida mientras nosotras tomábamos un vino; bueno, menos mi hermana, que por su estado tomaba un refresco sin gas.

Pusieron dos bandejas de pescado frito en la mesa y dos de ensalada, además de patatas chips, olivas de origen español —como no podía ser de otra manera— y unas tostas con crema de langosta que compró Mark hacía unos días y aún no las habíamos probado.

Era increíble cómo habíamos agrandado la familia en un país al que veníamos de vacío, a empezar de cero.

Y todo en tan poco tiempo, en el que habían pasado cosas surrealistas que aún me causaban mucha rabia y tristeza, pero cada vez me acordaba menos. Quería mirar hacia delante con todo lo bonito que tenía a mi alrededor.

—Entonces, ¿cómo le llamarás si es niña o niño?

—Lo mismo me nace un therian.

—Alexandra, por Dios —le dije.

Nos reímos todos por esa moda que se veía ahora tanto de personas que se sentían animales.

—Hoy en día hay que estar preparados para cualquier escenario.

Se encogió de hombros y miró con una sonrisa a Chris, que se frotaba la cara a modo de resignación.

—A los hijos hay que quererlos y apoyarlos en todas sus decisiones, obviamente aconsejándoles e intentando que entren en razón.

—Papá, pues a mí me dice mi hijo que es un caballo y le monto una cuadra y lo dejo allí a agua y paja.

Mi hermana tenía unas cosas buenísimas que nos hacía reír un montón. Estaba claro que estaba con una ilusión enorme, que la tenía de lo más nerviosa.

Todos estábamos deseando que llegase su primera eco de los tres meses.

Capítulo 37



Acabábamos de salir de la primera ecografía de mi hermana, a la que acompañé con Chris por petición de ellos.

A mí me hacía mucha ilusión, pero no dije nada, ya que entendía que ese lugar era de los futuros papás. Aun así, me arrastraron con ellos, haciéndome partícipe y permitiéndome vivir un momento precioso.

Era un niño y todo iba bien…

La emoción se pudo ver en nuestras caras, en las que las lágrimas salían con una intensidad que no se podía explicar.

Mi padre, con Sophie, y la mamá de Christian con su tía nos esperaban en una cafetería frente a la consulta. Cuando les dijeron el sexo y que todo estaba bien, los aplausos y abrazos no tardaron en llegar.

Mark estaba trabajando y le mandé la eco por mensajes comentándole que veía un varoncito. Se puso muy contento y dijo que ese sería un futuro poli. Me hizo mucha gracia ese comentario.

Cogí mi coche nuevo, que me había comprado dos semanas atrás, y me dirigí hacia la casa de Mark, ya que era viernes y los fines de semana nos quedábamos allí, sí o sí. Luego, durante la semana, vivíamos entre los dos sitios.

Comenzaba a hacer un poco de frío, aunque era normal en un octubre en el que en las montañas se dejaba notar y mucho.

Llegué a la casa y encendí la chimenea mientras me ponía el chándal. No la habíamos puesto hasta ahora, ya que Mark dejó todo preparado para inaugurarla hoy, pero yo ni lo esperé. Quería que estuviera en marcha cuando él entrase por la puerta.

Me metí en la cocina para preparar la comida. Antes le di al play a mi lista de reproducción del móvil para que las canciones me acompañasen.

Había comprado en la pescadería todo lo necesario para hacerle una paella. Le encantaba cómo yo la hacía y llevaba varios días pidiéndomela. Así que hoy se iba a llevar la sorpresa.

Sonreía mientras picaba la verdura para el sofrito y, mientras escuchaba música, hacía un recorrido por todo lo que habíamos vivido en tan poco tiempo desde que llegamos al pueblo.

Ahora tenía la sensación de tener una gran familia que habíamos ido formando casi sin darnos cuenta.

Mientras hacía el sofrito, en una cacerola cocí una parte del marisco para sacarle el caldo que luego me valdría para el arroz. También cocí unos mejillones para decorar la paella, que llevaría langostinos, choco y almejas.

Cuando se estaba acabando de hacer y ya tenía una pinta increíble, apareció Mark. Al entrar en la cocina y verla, se vino directo a darme un beso y cogerme en el aire.

—Gracias, amor, por tan bonita sorpresa. Además, vengo con mucho apetito.

—Pues cinco minutos y la ponemos en la mesa.

—Ya he visto que has encendido la chimenea —sonrió—. Comeremos en el sofá frente a ella. Me cambio y descorcho una botella. Estoy libre hasta el lunes.

Apretó su puño y llevó su brazo hacia atrás, causándome una risilla.

—Ponte cómodo, que hasta el lunes vamos a estar incubando.

Volvió a hacer el gesto con el brazo. Estaba eufórico.

Puse la paellera en el centro de la mesa con una tablita de madera debajo, ya que aún desprendía mucho calor. Mark cogió la botella de vino que fue abriendo mientras se acercaba.

Sirvió las dos copas y las chocamos antes de dar un trago. Era un vino blanco español de La Rioja.

—¿Qué tal la mañana?

—Bien, todo muy tranquilo. La mujer de Williams apareció con una caja de galletas hechas por ella. Eran de mantequilla y canela; estaban riquísimas.

—¿Él es el que se jubila el año que viene?

—Sí, el que siempre está de bromas. Tiene un carácter muy noble y divertido. Es el policía más humilde que he conocido.

—Entonces hoy comiste galletas, ayer llevó un compañero un bizcocho que hizo también su mujer… Veré qué se me ocurre para que lleves el lunes.

Apreté los dientes y se me escapó la risilla entre ellos.

Mark sirvió los platos, que para eso era un fenómeno. Emplatar para él era como el pan: no podía valer de cualquier manera.

—Te ha salido increíble, vida.

—Sí —gemí—, está deliciosa. Y el pan tiene delito también.

—Delito tienes tú en comparar el pan con la paella.

—No la he comparado —puse los ojos en blanco—, solo te he dicho que el pan está riquísimo. Además, este es el que te gusta a ti y cuando hay otro, no te hace gracia.

—Me encanta cuando te pones a la defensiva rápido.

—Estás muy gracioso tú.

Volví a voltear los ojos y se le escapó una carcajada.

—Si sabes que me encanta buscarte. —Me echó la mano por el hombro y me dio un beso en la mejilla—. Si tú dices que el pan está mejor que la paella, yo doy fe.

—¡Bobo!

Le di un puñetazo en el hombro.

La paellera era para cuatro personas, pero no quedó ni un grano de arroz. Nos la comimos con un gusto que no tocamos ni el marisco que cocí para hacer el caldo. Mark decía que le sacaría la carne y haría un pastel de marisco para comerlo en sándwiches por la noche.

Mi hermana me llamó por teléfono y eso me dejó extrañada porque ella normalmente era de poner mensajes.

—¿Qué pasó? —pregunté preocupada.

—Todo bueno. ¿Sabes que he cerrado la caja de hoy con cuatro mil euros?

—Qué bueno, cariño.

—Nos vamos a hacer ricas gracias a mí.

Me eché a reír porque tenía mucho arte. La verdad es que se estaba esforzando mucho con el salón y por eso se llevaba un megasueldazo extra, porque era la que estaba al pie del cañón en la peluquería. Además de cobrar, al igual que yo, por la parte de todo el conjunto: hotel, salón y restaurante.

—Con tener para vivir como tenemos ya soy feliz, pero eso sí, tengo que decirte que has dado un cambio tan bonito y estás tan implicada en todo que pareces otra persona.

—Soy la misma, pero con más madurez.

Carraspeó y sonreí tras el teléfono.

—Vas madurando, sí, cariño.

—Por cierto, ¿qué te parece que mañana vayamos a dar por culo allí y nos preparáis una buena comida?

Mark, que la estaba escuchando porque tenía el manos libres, asintió dando su aprobación.

—Claro.

—Sobre la una estaremos allí.

—Perfecto, cariño.

—Dale un beso a mi cuñado favorito.

—Hecho.

Mark sonrió. Se llevaba con mi hermana genial y se buscaban mucho.

—Escribe a tu padre para que venga con Sophie.

—Este finde se iban a Viena.

—Es verdad… qué cabeza la mía.

Capítulo 38



Habían pasado dos meses y pico desde la eco de mi hermana y ya nos encontrábamos en un 24 de diciembre que invitaba a pasarlo en familia.

Me encontraba tomando el primer café de la mañana sentada frente a la chimenea. A media mañana comenzarían a llegar mi padre y Sophie, que vivían felizmente juntos, mi hermana, Chris y su madre, y Klara, a la que no podíamos dejar atrás.

Por cierto, Lena —que así se llama la mamá de Chris— y Klara habían hecho muy buenas migas. Se conocían del pueblo, pero en los dos últimos meses iban juntas cada día a desayunar al restaurante y luego se hacían sus caminatas e incluso se iban a la ciudad de compras. Ambas estaban estupendas.

Mark se había ido hacía diez minutos a comprar algunas cosas de última hora y, aunque iba a haber comida para un regimiento —ya que todos iban a traer algo—, él quería tenerlo todo bajo control.

Yo, cuando lo escuché levantarse, me hice la dormida para que tuviera piedad de mí y me dejase en la casa calentita. El plan me funcionó, puesto que, tal como escuché el coche salir por la puerta, me levanté a prepararme el primer café.

Todos se quedarían aquí hasta pasado mañana, ya que no solo viviríamos la Nochebuena, sino también el día de Navidad. Además, había tres habitaciones de sobra en las que dormirían de dos en dos.

Estaba disfrutando de los meses más bonitos de mi vida, en los que sin duda me estaban haciendo sentir que era otra persona. Estaba más en calma, confiaba más en mi hermana, veía a todos felices a mi alrededor y, de algún modo, sentía que estaba junto al amor de mi vida.

Me preparaba una tostada cuando mi hermana me envió una foto de la tortilla de patatas gigante que había hecho para picotear al mediodía. Tenía una pinta brutal y se me hacía la boca agua.

Mientras me comía la tostada y me tomaba otro café en la cocina, rebozaba las croquetas del puchero, cuya masa había preparado la tarde anterior. Le iban a venir muy bien al picoteo del mediodía junto con la tortilla y todo lo que se pondría.

Habían salido noventa y seis croquetas de tamaño mediano. Vamos, que teníamos para el día siguiente también y hasta sobraría para otro día. Las dividí en tres envases y las dejé en la nevera; luego sacaríamos uno.

Mark llegó y salí a ayudarlo. Traía en el maletero del coche dos cajas de botellas de vino, un cochino limpio partido por la mitad y un montón de bolsas.

Mientras yo fui colocando todo en la cocina, él se fue a preparar el horno de piedra para meter el cochinillo y que se fuera haciendo para tenerlo listo para el almuerzo. Como decía, íbamos a echar comida por los ojos.

Traía marisco fresco, patés artesanales de la zona, cinco panes de pueblo para los dos días y un montón de productos más. Mark con la comida era mano suelta.

—Ya he metido el cochinillo.

Había estado esperando hasta darle al horno la temperatura perfecta. Para eso era muy meticuloso.

—Ya se puede usted quedar tranquilo.

Le di un pellizco en el culo.

—Lástima que no me cogió girado.

—Si te lo doy en los huevos estarías ahora bailando una sevillana.

Me reía observando cómo hacía el amago de bailarla. Ya había intentado mil veces que la aprendiese, pero lo di por caso imposible.

Es más, Klara y Sophie ya sabían bailarla gracias a los cursos que les daba Alexandra cuando nos reuníamos aquí, y él aún seguía en la primera parte de la primera. Eso sí, al menos levantaba los brazos aunque pareciese un torero.

Llegaron los seis a la vez, venían en dos coches. Como era de esperar, no solo traían sus ropas para quedarse hasta pasado mañana, sino también comida preparada y sin preparar, como si se fuesen a quedar de okupas hasta después de Reyes.

La mesa del salón era grande para diez o doce comensales. Costó moverla porque era de madera buena, pero nada que se les resistiera a los tres hombres. La pusieron delante de la chimenea, retrocediendo el sofá que era una L grande.

Mi hermana aplaudía mientras los grababa en vídeo para luego hacer cortos para un reel de ese día. Realmente nos grababa a todos y a todo.

Ya tenía la barriga redondita, pequeñita pero notable. Estaba feliz de la vida esperando a su varoncito, por el que todavía discutían el nombre. Cuando pensaban que ya tenían decidido uno, luego decían que lo descartaban por cualquier motivo. Estaban de lo más indecisos.

Nos sentamos a comer cuando Klara dijo que tenía que comunicarnos algo. Todos la miramos sonrientes sin saber por dónde iban a venir los tiros.

—El caso es que hemos decidido irnos a vivir juntas.

Lo más sorprendente era que esto no lo había dicho Klara, sino la mamá de Christian. La cara de este fue todo un poema.

—¿Sois novias?

Mi hermana no tenía filtros a la hora de preguntar.

—Vivir juntas como amigas, cariño —le dijo Christian.

—¿Qué más da con quién comparta yo mi cama, si yo nunca me he metido con quien tú metes en la tuya?

—Hostias, suegra, muy bien contestado.

Alexandra aplaudía con efusividad y Chris la miraba con tono de reprimenda.

—Mamá, ¿tenéis una relación más allá de la amistad?

—Hijo, yo tengo sesenta años y ella sesenta y cinco —Klara era mucho más joven que mi abuelo—. A esta edad, ¿para qué nos vamos a andar con tonterías? Muchas veces la ilusión viene de quien menos lo esperas.

—Di que sí, abuela.

—Qué monas… —dijo Sophie mirándolas embelesada.

—El amor es bonito en todas sus formas. Felicidades —dijo mi padre.

—Pues yo qué quieres que os diga —solté—, solo os puedo desear felicidad. Hacéis una pareja muy bonita.

Chris cogió la botella de vino y se sirvió la copa hasta arriba. Lo vi venir y no me equivoqué: se la bebió de un trago.

—Klara, me caes muy bien —dijo Chris—. Bienvenida a la familia y perdona por tardar en digerir que mi madre es libre de amar a quien le dé la gana. Felicidades a las dos y mi respeto.

—¿Te puedes reír un poco, hijo?

Le preguntó mi hermana dándole una colleja.

—Ahora, sí.

Soltó una carcajada después de beberse mi copa, el muy descarado. Nos reímos un montón.

Estaba claro que nos pillaba por sorpresa, pero la realidad es que se habían vuelto inseparables y que se las veía más llenas de vida desde que salían juntas.

—Al menos el niño va a tener un abuelo y dos abuelas.

Le dijo Chris a mi hermana en alto.

—De todas maneras, Klara lo hubiera sido también.

Le contestó ella mirando hacia Klara mientras ambas sonreían.

—Es verdad, es verdad.

Chris estaba nervioso y se le notaba a la legua. Lo transmitía con cada palabra y movimiento.

Pasamos un día precioso en el que no faltaron risas, abrazos, confidencias y mil anécdotas que iban saliendo de nuestras vidas.

Capítulo 39



Era un sábado de finales de abril cuando mi hermana se puso de parto mientras los cuatro desayunábamos en la terraza de nuestro restaurante.

Todo pasó en cuestión de segundos. Chris salió disparado del hotel y fue directo al coche donde tenían las bolsas preparadas para cuando llegara ese momento.

Mark y yo le seguimos en el nuestro, pegados detrás, mientras por el camino llamábamos a mi padre y a la madre de Chris para avisarlos. Los cuatro salieron enseguida hacia el hospital.

Menos mal que llegamos rápido y casi al mismo tiempo que ellos, porque a mi hermana se la llevaron directamente al paritorio. Chris entró con ella, pero no duró mucho: se mareó a los pocos minutos y tuvieron que sacarlo. Así que me tocó a mí coger el relevo y entrar a acompañarla cuando, en realidad, a mí también me flaqueaban las piernas.

Entre contracción y contracción me apretaba la mano con todas sus fuerzas. En uno de los empujones, sin previo aviso, se llevó mi mano a la boca y me pegó un bocado que me dejó aturdida. Justo en ese mismo instante nació Terry, que así lo iban a llamar.

A ver… que sí, que era mi sobrino y las dos lloramos de emoción. Pero con el aspecto tan desagradable con el que salió —arrugado, rojo y lleno de todo lo imaginable— yo terminé vomitando. Tal cual. Menuda ayuda tenía mi hermana por parte de su familia.

Recogieron todo a toda prisa mientras una enfermera limpiaba al bebé y se lo colocaban en el pecho a mi hermana. Yo pedí perdón varias veces, muerta de la vergüenza. Me dijeron que no me preocupara, que era algo más común de lo que parecía, pero el numerito ya lo había dado.

—Ni para ayudarme a parir sirves —decía cuando le cogieron al niño para llevarlos a la habitación.

—Me has mordido y, entre eso y lo desagradable que venía Terry, se me revolvió el estómago.

—Una bomba te voy a poner a ti y a Chris en el culo.

—Te veo muy animada para haber parido.

—Tampoco ha sido para tanto.

—Sí, claro, después del bocado.

Me reí y la abracé fuerte por encima de ella.

—Te quiero, hermana.

—Y yo, preciosa mamá.

—¿A quién se parece el niño?

—Hermana, por Dios, ¿cómo me puedes preguntar eso si aún estaba arrugadito?

Volteé los ojos y en ese momento comenzaron a sacarla del paritorio. La familia le daba besos, frenando al celador que la llevaba.

—Cariño, has sido toda una campeona.

—Calla, que aún no la inscribo como hija tuya. ¿Así piensas protegernos?

—Yo no puedo verte sufrir, se me baja la tensión.

—Uno con la tensión y la otra con los vómitos.

Fue decir eso y, de nuevo, comencé a vomitar y a sentirme mal. Una enfermera me atendió enseguida y me llevó a la sala de urgencias. Bastaron dos pruebas y apenas diez minutos para que el médico regresara y nos comunicara a Mark y a mí que estaba embarazada.

—No puede ser…

Murmuré en *shock*.

—Amor, vamos a ser padres.

—Claro que puede ser, siempre y cuando me digas que no has tenido relaciones sexuales.

—Y en abundancia.

Contestó Mark con una sonrisilla mientras me miraba emocionado y me acariciaba la mejilla.

Cuando llegamos a la habitación donde estaban todos, nos miraron preocupados por cómo me encontraba.

—Nada, poca cosa… que estoy preñada de un alemán medio austriaco.

Me salió así, tal cual, y la cara de todos fue de absoluto asombro.

—Podéis cerrar las bocas.

Les dijo Mark al ver que se habían quedado en *shock* con la boca abierta.

—Hija… ¿de verdad?

—Sí, papá.

—Ya me robó el protagonismo.

Nos echamos a reír con el comentario de mi hermana.

—No, cariño, hoy es tu día y el de tu bebé.

Nos fundimos en un abrazo.

—Me hace mucha ilusión ser tía. Además, estos primos se tienen que criar juntos. Te quiero, hermana.

Todos nos felicitaron y nos abrazaron. Nacía Terry empujando a otro bebé que venía de camino.

Yo seguía totalmente en *shock*…

Iba a ser madre y, aunque tampoco podía decir que fuera imposible, sí que era algo que no me esperaba en absoluto. Bueno, tampoco lo descartaba del todo, dado que el preservativo se nos olvidó más de una vez con los calentones que nos entraban.

Miré a mi sobrino en su cunita del hospital y sonreí. ¿Acaso no era esa la esencia de la vida? Sonreí sabiendo que no era el único ángel que llegaba a nuestras vidas.

Seguía en *shock*, sí, pero poco a poco comenzaba a ser consciente del momento tan bonito que iba a empezar a vivir junto al hombre que amaba. Ese que, por cierto, estaba hecho un manojo de nervios de felicidad y se le notaba en la cara.

Después de una hora dejamos a los padres descansar con el bebé. Al día siguiente, si todo seguía así, les darían el alta.

A mi hermana no le habían tenido que dar ni un punto y solo le faltó salir del paritorio andando y bailando por sevillanas.

Nos habían dicho que estaba de ocho semanas. Obviamente, yo sabía que me había faltado la regla, pero es que dos o tres veces al año se me retrasaba hasta veinte días, por lo que no le di la menor importancia.

Mark iba todo el camino poniéndome la cabeza como un bombo con todo lo que teníamos que hacer respecto al embarazo y a la llegada de nuestro bebé.

—¿Tú eres consciente de que quedan siete meses para su nacimiento y aún estamos en el primer trimestre?

—Vida, ya está ahí. Puedo sentirlo.

—Mira hacia delante, que me tienes nerviosa perdida.

Me reí mientras negaba con la cabeza y miraba por la ventanilla, sabiendo que Mark iba a vivir todo esto con mucha intensidad. Se notaba que la noticia le había caído como una bendición y que la había asumido con felicidad desde el primer segundo.

Llegamos a la casa y, después de ducharnos, comenzamos a preparar la cena mientras él seguía hablando de un mundo de posibilidades. Si por él fuese, ya estaría preparando la habitación del bebé sin saber siquiera el sexo.

Esa noche dormimos abrazados después de charlar hasta altas horas…

A la mañana siguiente le dieron el alta a mi hermana Alexandra, que por cierto se iba a ir a vivir a la casa del abuelo para estar más cerca de los negocios, ya que la teníamos cerrada y yo vivía prácticamente de forma permanente con Mark.

Por la tarde fuimos a merendar con ellos después de que los abuelos hubieran pasado un rato con el bebé. No queríamos presentarnos todos de golpe y volverlos locos en un momento en el que lo que más necesitaban era tranquilidad.

Compramos una bandeja de dulces de los que le gustaban a mi hermana y estuvimos con ellos un buen rato, durante el cual tuve a mi sobrino casi todo el tiempo en brazos.

Terry era precioso, tan frágil y vulnerable que daban ganas de tenerlo así hasta que creciera. Mark también lo cogió un ratito y se le podía ver la emoción en los ojos.

Para ellos comenzaba una preciosa vida en familia. Y, en unos meses, si Dios quería, también comenzaría la nuestra.

Capítulo 40



Unos meses después…

Decir que mi embarazo había sido toda una bendición se quedaba corto. Con Mark y con mi familia todo había sido demasiado fácil.

Recordaba el día que nos dijeron que era una niña y cómo todos lloraban de felicidad. Fue algo que se me quedará grabado en la retina para siempre.

Ese mismo día, sin decirme nada, Mark me llevó directa a escoger la habitación para la niña. Tenía unas ganas locas de verla montada. Jamás imaginé que llegara a ser así de impaciente.

En el hotel yo hacía poco: solo revisar números, cuentas bancarias y demás, pero solo revisar. Chris y los gestores lo llevaban demasiado bien.

Mi hermana iba al salón los días que venían *influencers* o gente famosa en busca de caer en sus manos y, de paso, llevarse la foto. El resto del tiempo, entre las tres empleadas, lo llevaban genial y se habían ganado la confianza de todas las clientas.

Alexandra se había hecho muy reconocida en las redes a nivel mundial y las marcas le pagaban pastizales, además de regalarle productos. Y con esto del bebé, mucho más.

Con decir que yo tenía de todo para cuando naciera la niña y no tener que gastarme ni un euro: cremas, pañales, toallitas húmedas, bodis que le regalaron y no le dio tiempo a usar todos, baberos, colonias y un sinfín de cosas que me iban a venir genial.

Estábamos desayunando en el porche cuando comenzaron las contracciones, cada vez más seguidas. Nos fuimos al dormitorio para cambiarnos e irnos al hospital y, en ese momento, rompí la bolsa.

Los nervios se apoderaron de Mark, que para el tema del embarazo y su hija estaba de lo más sensible. Le tuve que dar un chillido para calmarlo.

—¡Vaya poli!

Dije al montarme en el coche y cerrar la puerta.

—Esto no va de heroísmo, va de algo más profundo y sentimental.

—Encima, poeta.

Volteé los ojos y reí a la vez que me quejaba de que me había dado otra contracción.

—O te aligeras o nace en el coche.

Sacó la sirena móvil que tenía en el coche para cuando lo llamaban y tenía que ir urgente a algún sitio, y comenzaron a abrirle paso los coches en todo momento.

En mi vida me imaginé verme de esta guisa.

Cuando llegamos ya estaban allí mi hermana y Chris, que habían dejado al niño con Klara y la madre de este. Mi padre venía de camino.

—Ánimo, que nosotras no parimos, nosotras los cagamos.

Me eché a reír con el comentario a la vez que me sentaba en la silla de ruedas que empujaba un celador.

—Cuñado, si te flaquean las piernas, me avisas.

Le gritó mi hermana a Mark, que la miró con una risilla suelta.

Yo recordaba que mi hermana fue rápida, pero mi bebé parecía que tenía prisa por salir porque aún no me habían dado instrucciones cuando, nada más subirme a la camilla y acomodarme como me dijeron, comencé a empujar. Al tercer empujón asomó la cabeza de la niña y con el siguiente salió del todo.

—¡Somos papás! —gritó emocionado Mark mientras comenzaba a darme besos.

—Sí, vida, somos papás.

La cogió él primero entre lágrimas, le dio un beso lleno de amor y me la puso en el pecho.

—Toma, amor, nuestro mejor proyecto.

Me hizo gracia que la llamara así, pero yo sabía cuánto amor había en esas palabras. Mark era, sin duda, lo mejor que me había podido pasar en la vida. Igual que cada una de las personas que, casi sin darnos cuenta, habían ido formando parte de nuestra familia.

Habíamos decidido ponerle de nombre Susan. Nos gustaba a los dos y no le dimos más vueltas.

Como le pasó a mi hermana, al día siguiente nos dieron el alta del hospital, y bien tempranito. Algo que nos hizo muy felices porque estábamos deseando llegar a casa e instalarnos en esa nueva vida que acababa de comenzar para los tres.

La primera noche fue mortal. La niña lloraba cada tres horas y solo se callaba si le enchufaba la teta.

A las siete de la mañana estábamos sentados en el salón, tomándonos un café con el moisés al lado.

—Amor, ¿cuánto tiempo es eso de dar el pecho a la niña?

—Mi hermana estuvo seis meses. Yo al primero me doy dos tiros como esta niña siga despertándome a todas horas.

—Tendré que dejar mi arma en las dependencias para que eso no suceda.

—Tú déjamela a mano por si tengo que tirar de ella.

Me reí negando con la cabeza. Obviamente, estaba bromeando. Lo único que le pedía al universo era que me diera mucha vida para ver crecer a mi hija, verla convertirse en mujer y formar su propia familia.

A las nueve y media volvió a pedir el pecho y, mientras se lo daba, Mark fue a preparar el desayuno.

Yo miraba a Susan y me la tenía que comer de lo bonita que era. Tan pequeña, tan perfecta… Eso sí, esperaba que con el tiempo se fuera calmando un poco, porque me daba unos sustos de muerte con esos lloros tan intensos con los que reclamaba comida.

La dejé después en el moisés y, al poco, Mark apareció con una bandeja con un desayuno precioso y de lo más completo, además de los cafés. En el centro había una rosa de caramelo que me llamó la atención. Cuando la abrió, hincó una rodilla en el suelo.

—O te casas conmigo o te detengo hasta que seas tú la que me lo pidas a gritos.

—Sí, hombre, para detenciones está la cosa.

Me agaché y lo abracé con todas mis fuerzas.

—¿Es un sí?

—Por supuesto, vida. Es un sí rotundo. Una y mil veces sí.

Lloramos de emoción durante unos minutos, abrazados, antes de sentarnos a disfrutar del desayuno… y de esa nueva vida que acababa de empezar para nosotros.

Justo en ese momento mi hermana mandó una foto al grupo enseñando un anillo en su mano y diciendo que se casaba.

No nos lo podíamos creer.

Hice lo mismo, además de enseñar la rosa. Todos se quedaron flipados al ver que nos habían pedido matrimonio el mismo día y sin hablarlo entre ellos.

La vida era jodidamente increíble…

El sábado siguiente, que era siete días después del nacimiento de Susan, celebramos las pedidas aquí, en la casa. Era un lugar tan acogedor y tan para el disfrute que se había convertido en el sitio favorito de la familia para reunirnos.

Y nosotros encantados…

Epílogo



10 años después…

Amanecía el día del décimo cumpleaños de Susan y la casa se vestía de fiesta desde bien temprano.

Apenas había salido el sol cuando ya se escuchaban pasos corriendo por el pasillo, puertas que se abrían y cerraban y voces infantiles reclamando justicia por cualquier asunto de vital importancia… como una pelota.

—¡Mamá! ¡Lucas me ha quitado mi pelota!

—Valentino, os lo aviso: como os paséis el día peleando, os quito todo y os siento a leer.

—¡Siempre igual!

Protestó Valentino antes de salir corriendo hacia el jardín.

Era diciembre, hacía frío y el césped aún estaba cubierto de escarcha, pero a ellos aquello les daba exactamente igual. Se abrigaban como podían y salían fuera a jugar como si el invierno no existiera.

Lucas y Valentino eran mis mellizos de siete años. Habían llegado tres años después que su hermana Susan, llenando aún más una casa que ya estaba rebosante de vida.

Pero no eran los únicos.

Mi hermana tampoco se había quedado corta. Primero llegaron sus mellizas, Carol y Johana, que ahora tenían nueve años y eran como hermanas mayores para Susan. Y, por si aquello no era suficiente revolución, unos años después apareció Rebeca, que ahora tenía cuatro y era la pequeña terremoto de la familia.

Entre unos y otros, habíamos llenado nuestras vidas de niños, risas, juguetes desperdigados por todas partes y cumpleaños que parecían fiestas de colegio.

Mark y yo estábamos preparando el salón para cuando llegara todo el mundo. Apartamos el sofá hacia un lado y colocamos la mesa grande en horizontal delante de la chimenea. Un poco más apartada, pusimos otra mesa para los niños, porque la experiencia nos había enseñado que mezclar ambas generaciones era una receta segura para el caos.

La casa se llenaría en pocas horas.

Y, sinceramente, no se me ocurría una manera mejor de celebrarlo.

Klara y la madre de Chris seguían felices como siempre. Eran inseparables. Cada mañana caminaban varios kilómetros y después se sentaban a desayunar juntas en el restaurante del hotel, comentando la vida del pueblo como si llevaran haciéndolo toda la vida.

Con los años, todo había encontrado su lugar.

Finalmente, nos adjudicamos la herencia repartiendo el dinero entre mi hermana y yo, y la casa del abuelo la transformamos completamente. Remodelamos el edificio y en cada planta construimos tres *suites* con sus habitaciones. Aprovechamos incluso la terraza para ampliarla, convirtiéndola en una planta interior después de pedir los permisos necesarios.

La recepción era la misma que la del hotel, así que todo quedó conectado de forma natural.

Había sido una de las mejores decisiones que tomamos.

Mi hermana, con parte del dinero de la herencia que había en el banco, se compró una casa espectacular en la misma calle del hotel. El antiguo piso de Christian lo tenían alquilado.

La verdad es que nuestra vida estaba más que solucionada. El hotel era una fuente de ingresos constante, por no hablar de la peluquería, que se había convertido en una auténtica mina de oro.

Alexandra seguía siendo la cara visible del negocio y había conseguido algo que nadie habría imaginado: que su salón estuviera entre los más prestigiosos de toda Austria.

A veces venían personas de otros países solo para ponerse en sus manos.

Mi padre seguía feliz con Sophie. Tanto, que un año después de que nosotras nos casáramos, ellos también lo hicieron.

Y sí… mi hermana y yo nos casamos el mismo día.

Organizamos una boda conjunta e invitamos a todo el mundo del hotel. Algunos vinieron por la mañana, otros por la tarde y los que tenían el día libre se quedaron de principio a fin.

La celebramos en una finca preciosa a las afueras del pueblo, un lugar que parecía un cortijo español en mitad de Austria. Lo prepararon todo con tanto cariño que aún hoy sigo recordándolo como uno de los días más bonitos de mi vida.

Fue un día lleno de emoción, de sorpresas por parte de los nuestros y de risas constantes, porque con mi hermana cerca era imposible que faltaran.

Chris y Mark seguían siendo lo que siempre habían sido: dos grandes compañeros de vida. Pero, sobre todo, dos padres entregados.

De esos que se tiran al suelo a jugar con los niños, que no se pierden un partido, una función del colegio o una excursión de fin de semana.

A veces me preguntaba si podíamos ser más felices.

Y siempre llegaba a la misma conclusión: no.

Porque la felicidad no estaba en tener más cosas ni en vivir sin problemas. La felicidad era esto que teníamos delante cada día: una casa llena de niños corriendo por el jardín, una mesa grande donde siempre terminábamos sentándonos más de los que habíamos previsto y una familia que sabía mantenerse unida tanto en los momentos buenos como en los que tocaba apretar los dientes.

Nosotros éramos una piña para todo.

Quién nos iba a decir, años atrás, que una herencia cambiaría nuestras vidas de aquella manera. Y no solo en lo económico.

Austria había terminado siendo el lugar donde construiríamos nuestro hogar para siempre.

Seguíamos viajando a España y a Alemania para que nuestros hijos conocieran nuestras raíces y entendieran de dónde veníamos, pero para ellos su casa estaba aquí. Este era el lugar donde habían nacido, donde estaban sus amigos, sus recuerdos y la vida que estábamos construyendo juntos día a día.

Y mientras escuchaba a los niños gritar en el jardín porque alguno había marcado un gol imposible, miré a Mark a mi lado y sonreí.

Porque, al final, la vida había resultado ser mucho más bonita de lo que jamás habríamos imaginado.

RRSS

Facebook: Ariadna Baker
Instagram: @ariadna_baker_escritora
Amazon: relinks.me/AriadnaBaker
Twitter: @ChicasTribu